Regalos de LA VANGUARDIA á sus suscriptores

TIPOS Y COSTUMBRES

POR

JOSÉ NOGALES

Sumario:

Lo que abunda..... daña.—Parlería. —Carta de «Monipodio.»—La fiebre gárrula.—La Gran Bestia.—¡Dios te la depare buena!—Realidad.—Trapos y lágrimas.—Fúnebre desahucio.—¡Dios nos libre!—El hombre vivo.—La eterna Arcadia.—Añoranzas.—La virtud en espectáculo.—Música celestial.—Cereal.—Los estrenos chicos.—Virus mortal.—El Átomo libre.—Deus Venter.—El mendigo más triste.

Tipos y Costumbres

J. Nogales

LA VANGUARDIA
DIARIO · POLÍTICO · INDEPENDIENTE
BARCELONA

DOS PALABRAS

La Vanguardia se complace en ofrecer á sus suscriptores un libro—tomo XVI de su biblioteca—de José Nogales, escritor notabilísimo, quien alcanzó con su famoso cuento *Las tres cosas del tío Juan* el primer premio en el certamen que abrió *El Liberal* de Madrid, y al cual concurrieron nada menos que 640 cuentistas, entre ellos los más afamados de las letras castellanas.

Este libro es el primero que con la firma de su autor sale á luz después de tan señalado triunfo, y esta circunstancia casi nos obliga á decir algo sobre la procedencia y fecha de

los originales que lo componen. Como consideramos á Nogales destinado á verdadera y justa fama literaria, quizás andando el tiempo esta sencilla noticia no carezca de interés para el que se encargue de trazar la biografía del notable escritor, y de reproducir la lista completa de sus libros.

Nogales es uno de esos escritores soñados por Gladstone—cuando hablaba del placer de escribir para aliviar no la vacuidad del bolsillo sino la plétora del cerebro—que no ha necesitado para escribir otros estímulos que el vigor de su inteligencia creadora. Sin perseguir el lucro metálico ni otro provecho material cualquiera, sin proponerse el placer estimulante de la publicidad inmediata, entregado á sus ocupaciones de abogado ó de funcionario público—del orden intelectual mas puro (bibliotecario y archivero) —y recluído en su hogar de villa modestísima, á media hora de la simpática Huelva, escribía y amontonaba,

ya cuentos, ya artículos de costumbres, ya novelas, ya trabajos de crítica y de sátira exquisitos.

Alguien de LA VANGUARDIA, que está unido á Nogales por vínculos de viejo y hondo cariño, vió, en el último otoño, el montón inédito del castizo y vigoroso escritor. Sin más derecho que el de su voluntad amparada por el cariño de Nogales, arrambló con el referido montón y se lo trajo á Barcelona, resuelto primero á saborearlo cuartilla á cuartilla y línea á línea, y luego á entregarlo á la *voracidad* de los editores... de buen gusto. En la segunda parte de esa agradable tarea estaba ya, es decir, cerrando tratos con editores, y publicando en LA VANGUARDIA parte de aquel montón de cuartillas, cuando el triunfo alcanzado en *El Liberal* dió notoriedad á Nogales en un día. Bueno y santo es ese triunfo para la nombradía de Nogales, pero debe de añadirse en obsequio á la verdad, que si no hubiera sido esa ocasión habría sido

otra cualquiera. Escritores como Nogales, si Dios les da vida y salud, llegan un día ú otro, llegan *fatalmente* á la plenitud de su triunfo, sean cualesquiera los obstáculos que transitoriamente le cierren el camino.

Aquel montón inédito estaba formado por los originales de *Mariquita León*, *El último patriota*, *Algas del fondo* y *Murrias*—allá como tres mil cuartillas escritas en poco más de un año, después del trabajo de que salen los garbanzos. — Las dos primeras son novelas que fueron vendidas al editor Sr. Maucci y sobre cuyas bellezas no queremos anticipar detalles, y las dos últimas son colecciones de artículos de una actualidad perdurable, puesto que están dictados por la observación fidelísima y talentuda de la vida social y de la naturaleza humana en un estilo sóbrio, natural y expresivo, que revela la depuración más acabada del gusto literario en la copiosa lectura de los clásicos españoles, latinos y griegos.

En la medida que por aquellas circunstancias estuviera en nuestras manos regular el orden de publicidad de estas primeras obras de Nogales, era nuestro propósito que primeramente fueran á manos del público las novelas; pero como pasan meses y meses, y el editor no ha podido ó no ha querido publicar las novelas cuya propiedad adquirió en Febrero, hemos resuelto formar un libro con algunas cuartillas de lo que Nogales llama *Algas* y *Murrias*, y con el título de *Tipos y costumbres* ofrecerlo á los suscritores de LA VANGUARDIA en particular y al público en general.

LA VANGUARDIA

A SUS SUSCRIPTORES

Este libro, XVI de la Biblioteca de LA VANGUARDIA, regalo de este periódico á sus suscriptores, corresponde al semestre segundo de 1900, que termina en 31 de Diciembre. Lo repartimos á nuestros suscriptores con arreglo á las siguientes

CONDICIONES QUE REGULAN LOS REGALOS DE

LA VANGUARDIA

LA VANGUARDIA publica cada semestre un libro de 200 á 300 páginas, ó menos cuando la obra es ilustrada, expresamente escrito por sus colaboradores para formar la biblioteca de LA VANGUARDIA, y los ofrece á sus suscriptores en las siguientes condiciones:

A los suscriptores que pagan por semestres adelantados, un libro cada semestre de **regalo.**

A los suscriptores que pagan por trimestres adelantados, les reconoce LA VANGUARDIA el derecho al descuento de un **(regalo) 50 por 100 del valor del libro.**

A los suscriptores que pagan por mes adelantado les reconoce LA VANGUARDIA el derecho al descuento de un **(regalo) 25 por 100 del valor del libro.**

Los suscriptores que pagan por trimestres y por mes pueden usar ó no, á voluntad, el derecho que LA VANGUARDIA les reconoce. Solicitando su derecho en la Administración, el libro se les entregará en el acto con el descuento marcado.

Los suscriptores que pagan la suscripción por mes ó por trimeste y que deseen convertirla en semestral pagando un semestre adelantado para tener derecho á la totalidad del regalo, pueden realizar su deseo solicitando ese cambio en la Administración ó por medio del repartidor ó del corresponsal.

LIBROS PUBLICADOS

LA VANGUARDIA ha publicado y regalado ya, con sujeción á las condiciones establecidas, los siguientes libros, cuyas ediciones están agotadas.

Memorias de un Menestral de Barcelona, por José Coroleu.

Notas y Dibujos.—De Barcelona á París.—En París.—Primer volumen, con 120 ilustraciones y texto de José Luis Pellicer.

Notas y Dibujos —En París —De París á Barcelona —Segundo volumen, con 120 ilustraciones y texto de José Luis Pellicer.

El Arte Escénico en España.—Primer volumen, estudio crítico por José Yxart.

Viaje á América.—Exposición de Caicago —Primer tomo; por Rafael Puig y Valls, con ilustraciones de varios artistas.

Viaje á América —Exposición de Chicago —Segundo tomo. por Rafael Puig y Valls, con ilustraciones de varios artistas.

Desde el Molino.—Artistas catalanes en París. texto de Santiago Rusiñol y dibujos de Ramón Casas.

El Arte Escénico en España.—Segundo volumen, estudio crítico por José Yxart.

Dibujos y apuntes—Album, por trinticinco artistas catalanes.

Impresiones de arte.—Viajes artísticos por España y el extranjero, por Santiago Rusiñol con 115 ilustraciones de Zuloaga, Mas y Fontdevila, Rusiñol, Utrillo y Oller.

Álbum de Notables.—Más de doscientos sesenta retratos.

La Guerra Hispano-yankee (álbum episódico).

Malalties de la vinya, per Joaquim Aguilera.

Busca. buscando, por Ezequiel Boixet (Juan Buscón).

Arte y Artistas catalanes, por Alfredo Opisso.

Tipos y Costumbres, por José Nogales.

Lo que abunda... daña

—Antes había más prestigios, no se manoseaban tanto las cosas respetables—decía en cierta ocasión un viejo amante de los prestigios y los respetos. Y todos dijimos que sí, porque es verdad.

No hace muchos años, cuando oíamos decir á un estudiante, «mi tío el general,» pensábamos, «oiga, un general, ¡como quien no dice nada!» Hoy lo primero que se nos ocurre es preguntar, ¿general de brigada ó... qué? ¡Ah, ya!

Lo mismo nos pasaba cuando oíamos decir «mi pariente el magistrado...» ¡Zambombas! ¡Un magistrado! Y es que para nosotros un general era

un hombre si lleno de plumeros y entorchados, más lleno de cicatrices y de canas, que en fuerza de servicios y trabajos y en último término también de buena suerte, lograba alcanzar el pináculo de la milicia, cumbre anhelada á la que tantos querían subir y tan poquitos llegaban.

Un magistrado era algo así como un antiguo consejero de Castilla: setentón bien conservado, hombre metódico, religioso, de ancho hogar y estrecha conciencia: dificultoso de ver: en casa, encastillado en sus Bártulos y Partidas: en la calle, encastillado en su coche tirado por dos mansas y viejas mulas: algo tresillista; en el dormir tempranero; gran madrugador por consecuencia; en lo suyo, asistente, y buen razonador en sus juicios.

¡Cosas de España! Como tantos querían ser generales y magistrados, no encontramos otro medio mejor que hacer generales á todos de coronel arriba, y magistrados á todos los jueces de primera instancia y aun á

otros que no lo habían sido ni municipales. ¡Adiós prestigio! Lo que abunda y se manosea no puede conservar el rancio respeto que avalora las cosas. Pongamos en cada cabeza de partido un Obispo, y, salvo el respeto espiritual que los católicos sentimos, tomaremos confianza, y habrá quien trate á S. E. como al sacristán de la parroquia.

«Los señores del margen» no van más allá en esto. ¡Cuántas injusticias, pretericiones, fatuidades y anomalías ministeriales tienen que tragar esos pobres señores! El parlamentarismo es el casco de la bestia de Atila; donde se asienta, todo lo bueno desaparece. Y del convencimiento de que el favor lo es todo y el mérito nada, viene el afán continuo de adelantar, de subir, buscando el amparo del gobierno, el auxilio del diputado, la simpatía del cacique... ¡Es un dolor ver, aunque no siempre, la antigua toga llena de barro, arrastrándose por esos lodosos caminos del favor y barriendo las antesalas ministeriales!

No es raro sino muy frecuente ver en un tribunal cualquiera, dos bien barbados veteranos con la toga deslucida en fuerza de servir, y un barbilindo haciéndose el bigote, ligero, superficial, entontecido, cándido más que sus vuelillos y confiado en la influencia del tío que juega al tresillo con el ministro ó de la prima que baila el cotillón en casa de fulánez ó de mengánez. ¡Así nos luce el pelo!

Para cada enfermo disponemos de no sé cuántas docenas de médicos; para cada pleito hay centenares de abogados; para cada causa pudiera juntarse un pueblo de jueces, cada compañía podría estar mandada por un general; para cada ahorcado se juntan cuatro verdugos; para cada empleo hay setecientos mil bachilleres y dos millones de sargentos y una humanidad de vagos...

¿Entonces—nos siguen preguntando los extranjeros—si todos ustedes son médicos, abogados, verdugos, empleados, magistrados, generales, minis-

tros... quiénes labran la tierra? ¿Quiénes conservan y aumentan la riqueza del país? ¿Quiénes lo defienden? ¡Brava pregunta! Las tierras se labran por el sabio método que nos trajeron los árabes: el comercio va entreteniéndose con el no menos sabio principio que nos trajeron los judíos: al país lo defiende ¡claro es! todo el que no tiene seis mil reales, el padre alcalde ó el cacique amigo.

El resultado lo hemos sentido no hace mucho, al pretender ametrallar con tradiciones á un pueblo que tiene más comerciantes que bachilleres, más industriales que licenciados, más soldados que generales, más cañones que expedientes, más hombres de ciencia que oradores y retóricos, más riquezas que recuerdos; en una palabra, más sentido de realidad que esta triste parodia de Don Quijote á deshoras, soñando defender imperios que se caían á pedazos.

Hace algunos años discurrió un ministro que, para mayor prestigio de

la toga y el birrete, fuesen los magistrados de pueblo en pueblo administrando justicia, según las perentorias necesidades de las villas y aldeas. Y fueron, aunque no duró mucho la *tournée*. Nada más justo, pensaría el ministro: puesto que entre magistrados, fiscales, oficiales, secretarios y alguaciles no han de llegar á tres docenas en cada Audiencia, y los testigos, peritos, procesados y público abonado montan más, natural es que los menos vayan en busca de los más, ya que por la ley de mayoría nos regimos. ¡Lástima grande que excursiones y ministro se acabasen á un tiempo!

Para los pueblos era un encanto: no se acababan nunca las emociones. Ahí están los títeres, se fué el andarín, llegó el capador, ya viene la Audiencia!... Y todo era espectáculos, diversiones y honestos esparcimientos de ánimo. Hubo alcalde de estos madrugadores que cortan un pelo en el aire en lo de arreglar festejos, que ya tenía redactado el programa de

los suyos. «Cuarto: se hará lo posible para que coincida con los festejos de feria la llegada de los señores magistrados, á fin de que los señores feriantes disfruten de ese espectáculo sin retribución ninguna.»

Todo eso lo hace el manoseo, la abundancia, el conocimiento de que un solo nivel nos cobija á todos en esta etapa dolorosa de las ambiciones y necesidades. España hierve en abogados, ¿qué camino real mejor que el de la magistratura? y ésta ¿qué otro camino tiene sino el del favor? Pues aquí del favor, la intriga, el padrinazgo, la política, que todo es uno.

Así vémos cada dos años, meses más, meses menos, un espectáculo que hiela la sangre... del que aun tenga eso. Cambia la política, es decir, cambia el personal de arriba, y cambia, por consiguiente, el personal de abajo. Los *procónsules* caen como una plaga del cielo sobre las míseras provincias. Procesos van, procesos vienen, los representantes del dere-

cho escrito «no dan paz á la mano, menean fulminando el hierro insano» contra alcaldes y concejales, unos delincuentazos según lógicamente se deduce...

Al poco tiempo, *pax sit vobiscum:* no eran criminales: fué un arrebato de la justicia, que también los tiene. Los dimisionarios se van á sus casas, los sometidos siguen en la del pueblo, la justicia llena el archivo de papelotes inútiles... ¡aquí no ha pasado nada! Nada más sino que si esos hombres eran inocentes, hemos perpetrado una atrocidad moral y jurídica: si eran delincuentes, hemos derramado el presidio en plena libertad sobre el fecundo campo de la política administrante.

Cada vez que un ministro dice que va á poner mano en tal ó cual cosa, nos echamos á temblar como azogados los pocos españoles que todavía no somos generales, magistrados ni ministros. Porque el arreglo ya se sabe en qué consiste; en aumentar

plazas. ¡La política trae tantos compromisos!

Y que se tire para arriba, que se tire para abajo, de ahí no salimos. El ministro ha de dar gusto al diputado, el diputado al cacique, el cacique á su cuadrilla... y en esta mutua complacencia de gustos y pareceres se funda el sabio sistema, sin el cual, claro es, seguiríamos siendo unos brutos.

Parlería

Dios nos dotó de lenguaje para que pudiéramos comunicarnos ideas y sentimientos. Esto no tiene vuelta de hoja. Ahora, lo que sí la tiene, es el uso que hacemos de ese caudal.

En todas partes se abusa de esta facultad maravillosa, pero en los países parlamentarios, y como cabezas de ellos en Francia y España, la parlería toma caracteres de una molestísima epidemia.

Entrambos pueblos han creado un dios nuevo para el Olimpo de las razas decadentes, la «Conversación.» Los franceses se envanecen de darle culto con todo un arte que es casi una ciencia: nosotros, más modestos siem-

pre, charloteamos por los codos sin arte ni reglas, á la buena de Dios.

¿Qué es el parlamentarismo, sino un diálogo perpetuo, incansable, morboso, una conversación fatigosa y perenne, que baja de las Cortes á la taberna, que sube de la taberna al café, que corre por el arroyo, que llena el aire, enrejado de alambres parleros, que se cuela por todas las rendijas, que la sudan redacciones, casinos, ateneos, cámaras, juntas, comités, asambleas?...

¿Qué busca todo ese enjambre que va y viene, entra, sale, se agita en calles y plazas, campos y trenes, oficinas y círculos? Sólo busca una cosa: conversación. Es la borrachera del siglo. Bien puede no haber pan: en habiendo conversación...

¿Conversación de qué, para qué? ¿Para comunicarnos ideas y sentimientos, como Dios manda? No. Para no comunicarnos nada, sino es la epidemia; para embriagarnos como con bebida insulsa; para *matar el tiempo,*

que cae siempre sobre el cadáver del sentido común, previamente despachado al otro mundo.

Séneca dijo que hablar mucho es señal de poco juicio; pero sería entonces: ahora el que más habla es el más juicioso. ¡Dios mío! Vean ustedes el grano que se saca en limpio de esta inmensa parva de la parlería triunfante. Empleen ustedes cuatro, seis, ocho horas oyendo conversar y, exprimiendo el matalotaje, digan qué sacan de bueno, qué de provechoso, qué de nuevo.

El apetito de conversación ha echado al hombre del hogar y vive en la calle, en el café, en el casino, en todas partes donde pueda pegar la hebra y no soltarla así lluevan chuzos. A la mujer, más dispuesta á la parlería por obra y gracia de la madre Naturaleza, también se le cae la casa encima y allá se va de tiendas, de paseo, de visitas, al teatro, al baile... ¿A comprar, á pasear, á cumplir deberes sociales, á instruirse, á recrear-

se? No. A charlar dé donde diere, á embriagarse también con el dulcísimo néctar del diálogo.

Nuestra conversación suele ser como los periódicos del día: leído uno, puede decirse que se han leído todos, salvo lo característico de cada cual. El mismo crimen, el mismo discurso, la misma corrida, el mismo estreno... Pero ¡cómo se desmigaja la nota por esos cafés y casinos y demás centros de instrucción y locuacidad!

Y como resulta que echando todo el tiempo en hablar no tenemos ninguno para aprender, se oye cada paralogismo, cada burrada hablando claro, que tiembla hasta el pavimento.

Loquaces linphe; aguas que murmuran, llamaban los romanos á este vano parloteo de la muchedumbre. Eso parece; ruido de agua corriente, que ni enseña ni sirve ni se fija.

La pobreza léxica correspondiente á la falta de estudio del idioma, no nos estorba nada. Para eso están las

socorridas muletillas: «que si fué, que si vino,» «si pitos si flautas,» «¿me entiende usted?»... Con esto, un par de *ajos* y otro par de refranes, todo español puede estar hablando las veinticuatro horas del día.

Asunto, no lo necesitamos. Todos los días sale el sol, y como unas veces hay nubes, otras no las hay, ahora se siente calor, luego frío, ya llueve, ventea, truena ó cae granizo, con esto tenemos bastante para darle á la lengua. Más saliva tiene la meteorología á su costa, que arenas tienen los mares.

Amistad ó conocimiento al menos con las personas para hablar, tampoco hace falta. Aunque estemos en un campo solos ó en un tren que va á todo vapor, en columbrando á un prójimo se nos alegra el alma; ¡ya cayó que hablar!

Si es de corteza vulgar, se le pregunta: «buen amigo, ¿para dónde se camina?» Si es más apersonado se le ofrece un cigarrillo; si va fumando se

le pide lumbre. Y ya está pegada la hebra. En seguida viene el consabido disparo á quema-ropa:—esa cara no me es desconocida... — Yo también quiero recordar... Y comienza un endiablado ejercicio de mnemotecnia para caer en si se han visto alguna vez, siquiera sea en la corrida de toros, uno en el tendido de sol y el otro en el de sombra. Si recuerdan algo semejante, tan amigos como Castor y Polux.

Un poco se hablará del tiempo; daránse mutuamente noticia fiel y circunstanciada del frío y del calor como si entrambos no lo supieran por experiencia propia.

Saltará después la política, tema inagotable y semillero de lugares comunes; vendrán luego todas las menudencias del día hasta que por sus pasos contados, si antes no forzaron el punto, vengan en conocimiento de la población en que cada uno vive. ¡Hombre! ¿Del pueblo X? Allí conozco á fulano.—¿Sí? ¡qué casualidad! Y

como entre los dos no hay nada común más que fulano, lo desmenuzan, lo zarandean, lo acribillan á fuerza de preguntas, respuestas, noticias, comentarios... Siempre hay un inocente fulano que hace la costa de estos encuentros.—¿Se casó? ¿Bebe todavía? ¡Conque se le murió un mulo! ¡Miren la suegra! ¿Pero ese hombre dónde tenía los ojos? Siempre fué bueno, pero torpón... En casa de mi prima nos reíamos las tripas con sus cosas.

Bien pueden ir los *interlocutores* á San Petersburgo, que hasta allí irá fulano dando pasto á la conversación. El caso es hablar de lo que no nos importa.

La conversación oficial tiene más bemoles. En ella entra la discusión política, científica ó literaria, el discurso de circunstancias, el brindis digestivo, la conferencia en Círculos donde arriba se juega y abajo se aprenden cosas tan importantes como «la civilización de los Alanos desde los tiempos primitivos hasta nuestros

días y sus relaciones con la política actual,» ú otros temas parecidos que escogen los oradores.

Aquí no se mueve nada sin que vaya un discursete por delante. El caso es hablar. *¡Loquaces linphe!*

«Quien mucho habla mucho yerra,» dice el adagio. La razón es que el que habla mucho estudia poco ó no estudia nada. De hablador á embustero no hay el canto de una peseta y esta es otra de las gracias, pues habiendo pocas verdades en el saco y no acabándose las ganas de charlar, forzosamente habremos de acudir al embuste y la patraña para que la máquina no pare. La charlatanería engendra soberbia y vanagloria y ambición, y de esto á la envidia no hay más que un paso. Trae de la mano á la pereza, porque al fin es más cómodo charlar á tontas y á locas que trabajar sea en lo que sea. La pereza llama á la escasez, la escasez al disgusto, el disgusto anula toda iniciativa prudente; todo esto, la guerra y el malestar en

las familias, amén del odio y enemistad con el prójimo que la costumbre de murmurar trae consigo, y, por último, el gran pesar de una muerte obscura tras vida estéril, agostada por una más estéril é importunísima parlería.

Villalobos conoció bien este vicio cuando tanto cargó la mano sobre él en su hermoso *Tractado de las tres grandes*.

Si abajo no vemos más que esto, arriba no hay otra cosa. ¿Qué hacen nuestros Gobiernos? Hablar. ¿Qué hacen las Cortes? Hablar. Nosotros nos desquitamos del mal que nos causan, hablando más y peor que Cortes y Gobierno. El *verbo* humano no ha podido llegar á más bajos menesteres.

A veces sueño con una humanidad muda, llena de dignidad en el gesto, trabajadora y severa, realizando su destino en el seno de un grandioso silencio. Sería contemplativa por fuerza, investigadora por estímulo propio; miraría cara á cara la enormidad

augusta de la Naturaleza, y ¡ya encontraría fulgores en los ojos para difundir ideas! La palabra es un tesoro... ¿quién daría tesoros á los imprudentes y á los fatuos?

Dice Quevedo en su donosa *Premática del tiempo:* Item, porque vemos que ya hoy día nadie dice «así lo calló fulano,» sino «así lo dijo fulano,» ordenamos haya cátedra para callar como las hay para hablar.»

Los griegos tenían esa cátedra. Sócrates y Platón es lo primero que enseñaban: á callar. Filósofos parlanchines no los ha habido nunca.

Si encargamos á cualquiera de hacer el análisis ó la síntesis de algo que no sabe ni conoce ¡qué de disparates saldrán! Pues esto hacemos todos... La conversación más insignificante es análisis ó síntesis de algo que el no conocerlo no nos sirve de obstáculo para la operación.

La antigüedad pagana nos dejó la sobriedad como una gloria. El oráculo no hacía discursos. La experiencia y

la razón se atrincheraban en el aforismo: la idea tomó del arte el «desnudo:» el arte tomó de la idea el resplandor... el héroe se revelaba en el gesto, en el grito, en la caída olímpica con que estremecía el suelo de la patria.

¿Habéis visto nada más concisamente hermoso que la predicación de Jesús, y al par, nada más vibrante, más tierno, más humano? ¿Concebiríais á Jesús pronunciando discursos ante Pilatos?—¿Quién eres?—Soy el que soy.—¿Qué predicas?—La Verdad.»

La palabra tiene su decoro como tiene el silencio su elocuencia. Cuando llegaron los tres amigos á confortar á Job en su estercolero, la presencia de aquella inmensa desdicha, de aquella tremenda caída del poderoso les trabó la lengua, y mudos estuvieron contemplando «siete días con sus siete noches.»

Al gran dolor lo profana la palabra,

¿Qué no profanaremos nosotros, qué no babosearemos, con este irrestañable flujo de hablar por hablar que es nuestra peor y ridícula epidemia?

Carta de "Monipodio"

AL HERMANO MAYOR DE
LOS «MURCIOS» DE HOGAÑO

Señor y amigo: Desde este lugar—que llaman infierno—adonde me trujeron pecados míos revueltos en otros ajenos, escribo á Vmd. como á buen cofrade, entre otras cosas, por divertir los forzados ocios de esta mi triste cuanto inacabable desventura.

Ya sabrá Vmd. cómo tras de una vida pecaminosa si las hay, hube muy cristiana muerte y dicen que serví de ejemplo. Morí con los cristos delante y el credo en la boca. Subí *á la de palo* con buen talante, sin desmedrar en un punto la entereza de mi condición, cual corresponde á hombre

de tantos hígados como fuí en el mundo.

Pernearon conmigo, al un lado Chiquinazque y al otro Maniferro y, á no ser yo del mesmo oficio, muriera como El Salvador, entremedio de dos ladrones. Caí sin encogerme, sin hacer gestos, con grande compostura y gravedad, tal como fuí siempre. Pusiéronme la caperuza de medio lado, conforme dejé muy advertido y pagado al secutor de este último lance y debí de parecer allá en lo alto figura de predicador más que de condenado.

Hiciéronme cuartos, sin duda por el desmedido amor que á los mismos hube, y en esta guisa, conseguí lo que Dios; estar en muchas partes á un tiempo. No dí lugar á los gusanos, que antes vinieron los pasteleros y así fuí tan repartido y desmenuzado, que toda restitución fuera imposible.

Por qué arcaduces llegamos á tan fiero extremo, dirélo en dos palabras.

Dimos un tiento á la caja de un ginovés y sobre si el reparto fué bueno ó fué malo, hubo sus dares y tomares con la justicia. El Alguacil de los vagabundos emperróse en decir que no se manifestó todo el hurto, como en conciencia siempre se hizo con grande puntualidad.

Hízonos mal de ojo la susodicha trabacuenta, porque á poco cogieron á Centopiés con las manos en la masa, quiero decir en un gran gato de reales que con mucho sigilo, como buen oficial que era, hurtóle á un ganadero y, aunque murcio famoso, dejóse pescar como un albur, y cogido por las agallas dieron con él en la «trena.»

Sufrió dos *ansias* sin despegar los labios, mas á la tercera, apretaron de modo, que Centopiés soltó un berrido y tras de él, abiertas las compuertas del miedo y rematado el ánimo, cantó de coro é hizo confesión general de todas sus culpas amén de las ajenas.

Alborotóse la justicia haciéndose de

nuevas; torcieron el gesto los Alcaldes; pasmóse el Escribano y el Alguacil se santiguó muchas veces, como quien oye por primera vez una muy curiosa y sanguinolenta historia... Entróles á todos un grande escrúpulo y un muy repentino temor de Dios, y así, poniéndolo por obra, cogiéronnos en la redada, y fuimos todos, mayorales, profesos y novicios á la Casa del Rey, donde nos mantuvo S. M. harto poco tiempo para lo que fuera nuestro deseo. Hubo muchas ansias, requisitorias y apremios: escribieron obra de unos cinco millones de pliegos y nos sorbieron los huesos hasta que no hubo señal de tuétanos.

Cuando estuvimos huecos y vacíos como cañaheja, nos mandaron á mí y á los dos bravos á cabalgar en el caballo de palo, que harto lo sufrieron los pescuezos; al Repolido lo echaron á gurapas por todos los días de su vida; hicieron á la Cariharta Ave fénix, que no hubo tantas plumas en el proceso como pegaron en aquellas

limpias y frescas carnes, y, cual más cual menos, todos sacaron su parte, que en esto se asemejó la justicia á nuestro antiguo orden, en que todos alcanzaban algo de lo corrido y garbeado.

No me valieron los obsequios que con la acostumbrada «popa y soledad» hiciéronme deudos y amigos; que hacia esta parte trujéronme en volandas, donde entre alguaciles ando, que ni aun los demonios son osados de asomarse, por lo mismo. Y aquí permanezco ¡oh cofrade! hasta el fin de los días, ocioso y desasosegado, sin tener otro divertimiento que el ver á la madre Pipota encender candelicas con tizones, como si aquí le fuesen á valer los santos, y el tocar de mis tejoletas cada y cuando me viene en gusto, que á solo esas niñerías quedan reducidos el alegría del ánima y el natural recreo de los sentidos.

Acaso, por tan estéril vagar dí en el deseo de inquirir lo que fuera de

mis hermanos en el mundo, y así hube noticias de vuesas mercedes que me alegraron en grande. Sé que asientan en nuestra Hermandad hombres de pró y de notorio respeto, y huélgome mucho dello, que á seguir como va, más ha de valer el asiento en la Cofradía que un hábito de Santiago. Afligióme al principio el sobresalto que os da la justicia de vez en cuando deshojando la flor de Correos. Mas no se asuste Vmd. que ni descubrirse han las otras flores, y aunque se descubran, todo viene á quedar en espanto, alboroto y meneo de curta y en gasto de papel á tontas y á locas. Lo más que puede ocurrir es que la soga se rompa por lo delgado y tenga la Cofradía que pagar estancias á cuatro infelices que no saben de la misa la media.

En los tiempos que corren es más que descansado aqueste oficio de garbear y hasta se dan credenciales: viva Vmd. descuidado, que ni lo palmearán un poco, ni lo echarán al

remo ni menos lo guindarán elegantemente, como en mis tiempos se hacía.

Apartados esos temores, amén del de la malquerencia del Alguacil y los peligros del «ansia,» puede Vmd. tumbarse sobre las plumas y dormir como hombre que tiene la honra en su punto y la conciencia en la faltriquera. A bien que ahora no hay ladrón sin carta de examen ni título para serlo.

Sustente Vmd. la honra de toda esa Hermandad, cual corresponde al cabeza y *tuautem* della, exprimiendo la flor y afinando la puntería todo lo más que se pueda, que ahora no hay ginovés ni judío que se deje cazar con liga como pájaro tonto, antes suelen cazar ellos con nada limpios señuelos y con endiabladas artes. Por lo demás, no haya miedo; que ahora anda la justicia haciendo elecciones, tal como la pintan: con una venda encima de los ojos y un peso en la mano, como mancebo de abacería.

Dé á los hermanos «murcios» mis encomiendas, á los cuales y á vuesa

merced espero ver por estos lugares, conforme el Señor sea servido de irlos enviando, y en el entretanto, á todos beso las manos—si no están ocupadas —y á Vmd el primero, como es de razón y buena crianza.

—

P. D.—No envío estas letras por el correo porque no llegarían á vuesa merced aunque no llevan tripas. Enviólas con un diablillo novato que va á tomar liciones de un concejal.—Vale.

La fiebre gárrula

Un diluvio de tinta nos ahoga: el papel impreso nos sepulta: la imprenta es un monstruo al revés; no devora, ¡vomita!

Frutos en sazón, muy pocos: precoces casi todos, como si la precocidad fuese una plaga de nuestro tiempo, una consecuencia de la facilidad con que unos y otros nos molestamos. Para escribir, ¿qué se necesita? Poca cosa: tener ideas. Y para tener ideas, ¡cielo santo! ¡qué de trabajos y qué de amarguras!

Para que el fruto sea bueno, se requiere que sea serio. La seriedad no consiste en la forma, como no consiste en el gesto: consiste en la sinceri-

dad. Y, ¿hay algo más raro y extraordinario que la sinceridad? Tenemos los museos rellenos de convencionalismos, de ficciones, de embustes. Nos nutren con eso en el claustro materno; con eso nos crían; con eso echamos la primera raíz del conocimiento, con eso vivimos, nos engañamos y morimos. La sinceridad tiene que reñir con todo eso que forma una naturaleza artificial: es una especie de milagro: tanto, que muchos santos están en los altares por haber sido sinceros.

Por poco que piense un hombre, algo puede enseñar á los otros. La cuestión es que diga lo que piensa. La gran fuerza del error no reside en el error mismo sino en la falta de sinceridad de los hombres para confesarlo. ¡Cuántas cosas malas, cuántas leyes injustas, cuántos abusos, qué de imbecilidades se perpetúan por este miedo á la verdad que sella nuestros labios, por este hábito de la mentira que dicta nuestras acciones!

Y, como todos estamos en el secreto, nos oimos unos á otros como quien oye llover. La balumba impresa, el diluvio de tinta que nos ahoga, apenas arrastra unos cuantos átomos de la verdad eterna en su turbio oleaje. De ahí lo efímero de ese fárrago que nace viejo. Es muy difícil interesar, porque no nos es dable á todos el poder de llegar á lo hondo y con perfecta sinceridad humana punzar la fibra hasta que duela, aunque no se obtenga otro resultado que determinar el hecho, la existencia del dolor como testimonio de vida.

Todo cuanto se escribe debe ser producto de propia observación, aunque se refiera á observaciones ó estudios ajenos. Y para que el espíritu observe, para que se ponga en condiciones de análisis, primero, y realice después las grandes síntesis que señalan la plena madurez intelectual, exige muchos esfuerzos, largas vigilias, un disciplinado ejercicio en que hace prodigios la voluntad.

Las prisas de nuestra pobre vida, el ansia moderna de llegar pronto, antes que los demás, nos hacen coger el fruto verde, un fruto que no sirve para nada, que se seca y se pudre sin que diente alguno guste de punzar sus asperezas. Entre el brótano amargo del manzano después de soltar la flor y la manzana sazonada y dulcísima ¡apenas hay diferencia! Y sin embargo, entrambas cosas son una misma: entre una y otra no hay más que tiempo, trabajo del sol y de la savia, transformaciones sosegadas y lentas de las eternas fuerzas naturales.

Uno de los peores enemigos que tenemos es la precocidad. ¡Esa pobre juventud que se aniquila en un trabajo estéril y sin sustancia! Los románticos vestían á la precocidad con la pompa de un manto imaginario. No era preciso observar; no necesitaban del estudio ni del análisis..... ¿A qué desvelos? ¿A qué esfuerzos fatigosos de la inteligencia? La «Inspiración» lo suplía todo.

¡La inspiración! Una cosa de fuera á dentro, que caía allá de lo alto, según ciertos caprichos de los «númenes.» Podía ser uno un porro, pero en antojándosele al *numen*, Homero se quedaría en pañales.

«Que es la razón un tormento
Y vale más delirar
Sin juicio, que el sentimiento
Cuerdamente analizar,
Fijo en él el pensamiento.»

Esta especie de Credo romántico hecho por Espronceda, lanzaba á nuestra juventud á todos los peligros de la publicación.—Si vale más delirar sin juicio que analizar cuerdamente, aquí estamos nosotros, que en punto á delirar, gracias á Dios, no somos mancos.

Pasó aquella ráfaga calenturienta, con sus desesperaciones fingidas, sus orgías retóricas, y todos los convencionalismos funerales del género y proclamamos el reinado tranquilo de la observación. Pues la precocidad

sigue haciendo de las suyas: precocidad con relación al árbol y con relación al fruto.

Nuestra *ingesta* suele ser atropellada, incoherente, algo brutal. La observación, somera; el análisis, un golpe seco para partir el cachivache y ver los pedazos... y en seguida, á publicar, á engrosar el chorro copioso de la letra de molde, á hacer que vomite el «monstruo,» á subir una línea el montón de papel impreso con que nuestros hijos podrán hacer mañana otras «pirámides.»

Nuestro modo de vivir no es el más propio para obtener la madurez de juicio que necesita el hombre que quiere decir á los otros lo bueno que discurre. El estudio del mundo, de lo que nos rodea, exige dos períodos: uno de contacto, otro de soledad. Esta es la gran maestra, siempre que preceda la observación.

Pocas verdades salen del casino: muchas salieron del claustro, del desierto y de la cárcel. El espíritu es

un diamante que con su propio roce se afina y aclara. Sus facetas son infinitas. Es incalculable la potencia intelectual que uno mismo desarrolla. La luz, enfocada, incendia: desparramada por el espacio y por las cosas, se debilita y se pierde. Los hombres somos luciérnagas; todos llevamos el aparato... ¡muy pocos lo utilizan!

Lenta, lenta, majestuosamente segura en toda operación es la Naturaleza. Jamás se apresura y llega á tiempo. Ella no salta, no arrolla, no tiene las prisas febriles de lo que pasa y muere. La acción del Infinito es una especie de reposo enorme en que todas las fuerzas obran concordes en ese telar inconcebible del Universo.

¿La ansiedad? ¿La premura? ¿El afán de truncar la acción y de trastornar las cosas? Eso es propio del hombre; del «rey de la creación» como él mismo se llama. ¡De la creación, nada menos! Un rey carnavalesco, con una corona de abrojos y un espléndido manto de necesidades.

Hay que pensar: hay que madurar: hay que sazonar el fruto antes de arrancarlo y entregarlo como pasto á la especie. Lo demás es garrulería, ruido de sonajas, esquilmo inútil de la masa cerebral, desequilibrio de esa máquina moral tan admirablemente dispuesta para fabricar el poco saber humano.

Que lo que se piense sea bueno: que se diga lo que se piense y se diga lo menos posible, ese sería el ideal. El monstruo de la publicidad llegaría á ser algo tan respetable como la Naturaleza; el raudal fresco y perenne de las ideas tamizadas por una selección que las dignifica. El cambio del producto intelectual perfectamente honrado y sincero, cambiaría el aspecto del mundo.

Sin esta sinceridad y con esta abundancia, es preferible el silencio.

La Gran Bestia

Creo firmemente que si entre los corderos saliera un César que fundase su principal mérito y ejercicio en matar corderos, estaría entre ellos muy mal visto. Creo que cualquier bicho, ave ó res que sacara esta gracia, sería inevitablemente destrozado por sus congéneres ofendidos... Entre los hombres ya es otra cosa. En algo nos hemos de diferenciar.

¿Quiere usted ser un *grande hombre*, un genio, un ejemplar extraordinario? Pues á matar á destajo. Mate usted como si no hubiese otra cosa que hacer en el mundo, y ya verá usted cómo los que quedan le miman, le festejan, le enriquecen, le ponen

sobre el pavés... y hasta le regalan una herramienta de honor.

Los hombres somos así. En cuanto sabemos de alguno que no repara en pelillos y sabe rebanar cabezas ó echar tripas al aire, ya estamos todos con la baba caída. ¡Este, este es el hombre! nos decimos, y ya «el hombre» no necesita de nada. El lomo humano es el trono más seguro.

«¡Saul mató mil, y David diez mil!» cantaban las hermosas judías, al son de palterios y panderetas, cuando las huestes regresaban de hacer primorosas tortillas de filisteos.

Y, naturalmente, según esta regla de proporción, David valía diez veces más que Saul. Estas matemáticas no marran nunca.

Jerjes ¡qué gran figura! Más de un millón de hombres llevó al matadero. La especie agradecida no puede pasar con indiferencia ante esta figura histórica que hiede á sangre.

¡Alejandro, los Césares, Atila, Napoleón... qué hermosos carniceros!

Los coronamos de laurel, les dedicamos templos... En el fondo de esta inevitable admiración por el que mata, creo que se agita un sentimiento de desprecio, de soberano desdén, de repulsión acaso, del hombre hacia su misma especie. «¡Que la aplasten, que la desgarren, que la devoren, que la hagan polvo y se la lleve el viento: en quedando yo!...» Es lo que quiere decir el sentimiento ese, y, como no *habla* claro ó los hombres no entendemos mucho, la forma de expresión más fácil y ordinaria es el imbécil culto al genio, al héroe, al dios... al que sabe llevar las multitudes como rebaños á que las aplasten y destruyan.

Parece que el hombre se ha formado como esas rocas plutónicas, por súbitas y espantosas dislocaciones de la Naturaleza. En el orden natural los seres se mueven por un impulso eterno: la necesidad. El hombre es el único que se agita por un impulso ilógico: la ambición. ¿Que es cruda la

causa y visible el impulso? pues se los disfraza admirablemente con los nombres de honor, dignidad, derechos, expansión, filantropía civilizadora... y para aplacar á estas deidades, ya se sabe; muerte de hombres en montón, sangre, carroña, festín de cuervos, abundantísimo abono humano para devolver á la tierra su fertilidad estrujada.

Todavía hay terapeuta que opina que es un estorbo la sangre, y la saca sin piedad, como si por la rotura de la vena entrase la salud á raudales. La humanidad sigue opinando que es conveniente una sangría en masa de vez en cuando, para aclarar la tierra, para aliviarla de parásitos, para disminuir esta enfermedad que somos nosotros.

Vino Napoleón, y con escrupulosidad militar cumplió cierta consigna... la de ametrallar á la muchedumbre desde las Tullerías. ¡Qué espectáculo tan gracioso!—Oiga: ¿por qué no he de ametrallar por cuenta propia? El

efecto es el mismo y algo iré ganando.—Y á poco, volvió esos mismos cañones contra el Directorio, y él solo fué el genio, el héroe, el dios.

—¿Les parece á ustedes que hagamos un Imperio?—y el berrido del pueblo le garantizó el propósito. La humanidad seguía siendo una hermosa bestia, una especie de elefante colosal al que enseñaron á pelear desde chiquito, y encuentra muy divertido eso de matarse á trompazos.

Millones de hombres sucumbieron, los unos gritando ¡conquista! los otros aullando ¡independencia! Europa parecía una casa de locos. Duró aquello unos cuantos días, unos cuantos años, que es lo mismo, hasta que un paso mal dado hizo caer al Emperador. El Imperio se disolvió como un poco de sal en un vaso de agua: todo aquel grandioso *infundio* se fué bajo el legendario capote gris á Santa Elena: la reacción siguió á la revolución: el ir y venir del péndulo histórico señaló con su balance el término de aque-

llas sangrientas locuras. Quedaron millones de hombres sobre el campo, bajo la tierra en los pozos de España, en las estepas rusas, en toda la superficie de Europa... Y ¿para qué? Para nada, por nada, por un capricho hiperbólico de la ambición; por el antojo que tuvo un hombre de hacer un mapa nuevo. El rebaño, la gran piara de imbéciles mató y se dejó matar entonces como antes, como ahora, como siempre.

Debe de ser una necesidad orgánica esta que sentimos. Individualmente, tras del agravio salta la idea de la brusca eliminación del agraviante, correctamente, por medio del ritual establecido por el «Código del honor,» ó incorrectamente, á espaldas del Código penal. Colectivamente ó en manada, sentimos periódicas ansias de rompernos la crisma con cualquiera, por un subir y bajar de banderas, por robar unas islas, por asegurar un camino, por emplazar una fortaleza, por vindicar una injuria del tiempo

de Mari-Castaña, por dar que hacer á los músculos, por hacer de bestia sin disfraz un poco de tiempo...

El arte se apodera de estas cosas tan sutiles, y allá va el lienzo heroico, la estatua académica, la estrofa vibrante, el himno arrebatador, y ya tiene un pueblo el puchero asegurado.

Dentro de cada pueblo, vea usted lo que pasa: ¿Hay poca libertad? pues para tener más no hay sino cortar cabezas, reventar á unos cuantos de los que no les va ni les viene; hacer una revolución, en una palabra. Porque pensar que las libertades y los demás bienes caen del cielo, es pensar en lo imposible. Para eso nos han dado la Razón; para que la usemos cuando nos dé la gana. ¿Qué hay sobra de libertad? pues la reacción y la letra, con sangre entran: se despanzurra á unas cuantas docenas de ciudadanos, y la libertad ella sola se encoge que es un primor. Todo está sabiamente ordenado y previsto.

¿Qué ve usted por donde quiera que va? Glorias militares; fuerzas militares; sables y fusiles; cañones y lanzas. En todas las fiestas, en todos los espectáculos, en todos los regocijos, en todas las solemnidades, verá usted por encima del rebaño sudoroso el cañón del fusil, como una advertencia. ¡Qué alta idea tenemos de nosotros!

Si usted no puede matar hombres por falta de ocasión ó de voluntad y no se le acaban las ganas de ser grande, rico, célebre, mimado, festejado, adorado por la «gran bestia,» échese usted á matar toros, que el resultado es el mismo; y desde lo alto de un testuz, podrá usted despreciar á la humanidad muy á sus anchas.

¡Dios te la depare buena!

Había en cierto lugar un médico—el cuento es muy antiguo, creo que hasta en *Don Gil el de las calzas verdes* lo he leído—al que por su ninguna ciencia y extravagante manera de curar, acudían enfermos, que no lo dejaban. Y como de diez leguas á la redonda cargase la pobrea llenándole todos los días el zaguán y parte de la calle, acordó el médico hacer provisión de recetas, que en apretado paquete llevaba en la mano cuando salía.

Rodeábanlo al punto enfermos y lisiados y, sin dejarlos siquiera pipear, repartía recetas como pan bendito y á cada uno decíale: «¡Dios te la depare buena!»

No otra cosa digo cada vez que veo á un prójimo en el banquillo de los acusados, con doce ó catorce jueces por delante, tres magistrados dormitando ó limpiándose las uñas allá en el foro, un fiscal no muy enterado del asunto á un lado y un abogado tan enterado como el fiscal, al otro.

Mil veces nos había dicho Castelar, en su estilo *rococó*, que en teniendo sufragio y jurado de añadidura, no habría seres tan felices como los españoles. A la vista está.

En todas estas cosas hay que principiar «por el principio,» y el principio y fin de todas las cosas nuestras es el cacique. La lista de los señores jurados la hace el juez municipal con el visto bueno de su señoría. Con esto, nada hay que decir de qué clase de listas serán esas.

Por bruto que sea un señor jurado no deja de comprender que lo llevan á ciegas, á salga lo que saliere, y que de todo aquel fárrago de fórmulas rituales y curialescas, de lecturas atro-

pelladas é incoherentes, de testigos mentirosos, de discursos floridos ó retumbantes, que por lo regular retumban por eso, porque están vacíos, de dimes y diretes que no vienen al caso, bien poco ó nada puede sacar en limpio para decir *sí* ó *no* como Cristo nos enseña y la sociedad le demanda.

¡Cuántas veces dice una cosa por otra y es el primero que de su obra se sorprende! Porque parecía natural que tratándose no más de hechos que han ido sucediéndose y que tienen que afirmar ó negar lisa y llanamente, lisa y llanamente se le preguntara al Jurado y allá que á tuertas ó á derechas respondiese. Pues no señor; hay que hilvanarle más preguntas en estilo fino, entremezclando conceptos morales con indicaciones de hecho, largas y tendidas, abrazando estados distintos y á veces contradictorios del hecho que se trata de esclarecer, y formando á la postre un lío en que ni jueces, ni jurados, ni abogados, ni fiscales se entienden,

—¡Veremos en qué para esta música!—dice el procesado para sus adentros—¡A bien que no faltarán costillas que lo sufran!

Cuando sale de todo aquel pisto una atrocidad que llama la atención—lo que quiere decir que no cabe en la casa—todo el mundo la ve, la siente, la comenta, se compadece un poco de la víctima y se marcha con la conciencia tranquila.

El abogado descarga la suya en el fiscal: el fiscal en el Tribunal: el Tribunal en el Jurado: el Jurado en el Tribunal, que es á modo de lo que pasó en la *venta*: «daba el arriero á Sancho, Sancho á la moza, la moza á él, el ventero á la moza...» sólo que aquí todos los palos, mojicones, sustos y sobresaltos caen sobre uno solo: el único que no se mete en nada.

Aunque institución de ayer mañana, el Jurado está lleno de preocupaciones y agorerías. En los delitos contra la propiedad es cosa tácitamente convenida que hay que apretar la

mano. Todos los pequeños propietarios, los tenderos, los labradores, se espeluznan ante el amigo de lo ajeno. Y el que cae por su banda, ya está fresco. En otros delitos, en los que hay sangre por medio, manga ancha.

Como todos nos conocemos, los señores jurados saben á qué atenerse respecto á la prueba testifical. Ellos también han sido y serán testigos cuando llegue la ocasión. En cambio otras clases de prueba los convencen en un santiamén. Por ejemplo: á fulano lo acusan de homicidio: no hay pruebas directas y aun las indirectas flaquean en muchos puntos, por todo lo cual está expuesto á salir en palmas, perdiendo la ración gratuita que da el Estado. Pero he aquí que llega un testigo y se le ocurre recordar que hace tantos ó cuantos años, cuando el procesado estaba en la escuela, tiró una pedrada con honda á la vaca del tío cetano, de la cual pedrada, el animalito perdió un ojo, y fué poco perder para como fué el hondazo.

No he menester de otra prueba— exclama el Jurado—este bribón ha sido. Un chico que hace eso con una inofensiva y decente vaca, cuando el *nene* andaba en la escuela, al llegar á ser hombre no hay hombre seguro. Y á ver quién le saca este clavo de entre ceja y ceja.

Lo que da frío y temor y espanto, es considerar que de no haber tenido aquel testigo tan excelente memoria, ó haberse alicortado un poco, ó en último término, que si la pedrada infantil, en vez de dar en un ojo á la vaca, le da en un cuerno, aquel criminal se salva de aquélla, y sabe Dios el tiempo que hubiese seguido atentando contra las vacas y los hombres, es decir, contra la sociedad en sus distintos aspectos!

Ir á presidio... ¡no es nada lo del ojo!—¡Echa salero!—decía un procesado interrumpiendo al señor fiscal, en lo más sugestivo de la petición. Tratábase de un reincidente, así es que de los elocuentes labios del Minis-

terio público—que se llevaba mal con la señora, y había días que á sí mismo se acusaría gustoso por ver si lo quitaban de aquel suplicio conyugal —iban saliendo años, meses, días, indemnizaciones y costas, responsabilidades subsidiarias y...—¡Echa salero!

—¿Qué dice el procesado?—Na. Que á su mercé le paecerá que el presillo es una confitería!

Las cosas de la justicia—deciame un Licurgo rural—aunque mala comparación, son lo mismo que las de los sacristanes. Entra un sacristán novato y la iglesia le parece un mundo. Anda de puntillas y haciendo más reverencias que jinete en burro; coge las imágenes como si fueran niños recién nacidos... Al poco tiempo mírelo usted, en dos trancadas se lleva la iglesia, riñe con las beatas y no excusa las voces; manda á trastazos y repelones á los monaguillos, apenas si da cuatro cabezadas ante el altar, y eso como de mala gana, entra con la colilla en el puño, blande la caña y

coge á las imágenes como si fuese á descalabrar con ellas á los fieles...

Dice *La Celestina* que «la costumbre luenga amansa los dolores, afloja y deshace los deleites, desmengua las maravillas.» La costumbre luenga es una lima sorda, es verdad, pero hay cosas que no debieran limarse.

De los tres grandes bienes del hombre: la vida, la hacienda y la libertad, acaso esta última sea el más apetecible. Porque, ¿qué diantre de vida ni de hacienda puede el hombre disfrutar sin libertad! Y detrás de su pérdida ¡cuánta ruina puede venir! El hogar desierto, la prole hambrienta ó prostituída, la hacienda disuelta, el deshonor alejando toda esperanza de regeneración posible... No sucederá esto siempre, pero sucede alguna vez. Antes de tocar á eso, á un ápice de la libertad humana, no sé como hay quien no tiembla y se pone bien consigo mismo, y asegura bien de todo tardío arrepentimiento y sobresalto su conciencia; porque un error y una

piedra tirados en la obscuridad, Dios sabe lo que destruyen y todo el mal que socialmente pueden producir.

¡Qué tiempos, Dios mío, si es que de verdad existieron; qué tiempos aquellos en que, según el «Ingenioso Hidalgo,» «la justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interés, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen.»

Realidad

No recuerdo ya cómo vino rodando el tema. Habíamos arreglado el mundo desde la mesa de aquel café madrileño con piano de cola, y sin duda no teniendo ya nada que hacer con la Rusia, la Prusia, la Francia ó la Inglaterra, nos fuimos acercando, acercando, hasta poner las pecadoras manos en esta descompuesta máquina de nosotros mismos.

—Sí, señores—decía un filósofo de estos que Menéndez Pelayo llama «autodidactos,»—en el mundo no hay más que un solo afecto hondo, verdadero, general, común á todas las especies: El cariño de los padres á los hijos.

—¿Y el de los hijos á los padres, es grano de anís? interrumpió otro filósofo.

Un tercero les puso de acuerdo, quedando asentado y convenido que no hay más que un afecto humano digno de la mayor consideración y respeto: el cariño de los padres á los hijos y de los hijos á los padres, ley inflexible de naturaleza que ninguno puede eludir.

—¿Qué tal? Preguntaron á un contertulio que yo no había visto nunca. Me parecía hombre serio, mejor, hombre triste.—¡Phs!... dijo.

—¡Cómo phs! Me parece, caballero, que nadie podrá poner en duda nuestras conclusiones. El afecto paternal obedece á una ley fija, universal é inmutable. ¡Esa no la falsean los hombres! ¡Que me echen encima todas las leyes que quieran prohibiendo que ame á mis hijos!

—Tampoco los amaría usted porque otra ley se lo mandase.

—Claro que no. ¿Pero eso qué tiene que ver?...

—Nada. Y aquel joven serio volvió á recogerse en su pensamiento con esa silenciosa melancolía del hombre que tiene penas.

Cuando salí del café aun quedaban mis amigos discutiendo el punto con un encarnizamiento digno de mejor causa. Porque uno de los invencibles impulsos de nuestra raza es el de discutir, porfiar, mejor dicho, sobre cuestiones en que de antemano estamos de acuerdo.

En el mismo corazón de Madrid, entre el estruendo de la multitud que va y viene llenando las aceras, bajo la lluvia resplandeciente de la luz eléctrica y el trueno continuo de los coches que van á escape, entrecogióme una bruja que llevaba una niña de la mano. Iba ya á cometer la necedad de darle una limosna, cuando reparé en el ángel y ví que le habían cortado las alas. El gesto, el guiño, el afeite, la sonrisa, eran una espantosa

mueca de procacidad impúber... ¡Pobre fruta caída á palos del árbol, verde y recia aún y con un gusano dentro!

La bruja baboseó unas palabras... ¡era su hija! Y para estimular el apetito de los decadentes la exponía así, profanando la túnica pueril, manchando con el lodo de un comercio infame los albos cendales de la inocencia. *¡Ubera non habet!* decía en castellano sucio, repitiendo aquella frase del Cantar Salomónico, que en su boca tomaba olores de alcantarilla.

—¡Es el afecto paternal, único del mundo!

Al sentir el restallido de aquel sarcasmo, volví la cara y encontréme con la del hombre triste. Cogió mi brazo y me arrancó de aquel horror.

A medida que hablaba yo iba como recordando...

...—Señor, yo conozco á este hombre, y ahora no caigo.

—Eso les pasa á muchos. Me conocen... ¡y no caen!

—¡Hola! ¿Respondes al pensamiento? Razón de más para que no te suelte. Y seguimos paseando y charlando como dos antiguos y queridísimos amigos.

—Hé ahí un hombre feliz—dije—la satisfacción de vivir brilla hasta en la pechera de su camisa. El hombre feliz descendió de lujosa berlina, alzóse el cuello de pieles, relampaguearon los brillantes y entró en el Casino, dejando una estela en que los miserables se sumergían como en un baño.

—Ah, le conozco. El pobre tiene una pena muy grande... su padre ha dado en la manía de no querer morirse. ¡Hay padres bien crueles en el mundo!

Lo miré con asombro. ¿Se estaría burlando de mí?

—Hay por medio ese padre paralítico, un título y algunos millones... y además una ristra de deudas.

El chico viene al Casino y juega: si gana, lo reparte entre otros pobres, el cafetero, la corista, el empresario, la buscona... Si pierde, va en busca de un usurero. Este no le falta. ¿No sabe usted que cada árbol tiene su insecto? El hijo echa sus cuentas: si el tiempo no corriera más que para los viejos... ¡pero si corre para todos!

—Pues estaría bueno, que cundiera esa doctrina.

—¿Que no cunde? Oiga usted un diálogo entre la sociedad y ese hijo desgraciado:

La sociedad. – ¿Papá no mejora, eh? ¿Cómo está?

El hijo.—¿Cómo ha de estar? Sufriendo. ¡El pobre! Es un dolor ver lo que sufre.

La sociedad.—Por mucho que nos resistamos á la idea, la verdad es que al llegar á esa edad, á ese estado... Dios debiera acordarse de nosotros. Sí. ¿Qué nos brinda ya el mundo? Tristezas. Este es un valle de lágrimas, etc., etc.

El hijo.—Lo comprendo así. ¡Pero la sombra de un padre!...

La sociedad.—Ese es nuestro egoísmo. Queremos tener la sombra aunque sea sufriendo. Bien mirado eso no es caridad.

El hijo.—(Entre cuero y carne). Y ¿qué quiere usted que yo le haga, si no se muere?

La sociedad.—(Con segunda). ¡Resignación! Lo que en buenas palabras quiere decir, «aguántate, porque no es cosa de que le des un billete para el otro mundo.»

Mire usted esa mujer anciana, respetable, tranquila... ¿Qué lleva debajo del abrigo? ¿Un paquete tal vez? No. Un hombre.

—¿Está usted loco? ¡Un hombre!

—Un hombre que acaba de nacer. Se trata de una familia honrada que usted conoce. Pero hubo algo más fuerte que la honradez; el amor. Después vino algo más fuerte que el amor; el instinto. Ahora viene algo más fuerte que el amor y que el ins-

tinto; el *qué dirán*. Resultado: una cucharada de néctar, un delirio, un brinco de los nervios, la brusca é intensa vibración del sexo... y allá va ese envoltorio anónimo á cargar con todas las desdichas, con todos los desprecios... Su primer llanto fué reprimido á punto de asfixia, como un insulto al mundo á que lo trajeron: el último, Dios sabe donde se lo ahogarán. En el presidio acaso.

—¡Oh, por Dios!...

—Los salvajes tenían ídolos sangrientos: en vez de dedicarle oraciones, le mataban hombres. ¿Vé usted esa casa? Es triste. ¿Verdad? Lea usted: «Templo del *qué dirán*.» Yo me descubro ante todos los templos. ¡Que si el dios es fuerte!... Esa pobre mujer sabe que es sangre suya la que palpita debajo de su abrigo. Tenía locura por aquel nietezuelo, sentiría el encanto de vivir otra vez con sus caricias de ángel... Pero ¡y aquel dios, aquel dios ceñudo, imponente, que es más grande, más poderoso que

la impasible Naturaleza! Y llevando en sus brazos una vida con todos sus poderes y responsabilidades, finge tranquilidad, miente alegría, clava en su boca una sonrisa de máscara para despistar al mundo, para dar culto servil á la bárbara deidad que pide su víctima.

Ya está. Abrese el agujero... suena la campana. ¡Ya no hay lazos! ¡Ya no hay sangre que grite! La ola anónima borró con su piadosa amargura las huellas de un crimen... ¡Detrás de aquel torno empieza el áspero camino de la eternidad, lleno de lágrimas! Y en el húmedo seno de la noche responden el clamor de la campana aquella, el grito de triunfo del *dios* social y el ¡ay! formidable de la inmensa Naturaleza profanada!

—¡Pero este es un mundo inicuo!

—¿Inicuo? La palabra es fuerte. El mundo no tiene parte en la iniquidad de los hombres. Bastante hace con soportarlos. En el *censo* zoológico, la especie humana es la partida más

pobre. No hay que ofender á las demás especies porque haya una que despunte de soberbia, de imbécil ó de loca.

—¡No, no y no!—dije revolviéndome.—El hombre es el rey de la creación.

—Vaya, pues mande Vuestra Majestad á la hormiga que no saque sus larvas al sol después que ha llovido: ordene al escarabajo que trabaje en materia más limpia; á la ostra que se disgregue del banco; á la golondrina que ponga sus huevos en la arena... al rayo de sol que descubra todos sus colores; á las cosas que muestren sus infinitas propiedades. Un reyezuelo africano, al asentar el último mojón de su reino, que tendría tres leguas, decretó que más allá no había cosa digna de ver en el mundo. Nosotros decimos que las cosas tienen cinco propiedades, porque sólo tenemos otros tantos sentidos para apreciarlas. Ponemos ahí el mojón y declaramos que más adelante ya no hay nada.

—Sí hay. El espíritu inmortal, la inteligencia creadora!

—Esa es nuestra corona... y nuestro tormento. ¡Una corona de espinas! Pero sigamos descubriendo cosas. Hablábamos del afecto paternal... he ahí esos niños, duermen. El umbral es su lecho. Si tienen frío se aprietan unos con otros: eso hacen las ovejas, y como á éstos, nadie se lo ha enseñado. Si la escarcha los cubre, se levantan, se sacuden y en paz. Viven como los gorriones, entregados por entero á la Providencia. Tienen padres, ¡qué padres serán! Tienen prójimos, ¡qué prójimos serán! Y cuando la Providencia nos los entrega hechos unos hombres, diciéndonos: «Ahí va eso,» les pedimos cuentas y les exigimos una porción de cosas que ellos no han visto ni oído: orden, honradez, amor al trabajo, cultura, religiosidad, decencia...

Es como pedir á una ostra la partida de nacimiento. No hay duda que el amor paternal va haciendo su efec-

to en estos pobres seres. Aquella mujer echó á su nieto al abismo: los padres de estas criaturas no se impusieron ni siquiera ese trabajo. Las dejaron sencillamente en el arroyo. Ese es su mundo, y como en todos, hay dolores y felicidades. ¡Cuán fácil sería devolver á cualquiera de estos *golfitos* su padre, su madre, el hogar del que fué expulsado... ¡pero sería una crueldad!

—¿Una crueldad? No lo entiendo.

—¿Quiere usted ver como ese de la blusilla, el más chico, no sólo tiene padres, sino tíos y primos, una parentela casi tan larga como Jacob? Pues manos á la obra.—¡Eh, amigo mío, despierta! Vente con nosotros; esta noche tendrás cama de príncipe; mañana una renta vitalicia que yo, filántropo con recámara, te impongo en el Banco.

Mañana, ¡Dios me perdone!, este chico no va á tener tiempo para conocer parientes. Verá usted qué explosión más tierna de amor paternal,

¿A dónde va ese señor corriendo?... ¿Alguna desgracia? ¿Incendio, robo, asesinato?...—¿Qué es eso, señor don Fulano? ¿No puede usted hablar porque la pena le ahoga? Botica... sereno... médico... ¡ya caigo! ¿garrotillo? ¡horrible, horrible! y el cuarto hijo... ¿Que todos se quieren igualmente? Ya lo creo. Pero el enfermito, el débil, el que se va... Comprendo esas angustias que estrujan las entrañas. Nada; á casa. Este no es el camino de la salvación sino el camino del *Viaducto*. No hay que hacer locuras, señor don Fulano. Quedan otros que también se quieren...

—He aquí un padre, loco por sus hijos. ¡Triste padre!

—¡Triste, es verdad! Pero ¡ay! su locura generosa no se extiende sino á esos cuatro. Tiene otros dos hijos que apenas conoce, resultado de una aventura, de un arrechucho juvenil; ¡cosas del mundo! Aquel grandullón que dormía allá abajo con este *golfito*, que nos hizo una gentil higa, ¡pues

ese! El otro, sabe Dios. Son sus hijos y no los quiere porque no los *manosea*. El título de afecto que tienen á su favor el gato, el perro y el canario de la casa.

La higa del *golfo* acaso no sería para nosotros, sino para algo más grande, más tenebroso, más amargo, que se estremece en esta pesada atmósfera de la noche.

¿Otro desesperado? Vaya, aquí también han dado garrote á la naturaleza. No hay que pegarse un tiro ni estrellarse los sesos. Joven, la vida tiene esos recodos, el mundo es ancho... ¿Que su padre casó por segunda vez? Eso prueba que es de pelo en pecho. ¿Que su madrastra le odia? Eso pasa siempre. ¿Que su padre echó á usted á la calle con lo puesto? Es el efecto inmediato, fatal é inevitable de las segundas nupcias. El cariño paternal no pasó ni una línea más allá del segundo golpe de la «Epístola.» Todo tiene su término en el mundo.

—Mire usted. ¿Ve usted aquella

luz, allá arriba? Un hijo está matando á su padre. No hay lucha, ni sangre... ha cogido un colchón, se lo ha echado encima y se ha puesto á prensar, asfixiándolo, al autor de sus días. El parricida hace eso por honradez. Un caso curioso.

—Por honradez... ¡qué blasfemia!

—El hijo es comerciante; tiene vencimientos á la vista, su honor, su crédito en plaza están pendientes de un cabello. El cabello está en la cabeza de su padre, que es un avaro... No hay más que aplastar esa cabeza con un colchón y el honor se salva y el crédito de la firma queda en su punto. Hay muchas maneras de entender las cosas.

—¡Oh, llamemos á esa puerta... impidamos ese crimen que estremece al mundo!

—¿Qué va usted á conseguir con eso? Todavía le quedan tres días de plazo para pagar las letras. Podría matar un millón de padres, si los tuviera... y los mataría por eso, por

honradez, por el orgullo de su crédito en plaza.

Aquí viene otro. Un estudiante que no estudia, á no ser chuladas y jerigonza. Parece un príncipe. Juega, bebe, riñe, se entrampa, sabe estafar, sabe mentir... Su padre es un labriego pegado al surco: cada céntimo que envía al hijo le cuesta una gota de sudor, tamaña: podía ser libre y es un esclavo: podía ser rico y es un miserable. Todo se lo lleva ese hijo al que espera ver hecho un sabio. El mejor día le dirán que el sabio va para el presidio y morirá de pronto, sobre el surco, como un buey al que le dan la puntilla.

Ya ve usted cómo no es tan inflexible la ley... cómo el sentimiento no se puede encerrar en ese entimema de café, «¿es padre, es hijo? Luego ama.» Este es otro privilegio de la humanidad: el haber establecido estas numerosas y continuas excepciones de la regla universal. El único animal que puede no amar á sus hijos ó

á sus padres es el hombre. ¿Sabe usted por qué? Porque los demás animales no conocen el dinero ni el «*qué dirán.*» ¡Dichosos ellos!

Ahora nos endulzaremos un poco el alma, harto angustiada ya. Vea usted ese viejo... ¡descúbrase usted! Mas que el peso de los años, le agobian las tristezas. Es un sabio, y, naturalmente, no tiene sobre qué reclinar la cabeza. Todas las noches sale así, con furtivo paso, como quien va á cometer maldad, con el pudor de la pobreza tan poco comprendido; acércase á una tienda de libros y deja un volumen, dos, tres... recoge unas monedas y se retira con un gran pesar y una grande alegría. ¡Sus hijos comen! Pedidle á una mujer hermosa que se corte los cabellos ó se arranque los dientes. ¡El sabio hace más, le duele más, hacer migajas su biblioteca!

—No, no se separa usted de mí sin decirme su nombre. No sé qué de áspero y doloroso hay en sus palabras,

que las bebe uno con deleite infernal... Yo quiero conocer á usted, tratarlo, seguir oyendo esas cosas que no sé si curan, pero que hacen daño.

—¡Si á mí me conoce todo el mundo! Yo estoy en todas partes... ¡me llamo *Realidad!*

Trapos y lágrimas

La niña era la alegría de sus padres y estaba por decir que la alegría del pueblo, porque de toda fiesta, de toda elegante reunión era el mejor ornamento. Al matrimonio se le caía la baba.

El papá era un buen hombre de esos que llaman los noticieros «el probo y celoso funcionario:» empleado de modesto sueldo, sobrio, recogido, casero y amantísimo esposo. La mamá era una elegancia venida á menos, que pretendía sostenerse apuntalada con el corsé. La niña se pasaba de bonita, fina, esbelta, con una cabeza ideal; un pájaro vistoso y alegre, que á todas horas tenía un gorjeo y un relumbrón de plumaje.

Desde que le bajaron el traje de la pantorrilla al suelo, fué la *deidad* de moda. Se la disputaban las familias y siempre estaba en espectáculo. Al forastero que llegaba á la modesta capital, le decían apenas le habían enseñado las tres cosas y media que había que ver;—todavía le falta á usted ver á fulanita.—Y como esto era lo más fácil del mundo, el forastero la veía y por lo regular no participaba en el mismo grado de la admiración local por su primera belleza.

Ello es que la muchacha era un encanto y que no había ninguna que le ganase en saber llevar un vestido y un sombrero, y los padres comenzaban á sacrificarse para que no le faltase lujo.—¿Para qué estamos aquí? Para ella. Pues quememos hasta el último cartucho, se decían, embelesados con aquella figurita ideal ante la cual se prosternaba el mundo.

En sus nocturnas pláticas el matrimonio echaba á volar la fantasía... la veían ya «colocada,» merced á un en-

lace casi regio, con un título rico y fastuoso que debía de andar por esos mundos buscando inconscientemente su media naranja. Ya vendría... ya vendría.

Y con la cabeza llena de palacios y de trenes, de joyas y suntuosidades grandiosas, el matrimonio se estrechaba, se estrechaba para que en su modesto hogar cupiese el lujo de la niña con que se iban arruinando.

Así fué pasando el tiempo, la niña seguía siendo «la primera belleza local» y el mejor ornamento de los salones... y el Título *aquel* que debía andar buscándola, no venía. Pronto salieron al aire los apuros: el «probo y celoso funcionario» dejó de ser probo, instigado por aquel enorme, insaciable y espantoso abismo de modistería... Los trapos, los condenados trapos lo iban hundiendo, y en la alcoba donde aletearon tantos ensueños flotaba entonces una espesa neblina de temores y de vergüenza. No importa, ¡quememos hasta el último cartucho: ya vendrá, ya vendrá *eso!*

Lo que venía era una situación cruelmente ridícula. Parecía que el antes admirado vecindario se empalagaba con aquel largo dulzor de una belleza siempre en espectáculo. La carga de moños y perendengues parecía un sarcasmo. Vino el desdén fino, disimulado, hiriendo por la espalda á la modesta familia que, en fuerza de sacar los pies del plato, se iba hundiendo, estaba ya hundida en un pozo sin fondo en que se agitaban todas las miserias de levita. La trampa, el engaño, la trapacería menuda, el hambre servida en plato limpio... Más tarde, la envidia femenina empezó á resarcirse de aquel período de elogios á la primera belleza que era como un agravio implícito que había que devolver clavándole más alfileres que en un acerico. Y vino el desaire franco, la sonrisa compasiva destilando hieles, la frase buída como punta de daga. Alzaron sobre el trono de honor otra «belleza primera» que enseñar á los forasteros, y la reina destronada

seguía llevando sobre los hombros el manto irrisorio de un lujo descolorido que chorreaba amarguras.

La realidad fué cayendo gota á gota en aquella desordenada y enfermiza fantasía del matrimonio. Huyó de la alcoba fría la silueta del millonario, y comenzaba á dibujarse la de un burgués, un título académico en vez del título nobiliario. Para eso había que forzar el espectáculo, apurar la colilla del lujo, no declararse en fuga. Y el «probo y celoso» funcionario, con la trampa al cuello, paseaba por las fiestas su triste levita, dando guardia de honor á la belleza decadente de su hija. A ésta le arrancaron los últimos girones del manto con una sola palabra: *¡es cursi!* Esta fué la paletada de tierra con que enterraron una de las más efímeras glorias locales.

—Pero ¿qué se habrá creído esa niña? No hay función sin tarasca... Y ya no eran el talle de palmera, ni las mejillas de rosa, y aquella langui-

dez empachosa de los ojos «resultaba *cursi.*»

También se desvaneció la figura del burgués pudiente ó la mediana decorosa... pasábase la juventud, una juventud ocupada en su propia contemplación, y en verdad, el tiempo apremiaba. Los desdichados padres sucumbían á los apuros, y sintiendo la gota de realidad con su golpeteo cada vez más doloroso, bajaron otro punto á sus aspiraciones y demandaban ya un modesto empleado, un humilde escribiente, un levitín cualquiera que arrastrase la miseria por el mundo con el decoro de una tirilla limpia y una corbata de moda.

Era el último escalón. Pero ni eso. El modesto empleado, el humilde escribiente huían de aquella belleza inocentemente ruinosa. Ninguno tenía sueldo para la mitad de los perendengues que la niña se colgaba. Todos sabían cómo aquel condenado afán de trapos había entenebrecido un hogar antes alegre, en que la paz, el cariño

y el relativo bienestar hacían llevadera la vida.

La casa del pobre no podía admitir aquella belleza inútil, deslustrada en fuerza de exhibirse años y años, como esos cintajos á los que el sol les come el color de los escaparates. Y llegó el período agudo de los recuerdos. Adormecían el hambre recordando los antiguos éxitos de sociedad, los encomios periodísticos que, leídos al cabo de años, olían á espliego manido... daban pasto á la fantasía con estas inocentes exhumaciones de un reinado ridículo sin pompa ni utilidad.

Así fueron disputando á la realidad palmo á palmo... hasta que hubo que capitular y rendirse. ¡Ya era tarde! Huyó toda esperanza de aquel hogar que pudo ser jaula de la alegría: bebieron la desesperación del presente, y miraron cara á cara al porvenir. ¿Qué les traía? Para los viejos la muerte en el lecho frío de todas las miserias: para la joven una orfandad horrible; la lúgubre marcha de la in-

utilidad y la belleza por el mundo; la humillación, la afrenta, ¿quién sabe lo que viene atrás? y para los tres, la mueca espantosa del lujo empapado en lágrimas, burlándose de aquella desdicha y gritando con voces tardías: «¿por qué han de ser los hombres tan imbéciles?»

Fúnebre desahucio

El último edificio de la calle era el cementerio viejo. Un mezquino corralillo de altas tapias, medio hundido en la masa verde y exuberante del naranjal. Rozando sus paredes que la humedad desgrana, pasa el arrecife blanco y polvoriento, que va á perderse en los confines de la llanura, con su ringlera de palos secos y sus alambres en lo alto, sacudidos á la continua por las intensas vibraciones de la palabra humana.

Fuí hasta el cementerio en ruinas aguijoneado por esta enfermiza curiosidad que llamamos «instinto de observación.» Sabía que estaban destruyendo aquello, y quise echar una

mirada sobre las tumbas abiertas, porque no sé qué tienen las sepulturas, que al par que un cadáver guardan en su fondo sombrío una terrible lección.

Aquellos pobres huesos que descansaban en la madre tierra cumpliendo una ley eterna, volvían á la luz del sol confundidos, mezclados, rotos... en cumplimiento de la ley municipal. Todos los pueblos saben llenar bien estas sacrílegas exigencias de la higiene y del ornato.

Estaba el día muy triste: el cielo gris, obscurísimo por algunas partes y amenazando la lluvia, sin decidirse á caer sobre los campos sedientos. Junto á la puerta del cementerio veíase un gran montón de tierra rojiza impregnada de substancias orgánicas: más adentro había otro montón no menos grande de huesos humanos. ¡Cuántas pasiones habrían movido aquellos huesos, cuando tenían médula y jugo, músculos y sangre!

En la base del montón, el verdade-

ro montón anónimo de la muerte, descansaban muchos cráneos, que sin duda por su forma y peso habían venido rodando de lo alto. Meditar contemplando las calaveras no es un trabajo de alta novedad desde que Hamlet lo hizo. Pero hay que confesar que tampoco la muerte *murió* con Hamlet.

Y era muy particular la disposición de aquellos cráneos. Unos, asentaban su mandíbula en el suelo y allí parecían meditar, tristes, absortos, con las órbitas llenas de una terrosa obscuridad: otros levantaban hacia el cielo la frente blanquecina y enseñaban al espacio la herradura singular de sus dientes en una mueca diabólica, fija, inalterable, de infinita ironía ó fúnebre humorismo. Algunos otros los había juntado el azar rodando por la pendiente, y se tocaban y restregaban en el suelo como diciéndose al oído un secreto largo, interminable, que no acababa nunca... Otros tenían las órbitas llenas de polvo y los hue-

sos de la frente rotos, y entre todos ellos brillaba uno blanco, limpio, que tenía cierta particularidad curiosa. Había sido seccionado por la sierra en la fúnebre tarea de la autopsia.

En aquel pobre cráneo se había consumado un crimen: asesinato ó suicidio, se denunciaba allí, á través de los años, en aquel agujero del «temporal» hecho por una bala.

Junto al montón de humanos despojos se alzaban grandes pilas de ladrillos simétricamente colocados. ¡Y pensar que esos ladrillos arrancados á las paredes de las tumbas, van á servir para construir las paredes de las casas!

En el centro del corralón aquel, varios hombres y un niño comían tranquilos, impasibles como la Naturaleza en acción. Comían en torno de una hoguera hecha con pedazos de ataudes. La madera podrida impregnada de substancias crasas y de polvo, ardía requemándose sin lanzar llama. Un humo fétido rodaba entran-

do en los columbarios abiertos y se levantaba después en perezosa espiral por el ambiente húmedo.

Allí, sobre el suelo en que se evaporaban unas cuantas gotas de lluvia, ví una lápida humilde conteniendo una candorosa inscripción que me hizo sonreir: «Aquí espera la resurrección de la carne el cadáver de doña Dolores Rebollo. ¡Descanse en paz!»

¡El descanso eterno, la resurrección esperada á través de los siglos, sin impaciencias, ni desesperaciones, ni movimientos, ni mudanzas, bajo los seis pies de tierra obscura y silenciosa del campo santo, es el ideal del cadáver. Pero es que no cuenta con la ley Municipal ni con la de Sanidad del reino.

No hay cosa tan triste como este desahucio: la muerte tiene sus fueros... la quietud absoluta es el imponente derecho de los muertos ¿por qué no se respeta? El movimiento es la vida. Y alzándome sobre un mon-

tón de escombros quise ver el movimiento y la vida.

Allá enfrente, se extendía la misma plana, uniforme, como una sábana de hierbas grises. Más lejos el mar tendía sus brumas, y por un desgarrón de la obscura nube se asomaba un trozo de cielo azul, espléndido, luminoso, como una suave caricia del sol poniente. Por los carriles de acero tendidos en la llanura y bruñidos por la continua mordedura de las ruedas, avanzaba majestuosamente una locomotora con su séquito. La cúpula de metal que corona la caldera brillaba como un astro: los chorros de vapor, blancos y potentes, azotaban las pencas de las pitas, y el silbido agudo de su válvula se perdía en el espacio sin fin, como la nota alegre de un cántico...

Asaltando las ruinosas tapias del cementerio viejo, asomaban sus ramas los habares en flor, enviando su perfume, y algunos naranjos llenos de frutos y de azahar, descansaban en

las mismas tapias sus bolas de oro y sus flores de nieve.

¡El olor de las huertas, el rumor del trabajo, el calor y la luz y el movimiento de la vida, en medio de la naturaleza siempre virgen y de la primavera siempre joven!

Junto á un seto vivo de chumberas que alzaban sus palas erizadas de manojos de doradas púas y coronadas de violáceos hijos, jugaban amistosamente dos carneros blancos, hermosos, destacando su vellón como una ráfaga sobre la verdura del vallado. Una vaca mansa, de pelaje negro y reluciente como la seda, pastaba perezosamente en la marisma, y allí se oía el cantar melancólico de unos hombres que empujaban una barca que venía tascando el suelo, entre las últimas luces de la tarde. . . . .

. . . . . .

¡Triste es la muerte, pero no ha de triunfar sobre la vida!

¡Dios nos libre!

Todos los años escuchamos el mismo clamor: «dicen que no hay dinero, realmente estamos mal, peor, es imposible; y lo que es en la lotería no se conoce.» ¡Qué había de conocerse! Jugárase cada mes, cada día, cada hora una lotería de esas, y sería lo mismo. ¡Es mucho lo que nos fascina un puñado de pesetas, un plato de comida ó una copa de vino regalados!

Yo he visto comer *gratis* á una muchedumbre de personas finas, al parecer, y el asco no se me quitará en la vida. Nos embriaga eso: lo que cae del cielo, lo que envía el azar, lo que entrega la generosidad, lo que la vanidad reparte. La multitud obedece

siempre á esos estímulos: relincha de gusto olfateando algo de *bóbilis bóbilis*.

Acaso no recuerden ustedes la catástrofe de Moscow, ocurrida en el verano de 1896: digo esto, porque el recuerdo de los sucesos, por grandes que sean, apenas si excede de los noventa días, plazo obligado de cualquier pedido mercantil. Era cuando las grandes fiestas de la corte, y al Czar se le ocurrió regalar con un desayuno al público. ¡Para qué más!

La promesa de un pedazo de salchichón y un panecillo, puso fuera de sí á ochocientas mil personas, convertidas por aquel impulso del instinto en ochocientos mil mendigos rabiosos. El afán de llegar antes, el temor de que no hubiera para todos, la comparación durante algunas horas del número de solicitantes con los montones de comida, la inquietud de las masas que, como á las olas, las hace moverse sin sosiego, la larga espera de lo apetecido, el inconsciente y natural

avance hacia lo vedado, fueron engendrando primero el rumor, luego el empuje, tan brutal y vigoroso, que aquella multitud, como río que rompe los diques y se sale del cauce, cayó con rugidos de torrente derrumbando cabañas, rellenando zanjas, aplastando víveres y dejando más de tres mil cadáveres destrozados en aquel campo de desolación en que corrió suelta y espoleada la *gran bestia*.

Hay que conocer la atracción que ejerce en el público todo lo que es gratuito, siquiera sea en apariencia. Es el gran anzuelo. Recuerdo una escena que presencié durante la feria en un pueblo y que la relaciono siempre con todos los aspectos de ese instinto.

En el rincón más apartado de la plaza alzábase un tabladillo que parecía un pesebre. Sobre él apuraba todas las gracias de repertorio el bueno de Arlequín, con la cara untada de almidón bajo el clásico gorro puntiagudo y los calzones desmesurada-

mente anchos, con un sol pintado en el trasero.

La orquesta, compuesta de un cornetín que tocaba una señora rubia y picosa de viruelas, en traje de bailarina, de un trombón que endurecía los labios de un caballero calvo vestido de chaquet y calzado con alpargatas, y de un tambor que tocaba un chiquillo enteco, con cara de hombre gastado y un lunar blanco del tamaño de un medio duro en el lado derecho de la cabeza, hacía prodigios de ejecución, tocando rabiosamente, como si los músicos deseasen que el ruido llegara á los lejanos límites del término municipal.

En el corral de la casa estaba el teatro. La compañía, íntegramente encaramada sobre el pesebre, intentaba representar *Torear por lo fino*, *Cómo está la sociedad* y otras piezas anunciadas, merced á mil recortes, supresión de personajes *innecesarios* y *morcillería* con que las aderezaban.

Cuando llegué frente al *coliseo* dió-

me gran lástima de la compañía. Arlequín estaba destrozado: había sufrido más de treinta bofetadas *de verdad;* los músicos se caían desfallecidos á fuerza de soplar, mal alimentados y peor dormidos... y el público no entraba ni á garrochazos.

Y eso que delante de la tribuna había más de doscientas personas, campesinos en su mayoría, á quienes divertían sobremanera las piruetas y gracias de Arlequín. Y como esta diversión *no les costaba nada,* se contentaban con ella sin picar en el anzuelo que les tendía el gracioso:—¡Adentro, adentro! A medio real... se comienza en seguida, señores. ¡A medio real!

No entraba nadie. Les divertía aquel muñeco diciendo donaires sobre el pesebre, y una carcajada inmensa salía del corro cada vez que el payaso se equivocaba adrede y por decir señores y señoras decía *serones* y *cebollas*... ¿A qué dar medio real por las gracias que dijeran dentro?

No sé si por consejo de algún inteligente ó por súbita inspiración del hambre, gran maestra en estos apuros, la compañía cambió de táctica ante el enemigo. Encaramóse Arlequín sobre el tabladillo, hizo una grotesca señal á los músicos, que de buen grado hicieron enmudecer sus instrumentos, y endilgó á la concurrencia un discurso jocoso, subrayado con gestos tan pintorescos que hasta las casas de enfrente se caían de risa, anunciando que «la compañía *agradecida al favor del público*, había resuelto trabajar de balde y que además regalaría un gallo á los señores que quisieran disfrutar de esta nunca vista largueza.»

Y haciendo y diciendo, agachóse, cogió por las patas atadas un hermoso y auténtico gallo con la cresta congestionada, que en esta postura empezó á mover las alas á compás de la música.

El público mordió el cebo en seguida. ¡Ahí es nada; espectáculo *gratis*

y además un gallo! Y aquí vino lo gordo. Los de atrás empujaron, cedieron los de delante y ante aquella ola humana encrespada por el instinto, cedió el tabladillo, volaron las puertas, se amazacotó el corral, se estremeció el teatro y hasta se torcieron unas rejas como si en un segundo hubiera pasado por allí algún potente huracán con sus formidables alas.

Los actores tomaron la escena como náufragos que llegan á tierra. Salvóse el gallo por un milagro de Esculapio... comenzó la función, que fué todo lo buena que podía esperarse de aquellos elementos artísticos presididos por el sol del payaso. A la mitad del espectáculo anunciόse la rifa del gallo. Hubo sus protestas, bien pronto calmadas ante la consideración filosófica de que costando la papeleta medio real, el favorecido vendría á poseer el gallo por esa cantidad justa, lo cual era una ganga. Vendiéronse las suertes como pan bendito: el sorteo se verificó con la formalidad posi-

ble, siendo el agraciado el caballero del trombón: ¡naturalmente!

Supe que se lo comió la compañía aquella noche y no digo con qué apetito, porque ya se lo imaginarán ustedes. Ello es que gracias al ave salvadora tuvieron aquellos infelices la mejor entrada de pago que habían conocido en toda su vida.

Pero es peligroso: enséñenles ustedes el gallo á doscientas mil personas en vez de las doscientas, y hay otra catástrofe de Moscow. No se puede jugar con estos instintos de la muchedumbre. El gran atributo anímico que distingue al individuo, lo pierde la multitud. El hombre solo—por más que haya casos que inducen á la duda —es siempre un ser racional. El hombre acumulado, sumado, multiplicado, formando un ser monstruoso de cien mil patas, rara vez da indicios de racionalidad. Por eso destroza hoy lo que santificara ayer y no hay ídolo seguro en sus manos.

Y si por añadidura estimulamos y

picamos el instinto lotérico, sus ansias de azar, sus deseos de regodeo económico y le enseñamos un trozo de salchichón y un panecillo ó un gallo vivo ó muerto, el bramido inmediato nos dará la perfecta definición del monstruo. ¡Que Dios nos libre!

El hombre vivo

Hay un tipo español que sin vacilar lo clasifico como perteneciente á la *fauna* de Andalucía, y si me apuran mucho, diré que corresponde en su natural origen á la parte más llana y cálida de la susodicha región. Es un hombre que gasta *bombín* y por lo regular, bigote: se rasca los tufos con el palillo de dientes y toda su persona trasciende á flamenquería. Es el grado intermedio entre lo que llaman en el café cantante un señorito, y cualquier «tocaor de guitarra, que da gusto á la reunión.»

Su manía es hacer constar que no hay otro tan echao palante ni que se traiga como él la mar de cosas, por-

que es un vivo y chanela más que la virgen. Puede ser corredor de granos y aceites, empresario de coches, contratista de menudos, comisionado de apremios... ó simplemente hombre vivo que se trae la mar de cosas. Podrá andar mal de cuartos—la regla es que ande así—pero su duro es el primero que sale rodando. Es convidador ostentoso y se pone á beber con cualquier desconocido que le aguante la *pelma*. Cuando está fresco, necesariamente ha de contar cómo conoció á fulánez, los juegos que corrió con mengánez, porque conoce y tutea á todo el mundo, principalmente á la gente gorda. Para él los Excmos. é Ilmos. señores no son más que Pepe, Manolo, Curro...

A pesar de estar siempre ocupadísimo, porque no se hace nada sin él, se pasa las horas muertas en el café, en la taberna, en la calle, porque para él no hay nada como un amigo. Ni mujer, ni hijos, ni negocios, valen lo que un amigo. Y como amigo

es todo el que le presta lumbre ó cruza con él cuatro palabras, resulta que la amistad le consume el tiempo. Cuando se pone á medios pelos, se vuelve candorosamente agresivo. Todo lo que dice es con segunda, pero una segunda tan recóndita, que la conversación suele convertirse en charada sin solución posible. De merecer algún título esos diálogos de tienda de montañés, no sería éste el menos apropiado: «De cómo pueden conversar dos ó más personas todo el tiempo que les dé la real gana, sin que ninguna sepa á donde va á parar ni de qué cosa se trata.»

Como alguna vez he sufrido el golpe, puedo ofrecer una muestra.

El ta!.—Tome usted esa caña, amigo... yo tavía estoy mamando: soy mu chiquito. (Aquí un guiñotazo.) Na, que cualquiera se tira la ventajilla conmigo. Pa eso que mi mare parió ciego á este cura ¿eh?

Yo.—(Con aire de inteligencia y como diciendo, ¡te veo besugo!) ¡chipén!

El.—¡Y á mí me la iba á peinar! Cuando yo por un amigo voy á toas partes ¿eh?—Niño, la otra.—Home, le dije, tú no traes na: to mentira. Se queó más blanco que la paré ¡y que yo vengo desnuo! No traigo ropa ¿eh? (Sacando la inocente navaja que le regaló un compadre.) Miste que á mí! Coba na má: ¡Si yo sé que é él otro! el otro que no me puee dicar desde que pasó lo que pasó...

Yo.—Ahora sí que da usted en el hito. El *otro*, ese pillo...

El.—Un granuja, digasté que sí. ¡Como que yo no tengo vista! (guiñando el ojo que parece una aceituna morada). Y ara se vasté á beber esa caña, por que yo quiero ¿eh?

Yo.—(Dudando de si se lo dijo al *otro* ó me lo dice á mí.) Y él ¿que hizo? ¿Se la bebió?

El.—¿Sabe usted dónde nací yo? En Esija ¿eh? y mi padre fué esparterista ¿he dicho algo? Y esa caña se la bebe usted.—Niño, la otra—porque pa eso está el mundo; para chanelar...

y cuando yo no encuentre un duro, no lo encuentra ni Jesú. ¿Se vasté enterando? ¡Si yo le conozco á usted! Usté estuvo una vez en Ronda...

Yo.—¿En Ronda? Ni por sueños.

El.—¡Qué gracia! (guiñando la antedicha aceituna). ¡Si mi mare me parió á mi ciego! ¿No estuvo usté con el pollo de Morón tallando cien onzas por la feria?

Yo.—(Escandalizado y aparte.)—¡Ave María Purísima! Este bruto me ha tomado por un tallarín.)—(Alto.)—No señor: no conozco al pollo de Morón... al gallo sí, pero de oídas.

El.—¿Vasté á salir por seguirillas? Pa vivo, yo.—Niño, la otra.

Yo.—Ni otra ni otro y san seacabó no tiene vigilia... Tanto gusto en conocerlo, etc., etc.

El.—(Con tono de dictador romano). Aquí no paga nadie. Niño, la cuenta.

Y allá va un duro andando. Probablemente el único con que contaba la familia. Después de mi fuga, el hom-

bre se queda allí buscando tercio, para hablar del *otro* y de su viveza y viendo la manera de enseñar la navaja que le regaló el compadre.

Pero, ¿de qué hablan estos hombres *vivos*, que nadie los entiende? ¿Se entienden ellos? Yo creo que no. Es una necesidad de mentir sin provecho alguno, un impulso de vanidad latente que no encuentra formas para hincharse; algo infantil y femenino que se revuelve en el cuerpo de macho adulto caldeado por el terrible sol que en la canícula empuja al mercurio más allá de los 45°... una exaltación del *Yo* tan candorosa y espontánea, que trae su felicidad, porque hay muchas maneras de ser felices, en lo que cabe serlo.

Este andaluz sabe de todo: dice que sabe de todo, y no hay cosa divina ni humana en que no meta el cuezo. Sabe tanto, que de cada patada saca un duro. Conocí á un potentado de estos, que iba por un camino á ratos jinete en el caballo de San Francis-

co, á ratos en el tren de cerco y suela, en el rigor del invierno, sin una mala manta ni más utensilio que una maletilla que llevaba al hombro muy gentilmente. Un arriero compasivo—¡*rara avis*!—dióle acomodo en uno de los borricos que iban de vacío, y mi hombre pagó la fineza contando estupendas historias de su opulencia y poderío. No le pasó por alto al arriero la casta de pájaro á quien favorecía, y con el tono más zumbón del mundo díjole: — Usted será todo eso que cuenta, mas lo que yo digo es que el cielo sabe que usted lleva zapatos; lo que es la tierra maldito si se entera. —Qué, porque las suelas san quedao por ahí! Hagaste cuenta, compare, que catorce pares sin estrenar van escuchando la conversación dentro de esta maleta.

Alguna vez en la vida encuentra un tonto que se fía de su víveza y entre los dos plantean un negocio. El negocio suele durar lo que duran cinco pesetas en su faltriquera. Pero con

aquella aventura mercantil le queda tela cortada para cortar mientras viva. En materia política llega hasta ser miembro de cualquier comité y á solicitar un destino... pero esto no le impide hablar de los suyos. ¡Los suyos! ¿Quiénes son los suyos? Unos. Gente desconocida, á medio formar, que aún no han llegado á la tierra... soldados de una avanzada puesta allá quien sabe dónde, en los confines de una fantasía enfermiza y embusterona: los suyos no son más que eso: ¡los *suyos!*

En materia religiosa dice que no puede ver á los curas y que está deseando que vengan *esos* para echar abajo iglesias y campanas... pero entre camisa y carne lleva pendientes de un cordón sudado dos ó tres medallas de la Virgen tal y del Santo cual, por el que siente irreflexiva devoción. ¡Ya se guardará bien de decir nada ofensivo para esa Virgen ó ese Santo! Para lo demás no tiene cortapisa. El nombre de Dios suele andar

entre sus labios mojados de mosto, no siempre reverenciado como es debido.

La obligación de *alternar*, la necesidad de que el mundo goce á todas horas de su ciencia y experiencia, hacen que ande vagando como pájaro sin nido. En casa pasan las *ducas*... y es cosa corriente que la mujer opine que su marido es un porro á quien le falta un sentido, al cual dictamen es imposible que se allane el interesado, y de ahí los disgustos.

Pasan años y vienen años y el hombre *vivo* no adelanta un paso. El bigote blanquea, luego amarillea tostado por las colillas, y aunque sigue sacando á patadas duros imaginarios, los auténticos huyen como si tuviesen alas. Las *ducas* aprietan más que dogales, pero á mal tiempo buena cara, y redobla sus misterios, ahora más profundos como de hombre corrido y baqueteado que corta un hilo en el aire. Para librarse de su empachosa charla hay un medio infalible, que

consiste en ganarle por la mano y no dejarle hablar ó hacerse el distraído, de modo que entienda que son ineficaces sus esfuerzos, tirones de solapas, muletillas y traqueteo para que uno sea «todo oídos.» A los cinco minutos desaparece en busca de otro auditorio más apreciador de la gracia nativa y de los misterios inocentes.

Como siempre negó su pobreza, empieza á negar su vejez. Entrambas cosas le avergüenzan mucho. Que tiene el pelo blanco... ¿y qué? todavía no hay quien le gane á pulso, á piernas ni á estómago. En cuanto á vista, ni el lince. Con estos alardes puramente de boca, disfraza el rencor que se lo come, el despecho de ver otra generación de *vivos* que se le viene encima, empujándolo, echándolo de sus posiciones. ¿Queréis conducirlo á los extremos más ridículos? ¿A que se tire de un balcón para probar la firmeza de sus pantorrillas, á que se atraque de vino hasta ponerse á la muerte, á que le salgan dos her-

nias luchando con cualquier muchacho? No hay más que decirle con afectado desdén:—¡A dónde va usted ya, hombre de Dios!

Por lo que atañe al valor personal, siempre es el mismo. Es un héroe puesto en dos tiempos: en pretérito ó en futuro.—¡Lo que hice con fulano!... Usted se debe acordar, aunque sería muy chico.—¡Lo que voy á hacer y acontecer!... Y de ahí no lo saca nadie. ¡Si aquella navaja del compadre hablara!... ella diría quién es cada uno. A bien que no es de las boconas que gustan de pregonar sus propias hazañas. Ha quitado muchos moños en el mundo, y todavía los que ha de quitar.

Así se pasa la vida, así se viene la muerte, tan callando... El pobre hombre cae tumbado por el último acosón de la dolencia, en el lecho frío de una miseria que no pueden alegrar todos los alamares léxicos de la conversación tabernaria: el dolor lo rinde, la muerte compasiva lo acogota, y el

pobre hombre *vivo* se va con «los suyos...» con una suprema inconsciencia de su inutilidad en el mundo, sin caer en la cuenta de que no hizo nada, nada más que traer hijos para que perpetúen la infelicidad y paseen el dolor debajo de una inocente mueca de payaso gratuito...

La eterna Arcadia

Las golondrinas han construído ó restaurado ya todos sus nidos: las vides se cubren de pámpanos y los higuerales abren los paquetes de hojas que, vistas desde lejos, parecen una gasa verde tendida al sol... Andalucía se llena de flores y ¡ay! también se llena de juegos florales.

Las musas locales más ó menos coronadas de mirto, no dan paz á la mano. Hay muchas ferias por ahí, muchas veladas, muchos santos. Líbreme Dios de pensar que nuestros poetas son malos: algunos son excelentes. Pero juzgados en colectividad, en montón, como quien dice, no faltarían reparos que hacer, si en estos

tiempos en que España se hunde riendo como una loca, fuéramos á reparar en pelillos.

Los vates coloristas y los incoloros comienzan á entrar en celo: el diablo de la rima no deja cerebro quieto, y allá van en tropel los hijos de Apolo, con la mejor buena fe del mundo, á disputarse la «flor natural» en los certámenes.

Es un hecho bien observado, que la literatura regional va lentamente realizando un renacimiento. En Cataluña, en Valencia, en Galicia, en Murcia, en Castilla, la poesía y la novela van recogiendo en formas adecuadas el sabor amargo de las ideas modernas y la lumbre del ideal social. En Andalucía seguimos viviendo en la estéril y embustera Arcadia de los Batilos, Jovinos y demás ilustres inocentes.

El poeta andaluz ó es un erudito bibliófilo, casi un sabio ó sabio de veras, ó un ignorante que se echa la lira al hombro y se va por el mundo

cantando cosas que no entiende, que no quiere entender. El uno suele ser el poeta académico, cristalizado en las viejas recetas de hacer versos, siempre mirando hacia atrás, enredado en las redes de oro de los Herreras y Riojas ó en las hinchadas circunvoluciones mitológicas de los Listas y Reinosos. El otro suele ser el colorista, suelto al parecer, aunque amarrado al prisma de los viejos romances para ver la Naturaleza.

En pocas partes tendrá tan duras raíces lo convencional. ¡Cuánto ingenio derrochado en cosas que á nadie interesan! ¡Cuánto esfuerzo agotado en dar lustre á la forma, en hacer poesía en que la más benévola crítica no encontrará más que el *turuntuntun de los merengues!*

Después del gran renacimiento literio, cayó la poesía en la honda perturbación del siglo XVII. La afectación siguió á la pompa y majestad de las letras, como la devoción milagrera substituyó á la severidad teológica

y á la interna y grandiosa expansión cristiana de los místicos. No se contuvo aquí, sino que desde las cumbres culteranas, las más extravagantes del mundo, cayó de bruces en la extensa vulgaridad del siglo XVIII. Cierto que en ese siglo lanzaron el Verbo humano desde las alturas de la Revolución, mas nuestros poetas no quisieron acomodar sus liras á las necesidades de ese Verbo, sin pararse á pensar que las pasiones humanas nos dieron el «siglo de oro,» y creyeron más decente empleo de sus ingenios cantar á los pies de Filis, al menudo de oveja y á otras cosas de este linaje, realmente importantes para la historia.

Espantada de ese prosaismo, la generación poética con que principió el siglo XIX, tomó otros rumbos y volvió el Helicón á estar de moda, y desde Venus á Minerva, desde Ceres á Baco, toda la caterva olímpica entró en danza en aquel inolvidable período católico-pagano - filosófico - constitucional. Salvo el paréntesis de los románticos,

delirantes *profesionales*, pero por lo general entonados y vigorosos, nuestros poetas siguieron poniendo á contribución la mitología. He conocido á muchos que cantaban á Clori y llamaban á Cúpido sin poder ya con la sotana ó los calzones.

De ese abolorio vienen los nuestros, los actuales. Se oye hablar de escuelas, no hay tal. Todas convienen en el fondo, en la forma, en el procedimiento. Para el poeta andaluz no pasan días: la naturaleza es una hermosa decoración, la humanidad una turba de gente alegre que canta sus dolores al sol, con poca sinceridad, con sobra de artificio, como en los escenarios.

Lo primero que se echa de ver en estos poetas de la tierra llana, es la añeja afición á los ríos y á las ciudades. El río que pasa por el término municipal es el que se lleva la palma: la ciudad en que el poeta vive, recibe la constante ofrenda de tropos de dicción á manos llenas é incansables.

No siempre están de acuerdo la fantasía del vate y la comisión de ornato público.

Esta dificultad se salva pronto. No hay sino mirar hacia atrás. ¡Aquellos tiempos! Y en cuanto ven dos dedos de luz se van á la leyenda con un ardor y á veces con un ingenio dignos de mejor causa. Uno de los mejores poetas contemporáneos que conozco, poeta de verdad, se ha pasado la vida rimando embustes, metiendo retórica en el semillero de consejas locales, volviendo la historia del envés... el trabajo espanta: la obra es un monumento, sólo que ¡no la lee nadie!

La antigua generación tenía una facilidad deplorable de reunirse para cualquier trabajo colectivo de circunstancias. Algo queda. ¡Conozco cada tomazo de coronas poéticas, cada ramo de flores de trapo dedicado á Isabel II y sus excelsos parientes! Cuando yo perdía mi tiempo en leer esas cosas, estuve á punto de morir de una tremenda indigestión de Cal-

pe y de Pirene, de Betis y Alhamores, de Cupido y Minerva y de Filis... ¡Ah, sobre todo Filis me daba tres poéticas «patadas» en la misma boca del estómago!

Ya es raro que hablen de eso: ahora es el color el que está en candelero. Color, notas, cielos, ríos, rejas, claveles, cigarros... todo visto á través de un vidrio convencional y ahumado, de otra receta maravillosa que en suma viene á decir: tomarás tanto de sol, tanto de cancela morisca, tanto de guitarra y de mantón de flecos, tanto: revuélvelo «según arte» y tendrás lo que deseas.

Un amigo mío decía que nuestros poetas son poetas de *la de la*, y que por eso mismo no gustaba de ellos. A ver, explícame eso; le dije.

—Pues muy sencillo: en su afán de dar tonos inocentemente morunos á lo que escriben, creen que eso de *la de la* está muy propio y lo encajan con harta más frecuencia de lo que fuera menester. Si hablan de su respectiva

ciudad, villa ó aldea, verás como inevitablemente es

La de las noches serenas
la de las tardes doradas:
la de los cielos azules
la de las mañanas claras.

Si se dirigen á la novia, real ó hipotética, ha de ser, so pena de la vida.

La de la frente de nieve,
la del cuello de marfil,
la de los labios de grana,
la de los ojos de hurí.

Y así por este estilo se pueden hacer todos los inventarios imaginables, *more turquesco*, según nuestras entendederas literarias.

Recuerdo un día que pasaba yo por una aldea de mi país: á cincuenta pasos de la última casa estaba la fuente donde lavaban ropa unas mujeres. Acertó á pasar por allí un forastero que á buen paso se encaminaba á la capital ó sea á la cabeza del partido.

A una de las lavanderas ocurriósele enviar algo allá, tal vez al marido, que estaría en la cárcel, y como no todos los días pasaba un tan gentil emisario, comenzó á dar voces llamando al forastero que ya iba por lo más alto del repecho.—¡Eh, eh, usted! El de las alforjas... el de los calzones remendaos... el de las alpargatas... el de la chaqueta rota, eh, eh!

El caminante creyó que se chuleaban y apretó el paso. La aldeana seguía á voz en grito dándole señas á ver si volvía la cara.

—¿Pero qué diablos hace esa mujer? dijo mi compañero.

—¿Esa? Pues una poesía andaluza de tomo y lomo.

Las musas viven... pero en plácida modorra, arrulladas por un convencionalismo secular, arrebujadas en perezosos rayos de sol, ó reclinadas en una hiperdulia superficial y dulzona como cántico de novena; embutidas en moldes circunspectos de una ñoñez que hace bostezar. Nada huma-

no, hondo, sincero; ni un solo latido de sangre verdadera, ni una sola vibración normal ó dislocada de los nervios que hacen brincar á la sociedad doliente. Variaciones no más del Calpe y el Pirene, del almo coro y el pampíneo Sileno; otra edición de Filis con mantón de Manila y castañuelas... luz, color, ¡color, venga ó no venga!

Con este equipaje, los hijos de Apolo entrados en celo, corren que se las pelan, á disputarse con la mejor buena fe del mundo, la «flor natural» en los certámenes...

Añoranzas

La vida es un círculo... es muy exacta la antigua alegoría del tiempo, es decir, de la vida: una serpiente mordiéndose la cola. Por lo regular, volvemos á nuestro punto de partida. El viejo á ser niño, el sabio á ser inocente, todos, á suspirar por aquellos días algo más placenteros que los siguientes. Concluimos por mordernos la cola de un modo atroz.

«¡Ah, quién me diera ser hombre ya!» este es el grito más imbécil que lanza la humanidad de traje corto. Es como si dijéramos, ¿quién me diera estar ya en presidio? Gracias á que Dios no nos lo puede tomar en cuenta, merced á la absoluta ignorancia del que tal cosa pide.

Salimos de la niñez, nos caemos del nido y, ¡entonces sí que estamos á gusto! La mar salada no tiene el amargor de estos mares en que braceamos. Unos se hunden, otros se estrellan, otros se ahogan en la misma playa, algunos llegan á coger tierra firme... es decir, firme en lo que cabe, y aun éstos ya no son los mismos: el áspero amargor de las olas que cruzaron no se les quita nunca.

Se necesita tener la inmensa fortuna de ser estúpido de rabo á cabo, para sentir intensa y soberanamente la alegría de vivir... y aun esos mismos felices se «muerden la cola.»

Yo estoy entregado ya á esa inefable operación. He llegado al punto crudo del ciego aquel que se lamentaba de no poder ver el mundo, á quien su lazarillo lo consolaba diciendo: ande usted allá, mi amo, que para lo que hay que ver!...—Quizá tengas razón, respondíale el ciego.

Para lo que hay que ver... miremos atrás, allá muy lejos, donde siquiera

se mueven cosas agradables. Necesitaba yo para dar culto de la memoria á ese montón de alegres fantasmas evocados por un hondo y sincero hastío de lo *actual*, encontrar voces dulcísimas no ajadas por el diario manoseo, ecos de una sencillez clásica que no olieran al aceite del estudio. Ni el castellano, ni el latín, ni el griego... algo como un quejido de la selva libre, llevado por la niebla que se enreda en los árboles.

Y el recuerdo de una poesía de Rosalía Castro, la musa galaica, dulce y quejumbrosa como el clamor de la gaita que suena en las orillas de las rías y en las verdes montañas, fué el soplo humano que sacó llamas de las cenizas aun calientes:

«Baixo á prácidas sombras d'os castaños
D'o noso bon país.
Baixo aquelas frondosas carballeiras
Que fan doçe ó vivir.
Cabe á figueira d'a paterna casa
Que anos conta sin fin.

¡Qué contos pracenteiros!... qué amorosas
Falas se din ali.
Risas que s'oyen n'as serans tranquilas
D'o cariñoso Abril!
E tamén ¡qué tristisimos adioses
S' acostuman oir!»

. . . . . .

Veo aquel rincón del mundo donde pasé tantos dias alegres... Lejos de todo camino está la heredad: para llegar á la casona de labranza con su suelo enlosado con losas arrancadas allí muy cerca, con su zarzo obscuro pintado por el hollín y sus grandes doblados oliendo á heno, hay que pasar por una larga vereda limitada por dos hileras de zarzales. El castañar se extiende á un lado y otro: en la casa hay una higuera *que anos conta sin fin*; en sus ramas, opulentamente vestidas en el verano, desnudas en el invierno, dormían las gallinas y los pavos.

Pero no es allí donde se detienen á juguetear mis recuerdos: van más allá unos cuantos pasos, á la viñita

que parecía un jardín, al valle lleno de cerezos y guindos y manzanos enanos que hay en ella, donde una casita blanca, tan grande como un huevo, abre su fresco emparrado delante de la puerta y da al viento el olor de los rosales que la rodean como un cinturón primaveral.

Desde allí se oía la nota clara, fresca y perenne de la fuentecica que llenaba la alberca con su chorro nunca agotado, siempre riente, con una alegría de inocencia inalterable. Allá en lo más hondo, la huerta; más allá, la masa frondosa de un verde metálico del castañar; en él, corriendo como una grieta verde, el barranco, un barranco que para nosotros tenía su leyenda: una vez mi abuela quedóse dormida á la orilla de aquel barranco montuoso y la despertaron tres corzos sedientos que iban á beber... Al cabo de los años mil, buscábamos los corzos entre las matas de juncos y los zarzales. Enfrente de todo esto se alzan los Azores, unos

montes altos, trabados y unidos como una formidable muralla. Muchas veces subíamos á la cumbre, jugando, sin cansancio alguno, y volvíamos al valle con la boca verde de mascar hinojos y la ropa oliendo á tomillo.

¡Ah, las cerezas aquellas que picaban las oropéndolas y los mirlos! Mis hermanos y yo nos hartábamos: los mayores empujábamos á los chicos y allá entre las ramas, parecíamos también oropéndolas y mirlos picando aquellos glóbulos dulces, colgándolos á guisa de zarcillos en las orejas, tirándonos los huesos...

Allí tenía yo también mi biblioteca, los dos libros en que aprendí á leer: un compendio de la Biblia y un tomo de poesías de Arolas. Esa fué mi primera papilla literaria. Cuando me cansaba de jugar me iba debajo del emparrado, cogía uno de esos libros y me ponía á leer, torpemente, pero no sé qué clase de claridad tenían para mí aquellos renglones leídos entre los esplendores del campo, á la

luz de un sol purísimo filtrado por entre los pámpanos, que sentía la gran belleza de aquellos cuadros bíblicos, de aquellas leyendas de pastores que hablaban con Dios, Abraham, Jacob, José... y hasta me parecía oir el balido lejano de sus rebaños apacentados á orillas del Jordán, en los collados de Palestina.

Una melancolía infinita dejaban en mi alma de niño las orientales de Arolas y aquellos romances caballerescos que me descubrían un mundo agigantado por la rima. No sé por qué, pero es lo cierto que nunca he vuelto á sentir la poesía con un tan hondo y espontáneo sentimiento del ánimo. Cinco versos de Arolas me hicieron por primera vez llorar cosas, que no eras *cosas mías*.

«Era un templo, era un altar
donde llora el desvalido:
yo lloré, volví á pasar...
¡y era polvo consumido
que también me hizo llorar!»

Esto viene á ser como la «primera plana» de mi espíritu. Por eso, aunque borrosa y descolorida, la guardo como oro en paño.

Cuando empezaba á correr la savia, cogíamos varas de castaño, á las que sacábamos lindamente la corteza para hacer trompetas, unas endiabladas trompetas roncas, con que respondíamos á la gran serenata de los grillos. En el verano nos íbamos á la era, á *nadar* en la mies: de día á sentir la impresión de un sol que deslumbraba, á coger las cigarras cansadas y afónicas en los olivos: de noche, á recibir en la calma silenciosa la mansa lluvia de luz que nos mandaban las estrellas...

En el otoño la vendimia: el valleci-to se henchía de cánticos y risas: el mosto pringaba las veredas, nosotros nos poníamos que no había por donde asirnos. Más adelante, empezaban los erizos á tomar un color de oro viejo; después se abrían hoy un poco, mañana más, hasta que soltaban su presa

y las castañas húmedas, restallonas, pulidas en aquella cápsula aterciopelada en que se criaron, llenaban el castañar. Por las mañanas aparecían cubiertas de escarcha que el sol iba derritiendo.

Entonces hacíamos largas y temerosas excursiones al *manchón* en busca de madroños. Nos perdíamos en aquellas apreturas montuosas en que sobresalían los robles y las madroñeras. Cogíamos las acres bayas de la cornicabra, sentíamos en las manos el olor mareante de las torvizcas amargas, nos enredábamos en los brezos, nos empegostaban las jaras, nos pinchaban las hojas de las carrascas silvestres... de vez en cuando veíamos correr un conejo alzando el rabo; dábamos voces para que corriera más... y perdidos ya en aquel ondeante laberinto, alguno de nosotros fingiendo espanto, gritaba á los chicos—¡eh, qué viene el lobo! ¿No visteis el pelo y los ojos echando chispas de cande-

la? Y con el llanto y las risas se estremecía el *manchón*.

Cierto día fuí muy cruel: tenía un nido de alcandones á la vista, y todos los días subía al olivo para inspeccionar los progresos. Huevos nada más; pollitos sin pluma, volanderetes ya, ¡esta es la mía! y, sin aguardar á razones, cojo el nido, lo arranco de la rama y me lo llevo. Los pollos armaron el escándalo, acudieron los padres y me querían sacar los ojos. Sí; aquellas aves mansas me perseguían dando chillidos feroces, no temían al «rey de la creación» que se llevaba sus hijos. Nunca he visto valentía semejante.

Mis hermanos, asustados de veras, me gritaban, ¡suéltalo, déjalo! ¡mira que te van á picar! Pero yo era el «rey de la creación» y tenía derecho á ser cruel como cualquier monarca. Sentía los fieros aletazos, no tenía tiempo para quitármelos de encima con la mano que tenía libre... Cuando dejé á buen recaudo el nido con sus

polluelos, ví á los padres que se alejaban desconsolados. Posados en la rama misma donde habían hecho el nido, se mantuvieron todo el día piando desesperadamente. ¡Cómo cantan los alcandones! dijo un bruto que pasó por debajo del árbol. ¡Cantar! ¡Le llamaba cántico al lamento querelloso que estremecía las piedras!

Fué mi primera y última hazaña de crueldad con los pájaros. Y creo que la pagué bien cara. A los pocos días ví á la *jaca blanca*, un venerable penco noble y trabajador que estuvo en nuestro poder hasta la muerte, atada á un olivo y dando fin calmosamente de un más que regular haz de forraje. Acercarme y alborotarse el penco, todo fué uno. No puedo decir cómo pasó el lance; sólo recuerdo que abrió la boca y con sus dientes grandes como fichas de *dominó* me agarró por el pecho, y me elevó con el pescuezo tirante hasta la copa del olivo. ¿No quieres nidos? — parecía decirme— ¡Pues sube por ellos, anda!

Creo que yo armaría tanto escándalo como los pajarillos. Acudió gente, quitáronme de la boca del bruto, le dieron una paliza proporcionada á tan grade desacato, es decir, hasta que echó el forraje por los ojos. Habíanse cambiado las tornas; antes fuí yo el más débil; después, ante los gañanes estaca en mano, el penco delincuente era el más débil y bien se lo hicieron conocer.

Resultado: que me quedó una gran mancha de color de terciopelo obscuro en el lado izquierdo del pecho que sólo desapareció mediante el trabajo guloso de unas sanguijuelas. He ahí la profunda relación de los hechos en el mundo. Aquellas pobres sanguijuelas, ahitas de agua y metidas ayunas en un bote, estarían pidiendo sangre. Para conseguirla fué necesario que estuviera el venerable penco atado al olivo y celoso de su forraje; que yo me acercase á él, que él saliera de sus casillas por vez primera, que me agarrase en carne, que la magullase

bien... En último resultado, yo y el penco blanco trabajamos para las sanguijuelas. ¿Para qué otra especie trabajarían ellas en mi carne magullada?

Todavía conservo la cicatriz de las picadas y las conservaré ya toda la vida: trazan una especie de cruz sobre la piel, una condecoración indeleble que me recuerda constantemente una horrible crueldad y una famosa justicia. Porque me complazco en creer que los dientes del caballo fueron aquel día instrumentos vengadores de aquella doliente pareja que lloraba á sus hijos en la rama solitaria, con un piar lamentoso que hacía estremecerse á las piedras.

¡Qué noches aquellas de la infancia en el campo! Mientras los grillos repiten la única nota de que disponen, suelta el sapo en la charca su voz aflautada, como el eco dulce de un instrumento pastoral. Las luciérnagas se arrastran llenando las hierbas olorosas de suaves resplandores

de pedrería ¡bichitos de luz! y á mis hermanitas les ponemos diademas oscilantes, topacios vivos que iban y venían enredándose en los cabellos... Allí aprendíamos el mapa del cielo, un mapa pintoresco que un pastor nos enseñaba: nuestro observatorio eran los haces de heno que olían á flores secas, á semillas, y en ellos nos tumbábamos cara al cielo, para abarcar aquel inmenso casco azul llenito de estrellas. *El carro*, *las mulas*, la estrella *clavá* que no se menea *pacá ni pallá*, según el maestro: las cabrillas, las tres marías, los *artillejos*, el *lucero miquero*... y en el rodar majestuoso de aquella serena inmensidad, hallaban los pastores la hora y leían las próximas alteraciones de la atmósfera.

¡Ah, heredad querida, casita blanca, valle florido, fuentecita que ríes ó cantas la misma canción con tu chorro inagotable, castaños umbrosos, cumbres olorosas, prados alfombrados de rosas bravías, manchón mon-

tuoso con tus robles y madroñeras, montones de heno rellenos de luciérnagas, cigarras y grillos incansables, cánticos de la vendimia, días espléndidos, serenas noches, leyendas de la Biblia, versos de Arolas volando como mariposas de color de fuego bajo los frescos parrales, infancia, infancia, bien del mundo!... ¡Cuán lejos estáis!

Aquel vallecito me atrae... aquellos cerezos y guindos mueven sus ramas como llamándome ¡ven, ven! El alma reseca y lastimada, que no en balde chocó tantas veces en pedernal y en acero, vuélvese allá «mordiéndose la cola.» ¡Ven, ven! aun hay cerezas y oropéndolas y mirlos que las piquen. ¡Ven, ven! Y el alma, anhelando esas blanduras bien olientes, esas pacíficas soledades en que las grandezas son reales y efectivas y la Naturaleza tiende su manto opulentísimo, verde en la tierra, azul en los cielos, murmura queriendo ó sin querer,

Baixo á plácida sombra d' os cantaños
D' o noso bon país

. . . . . .

¡Ay! No voy, acaso no iré. Varias veces estuve cerca, á unas cuantas leguas. Subía á los picos más altos, y desde ellos miraba... ¡Por allá debe ser! Aquella niebla que sube, aquella mancha obscura que parece de árboles...

Si fuera, y el vallecito no despertara en mí la vibración intensa que yo guardo como oro en paño; si los rosales no dieran las rosas de antaño y los cerezos y los guindos y los manzanos no tomasen vida y pasión en mis recuerdos; si la casita no fuese ya el nido de mis primeras emociones estéticas, y aquel pedazo de tierra impasible y profanado no fuese sino tantas ó cuantas fanegas destinadas á esto ó lo otro; si todo aquello no me hablase como me debe hablar, entonces ¡ah, no «me mordería la cola;» me la arrancaría á pedazos!

Es mejor esto: seguir soñando, tendido idealmente

Cabe á figueira d' paterna casa
que anos conta sin fin

Hay avaricia de ilusiones, hambre y sed de recuerdos puros, de oasis mentales que templen la aridez infinita de este desierto, que no tiene otra bondad que la de acabarse pronto. La añoranza es dulce por el espejismo. Las pobres algas que las tempestades arrancan del fondo y amontonan en las playas, siguen llenando el aire de perfumes excitantes, bajo el sol que las seca, la brisa que las deshilacha, la arena humedecida y amarga que las pudre.

¡Guardemos el tesoro! No lo derrochemos como derrochamos tantas cosas. Mientras haya una ilusión, el hombre es rico. Yo quiero guardar las que me quedan y oir de lejos, como los pobres amantes obcecados, algo tierno y tranquilo que me llama con rumores apacibles y con antiguos encantos: ¡Ven... ven!...

La virtud en espectáculo

Juzgo muy natural que un pueblo quiera divertirse y que para esto y por atraer forastería que haga la costa, organice sus fiestas. Natural es también que antes de hacer las fiestas eche á volar el programa anunciador, y más natural todavía que el susodicho programa lo haga el alcalde, que al fin y al cabo suele ser la única persona que no sabe hacerlo.

Yo no sé ni puedo decir si se gana ó se pierde tiempo leyendo esos carteles, porque en toda mi vida no he leído más que uno, descansando en la palabra honrada de los que me certifican que todos son iguales. Ello es que leí uno, ya que en el mundo hay

que probar de todo, y os aseguro que me quedé encantado. El «número» que más agradablemente me impresionó fué el relativo á los premios á la Virtud. «¿Solemne reparto de premios á la Virtud?» Hay que ver eso. Esto y la «abundante limosna» que el cartel rezaba, eran la parte moral de las populares fiestas.

La cosa se hizo bien; doy fe de ello. Un excelente salón adornado con plantas tropicales, espejos y colgaduras, era el escenario de la Virtud. La concurrencia «selecta y distinguida» según cuidó de decirnos al dia siguiente uno de los periódicos locales, que dedicó dos planas al asunto. Cuando los dos individuos favorecidos por la Virtud y por el Jurado entraron en el salón y subieron al estrado para recoger el premio, la banda de música aglomerada en una galería, tocó con exquisito gusto una deliciosa tanda de *walses*.

Después, un buen señor con la cara tan roja como el respaldo del sillón,

nos pronunció un discurso. En seguida hizo entrega á los interesados de un diploma y un billete de veinte duros por barba. Otros señores hablaron después recomendándonos la conveniencia de ser buenos para que nos den un billete de cien pesetas. La moraleja no podía ser otra.

Los premiados estuvieron quince ó veinte minutos expuestos, con mucho gusto por su parte, mientras la música amenizaba aquel acto colectivo de inspección ocular. El señor presidente,—que de no haber llevado colgadas del cuello las insignias de una Encomienda, no hubiéramos podido distinguir si su cara era el respaldo del sillón, el respaldo su cara, ó estaba decapitado,—levantó la sesión á punto que el *ambigú* se abría.

«Los concurrentes fueron espléndidamente obsequiados con helados, pastas, vinos y cigarros.» Después de haber obsequiado á la Virtud, concepto abstracto si los hay, justo era dar al vientre lo suyo, ya que no exis-

te tirano más concreto en todo el orbe. Y los que no éramos virtuosos oficialmente, tuvimos siquiera esa terrena compensación de repostería.

Los del premio, eran un camarero que tenía seis hijos y había devuelto puntualmente una cartera henchida de billetes del Banco y otros valores, al encontrarla olvidada por su dueño sobre un diván del establecimiento en que servía. El otro era un trabajador, también con hijos, que al pasar cerca de un pozo, en el campo, oyó lamentos, vió á un niño en el fondo, bajó á éste y salvó al niño.

El enternecimiento de la sociedad no tenía pero. Pero... ¿Cuál es la verdad? preguntaba Pilatos á Jesús. ¿Cuál es la Virtud? nos preguntamos unos á otros. ¿Tan mal concepto tenemos de nosotros mismos, que necesitamos premiar pública y solemnemente á uno porque no quiso ser ladrón, y á otro porque no fué pasivamente asesino? He ahí esos hombres—decía la sociedad—uno pudo embolsarse boni-

tamente la cartera donde había mucho pan para sus hijos; otro pudo pasar de largo junto al pozo y, pensando en sus hijos también, dejar al del vecino en las garras de la muerte. ¿Han visto ustedes qué cosa más extraordinaria?

Y con esto venimos á demostrar que lo ordinario, lo corriente entre hombres hubiera sido quedarse con la dichosa cartera y dejar al desdichado niño que se pudriera en el pozo. ¡Valiente mitra se pone la sociedad con estas demostraciones!

No digo que no merecieran el premio: realmente lo merecerían... atendido al nivel moral. Como todo es relativo, para nosotros puede ser heroico lo que en sí no sea más que el cumplimiento de los deberes elementales. Esto depende de cómo cumplamos la generalidad esos deberes.

Hay naciones que de cualquier soldado hacen un príncipe. Basta un soplo de fortuna para que se vuelque el ánfora de las recompensas. Estos pue-

blos no pueden contar con héroes, porque sobre el altar del severo Deber ponen al versátil Exito.

A medida que baja el nivel aumenta la aparatosa y teatral exageración del premio. Hay que fingir montañas donde sólo hay verrugas... Y subimos á la Virtud al escenario y la exhibimos como un número más en los programas de festejos.

¿Es qué no hay virtud? ¿Pues no había de haberla? Pero no subirla al escenario ni tendería la mano para recoger diplomas y puñados de pesetas. A la sociedad tampoco le interesa mucho. Es necesario que la honradez sea eso; el golpe seco del bombo que hace temblar la boca del estómago. El diario y doloroso cumplimiento de los grandes deberes, la lucha silenciosa y titánica, el sacrificio continuamente consumado en el seno de la modestia obscura, eso no sirve para el programa ni vale un rábano para este mundo en perpetua farsa.

¿Cuál es la Virtud? continuaba yo

preguntando en tanto que el camarero aquel, después de haber colgado su diploma, seguía llenándonos de pesetas falsas cada vez que tenía que devolvernos algo. Había juego en uno de los salones de aquel templo de Mercurio y todo el ripio sucio que metían los *puntos* corría en las *vueltas* que era un primor. Un espasmo de la conciencia ante la cartera henchida de dinero y una serenidad de ánimo inaudita para irnos robando moneda á moneda... ¿Acaso la honradez se somete á regla de proporción, y se determina en cantidad numérica? Y, caso de ser así, ¿no es más lógico que á mayor provecho correspondiese menor honradez? ¡Vaya usted á desliar estos líos!

El trabajador, con los veinte duros del premio dióse á la bebida. Los respetables señores del Jurado calificador le hicieron un flaco servicio. Ya en este camino, abandonó el trabajo y se entregó á la desdicha. El hombre que se tiró al pozo á riesgo de estre-

llarse en él por salvar de la muerte á un triste niño, dejó á los suyos abandonados en ese otro pozo sin fondo de la ignorancia, del hambre y todas las miserias... ¿Cuál es la Virtud?

La perversión de ideas es el principio de las decadencias, porque á ella corresponden por orden lógico y natural la perversión de las costumbres, la de los conceptos y hasta la del idioma. Aquí, donde hemos inventado eufemismos para no llamar á nadie pillo, ladrón ni falsario, caen bien las atenuaciones del mal y las exageraciones de lo mediano. Posible es que esta novedad de la Virtud en pleno espectáculo sea una verdadera necesidad de los tiempos. Hay que presentar algo de bueno... á veces con algunos átomos de oxígeno se salva un hombre. El fin es recto, pero eso no quita para que el medio sea tonto.

Fichte, en sus delirios de ideísmo trascendental, confundía la creación con el conocimiento. «El Yo, al tener conciencia de sí, se crea á sí mismo.»

Y de este principio se derivó su ridícula frase, que se hizo muy célebre en aquel tiempo: «En la próxima conferencia me propongo crear á Dios...»

Algo de esto hacemos nosotros. A lo mejor sale un alcalde que, nuevo *Fichte*, nos anuncia que para los próximos festejos se propone crear á la Virtud.

Y, para estos casos, nadie debe echar en saco roto cuán importante es que la Virtud vaya al concurso acompañada de buenas y positivas influencias.

Música celestial

Cuando oí la primera ópera italiana era ya talludito. Si no recuerdo mal, había pasado por el examen de física y química como alma que lleva el diablo. Baste decir que demostré perfectamente el misterio de la imagen en los espejos planos. Para ello, tracé una línea horizontal del grueso de un dedo: hice por la parte de arriba una figura cualquiera; la repetí por la parte de abajo y... aquí tienen ustedes demostrada la cosa. El digno profesor hizo constar para mi conocimiento y el de los otros futuros sabios que aguardaban la vez, que el supuesto objeto y la supuesta imagen que yo había trazado, se parecían entre sí

como el huevo y la castaña. Salí bien, porque no es cosa de perder el año por un poco de tiza de más ó de menos, y porque ya sabemos lo que son Institutos en el mundo.

Esto lo digo para que se vea que yo no era cualquier cosa cuando fuí á ver y oir mi primera ópera. Por lo menos sabía el por qué y cómo de la imagen en los espejos planos. Hay exministros por ahí que no lo saben. Iban conmigo un pariente, gran aficionado, dos compañeros de estudio que se peleaban sobre si la tiple, sobre si el tenor... y como autoridad suprema un D. Raimundo que solía cantar de oído canciones italianas como *morire..... perchè t'amo*, y cosas por el estilo, que no eran el menor encanto de nuestras tertulias y bailoteos. Cuando iba á reuniones más elevadas, á casa de algún señor magistrado, de algún señor concejal, ó de algún señor contratista de sustitutos para Ultramar, el muy lagarto cantaba con un papel de música por

delante; el primero que cogía. Esto le daba cierta importancia.

En cuanto á frenillo, D. Raimundo estaba tan entero como cuando nació. No hubo forma de que se lo cortara porque temía con más ó menos fundamento, que el cirujano se llevara la lengua por delante y entonces ¡adiós *morire, perchè t'amo* y demás cosas bonitas que balaba con los ojos en blanco cual un moribundo de amor.

Creo perfectamente excusado decir que fuimos al *paraíso*. No había para otra cosa. Además, D. Raimundo opinaba que mientras más alto mejor se oye; y tan alto fuimos, que no podíamos mantener ningún linaje de intermediario entre nuestra cabeza y el techo. Allí encontramos las distinguidas señoras y lindas hijas de los señores magistrados, de los señores concejales, de los señores contratistas... todas las tertulias de D. Raimundo pidiéndole parecer y llevándolo en palmas. D. Raimundo charlaba, charlaba... Cuando no se le rompió espon-

táneamente el frenillo, es que no se le rompe nunca.

La orquesta estuvo concertando un rato: por aquí saltaba una flauta, por allá un trombón, el de los timbales la emprendió á redobles, el contrabajo por no ser menos comenzó á bramar como un toro celoso, los violines hacían escalas, los clarinetes chillaban como viejas riñendo... Confieso con rubor que pervertido con la anarquía musical del inevitable piano, creí de buena fe que estaban tocando, y hasta dije que no me parecía mal, cosa que me valió una severa reprimenda del crítico. ¡Ahí es nada! ¡Confundir el templado de instrumentos con la sinfonía!...

El teatro, que estaba medio á obscuras, se iluminó de pronto. Sin duda creen que la luz no hace falta más que cuando hay algo que oir. Vino el director, sentóse faldones para fuera, y siguieron la flauta por aquí, el trombón por allá...—Vaya,—dije,—se conoce que estos músicos quieren

tener los instrumentos como un reloj: todavía andan templando. Otra reprimenda de D. Raimundo advirtióme de mi profundo error: ahora confundía la sinfonía con el templado. ¡Les digo á ustedes que salí con una reputación aquella noche!... Acabada la sinfonía, comenzó el aplauso. Las señoras estaban conmovidas por aquella sonora ráfaga de melodías en manojo. Subió la cortina y apareció una selva *medioeval*. Allá en el fondo, sobre una abrupta peña se veía un castillo tan grande como el sombrero de D. Raimundo: á la derecha un pabellón con escalinata de cajones: á la izquierda una á modo de iglesia conventual con persianas verdes. El indispensable coro de entrada se despachó á su gusto. Eran unos buenos señores que iban á la guerra; creo que para tomar aquel pobre castillo del tamaño de un sombrero. Lo que es como lo tomen—decía yo—no va á ser mal chasco. No caben arriba de corista y medio. Con gran sorpresa vi que de

la santa casa sacaron unos vasos de estaño, tantos como coristas había; ni uno más ni uno menos. Llenáronlos de vino hipotético y con tan fausto motivo cantaron como becerros. A cada trago de aire, se entusiasmaban al parecer... por último se fueron á la guerra confortados con aquella merienda.—Esos soldados son españoles — dije candorosamente — no hay más que ver la clase de alimentación...

Salió la tiple como una mosquita muerta y cantó cuatro cosas sentimentales poniendo al público en antecedentes de lo que pasaba. Ella quería al tenor—cosa que acontece á todas las tiples en todas las óperas—pero el tenor quería el castillo aquel, que «daba la casualidad» que era de su señor padre. Antes, todas las hijas se enamoraban de los mancebos que venían á echar abajo los castillos y á sacarle las asaduras á los padres. Sobrevino el tenor con su correspondiente aria que dió ocasión al correspon-

diente dúo. Entre sol y fa se pusieron de acuerdo. ¿Qué obstáculo existía para que ellos pudiesen cantar dúos un día sí y otro también? El tirano padre, el bajo cruel que abusaba de su voz y no dejaba resollar á la inocente pareja. Pues á bien que contra siete vicios hay otras tantas virtudes: la paloma sin hiel quedó encargada de quitar de en medio al bajo por el medio más expeditivo posible, ó sea de un jicarazo.

Tomada «la fatal resolución,» cantaron otro dúo como responso anticipado á la víctima elegida, lamentándose de paso de los aprietos en que los padres ponen á las hijas por no darles soga larga en esto de los amoríos... y eso que estaban cantando en plena selva, á tres leguas del castillo paterno y sin que nadie les estorbase la menor *fioriture*. ¿Qué querrían que hiciera el pobre bajo?

El tenor era una preciosidad. Tenía una barba rubia, partida á lo Nuestro Señor Jesucristo: unas calzas celestes

que daban la hora y con su jubón acuchillado, su escarcela, su espada, su puñalito y sus encajes, estaba, no digo para tomar un castillo, sino todas las tiples que fueran saliendo. A la vista de aquella hermosura un tanto masculina, las distinguidas cursis justificaban el jicarazo que la tiple había de atizar al bajo. La tiple también estaba vestida de rigurosa Edad Media: bata de cola, polisón, regular escote, pulseras, collar de piedras falsas...

A todo esto, principió á entrar gente en los palcos y á oirse un taconeo en la sala, que el teatro se venía abajo. Los elegantes de provincias entran muy tarde, como diciendo:—¡Si creerán éstos que yo no he visto óperas en mi vida!—El paraíso se hundía á siseos: allí estaban la fe musical, el arte meditabundo, la alta crítica.

Cuando el tenor se iba por la izquierda apareció el bajo por la derecha: naturalmente, hubo sus dares y

tomares; la tiple ponía el grito en el cielo, pero no había gorgoritos que valgan. El bajo, por muy tardo que fuese, había visto la contera de una espada metiéndose entre bastidores y por el hilo sacó el ovillo, de cuyas resultas prohibió terminantemente á la triste beldad andar por el campo como perro suelto. Ante tamaña barbarie se confirmó lo del tósigo: en un aparte de seis ó siete compases púsonos al corriente, viniendo á decir la cariñosa hija, en recitado, que si antes pensaba dárselo como una, ahora se lo daría como una docena y media, «porque vivir sin él, era imposible,» y que por tanto, bien podían irle abriendo á su señor padre la sepultura. Aquí terminó con una brillante escala y una fermata que estremeció al paraíso. D. Raimundo daba saltos, las niñas lloraban y aplaudían, y había zamacuco que decía á sus hijas: Muy bonito, ¿verdad? ¿Has visto qué frase esa?

También había tenores ocultos que

guiñaban á las tiples del paraiso, como diciendo: — Ya tú ves. Para gozar del mundo no hay cosa como un jicarazo á tiempo. ¿Te atreverías tú, monina? Y las calladamente aludidas contestaban diciendo con los ojos:—Dejemos á Su Divina Majestad ese trabajo, ¿no te parece, rico? Y replicaban ellos:—No lo haces porque no me ves con calzas celestes, jubón acuchillado, espada, escarcela y puñalito; ¡que si me vieras!

Por fin, el bajo cruel se llevó á la tiple casi arrastrando: porque antes pasaba eso; decía una hija, no me conviene irme de aquí, y si el padre no tenía fuerzas suficientes, llamaba al vecino ó traía una mula. Se conoce que el bajo aquel estaba bien mantenido y en disposición de arrastrar á toda la familia. El tenor, que andaría paseando, acordóse de que había dejado á la novia con la palabra en la boca y acudió á remediar su falta. Un partiquino que salió, no se sabe de dónde, le enteró de la escena de pro-

hibición y arrastre y, como es lógico, el tenor tiró de la espada y llamó á su gente. Entró el coro á ver qué pasaba á su capitán. Aquellos pobres señores no estaban para muchas guerras: con todo, hubo su coro de venganza con juramento indecisorio y quedó acordada la extirpación del bajo. La suerte de este bello sujeto no podía ser dudosa: dentro de casa le acechaba el tósigo filial; fuera, aquellas espadas, poco temibles al parecer, pero no debe uno fiarse de las apariencias. En este punto empezó á sonar la campana; salieron los frailes y supongo que dirían á los guerreros que toda vez que estaba ya acordada y resuelta la supresión del bajo y la destrucción del castillo con todos los coristas que osasen defenderlo, no había cosa mejor que una plegaria en clave de sol, con lo cual es fama que han logrado vencer todos los tenores del mundo. La emprendieron con la plegaria que rezó el tenor con la espada en la mano haciendo

como que amenazaba á las bambalinas y al mundo entero. Con esto acabó el acto y D. Raimundo principió su conferencia.

Confieso que aquella serie de melodías ripiosas, engarzadas según los consabidos cánones de la santa rutina, hiciéronme bostezar: confieso que el libro, la acción, lo que debe ser el hueso de la médula lírica formábalo una ristra de disparates, trozos y recortes de algún melodrama con que se les erizó el cabello á nuestros mayores. Y confieso, por último, que me dormí como un bendito. Así, entre sueños pude apercibirme de la honda preocupación del paraíso: ¿daría el tenor el *do de pecho*? D. Raimundo opinaba que no podría, pues le constaba que antes de la función se había comido un timbal de macarrones que pesaría media arroba. Y, ¿á un hombre que lleva en sí media arroba de masa, va usted á pedirle el do de pecho?

No recuerdo en qué vino á parar el drama, aunque lo supongo. El te

nor dió el do de barriga, que no de pecho, pues cuando llegó la hora echóse mano al vientre y se vino sobre la batería á paso de carga como diciendo al consabido timbal: ¡ó sales ó estallo! Y soltó un berrido que fué el *disloque*.

Allí lo dejé revolcándose, destrozado por el do ó por la puñalada justiciera con que en todo drama lírico se premia á la virtud y se castiga al vicio. La melodía, el motivo clásico ayudábale á bien morir como antes le ayudó á enamorar: la melodía bien administrada sirve para todo.

Salimos, digo, y aunque muchacho, no dejé de pensar... ¿Esto es lo que el Arte da? ¿Este es el gran Arte? Concedíale yo á la música un papel más importante en la esfera humana. El Arte en general tiene medios de realización bien concretos: la idea há de expresarla el artista por la palabra, por el golpe del cincel, por la pincelada tenue ó vigorosa, por la línea ajustada á la proporción... pero y luego?

ideas que no se expresan por estos términos concretos, ¿cómo se expresarán? Por el sonido, por ese medio alado, impalpable, difuso, que tan bien se acomoda á la vaguedad del alma, ávida de finuras estéticas.

Para eso es necesario que exista una música *libre* que suene á naturaleza: bronca, suave, tempestuosa y sincera, que refleje los estados del espíritu y los aspectos del mundo; algo animado y vibrante, como arrancado al ritmo del universo, que sea al arte lo que los rayos ultra violados son á la luz, como el éter á la mecánica, como la electricidad á la vida. ¿Y en vez de eso, nos dan melodías amañadas, soñolientas, combinaciones orquestales ampulosas y falsas, acomodadas á fuerza de cuña á dramas ñoños ó ridículos que hacen bostezar al sentido común? ¿Esto es lo sublime? ¿Esto es lo clásico? ¿Esta es toda la majestad etérea del sonido? Pues me llamo á engaño y me río de las generaciones de tontos que vienen aplau-

diendo y gastándose los cuartos, por rutina también.

Dice Fernández de Córdova que era en su tiempo signo de mal gusto no derramar algunas lágrimas ante los apuros de la tiple y del tenor, y que quien tal prueba de insensibilidad daba podía contarse por muerto en el mundo de las conquistas. Hoy no se llora, pero se aplaude: se aplaude todo lo que viene con el sello de la vulgaridad eterna; inocentadas, berridos, hinchazones... todo el invariable repertorio de ropa vieja con que nos prostituyen los oídos.

. . . . . .

Pasó tiempo y oí algo de Wagner. ¡Ah, esto es el principio de alguna cosa grande que viene por sus pasos contados! Abrese el período mioceno en el arte... ¡esto es una aurora! ¡Y pensar que acaso los aficionados de mañana encontrarán ñoño á Wagner, á Wagner, el revolucionario de hoy! Pasará, sí, arrollado por la cul-

tura del mundo, de un mundo que no dará miles de pesetas ó de duros á un tenor, para que dé el do de pecho con la barriga rellena de macarrones!

Cereal

—Sentaos cerca de mí: escuchad cuanto voy á deciros, con interés ó con paciencia. Ya sabéis que agonizo... me voy allá ¡quién sabe! «Un poco más y ya no me veréis;» como decía el Maestro.

Mientras sus dos amigos se sentaban en el fondo de aquella galería obscura, miró el enfermo con ansia silenciosa el pedazo de cielo que desde allí se descubría. Rodaban las áureas ruedas del Carro sobre la celeste cumbre; la estrella polar remataba con su blancura inalterable la lanza diamantina de la «Osa menor» y el ojo del Dragón parpadeaba, como eterno vigilante de los astros.

—Nuestra conversación va á tener la solemnidad de un testamento. ¡Abrid los oídos, vosotros que viviréis! Desde que sentí eso que llamáis Razón, procuré darme cuenta de un misterio; el gran misterio de la infelicidad humana. Acudí á las teogonías, y no ví más que dioses luchando con dioses y con hombres. Acudí á la Historia y no ví más que hombres matándose unos á otros por cosas pueriles. Refugiéme en la Filosofía y seguí paso á paso el concepto fundamental de las cosas desde Platón á Aristóteles, desde Aristóteles á los Alejandrinos; seguí la huella peripatética que iban dejando los árabes con Averroes, los judíos con Maimonides y recibí el resplandor de la Escolástica que me enviaban Alberto el Grande y Santo Tomás... Hundíme en las teorías contrarias de Lulio y Bacón, saturé mi espíritu de la duda metódica de Descartes, asistí al estéril renacimiento de Aristóteles en Liebniz, de Platón en Malebranche, de los Alejandrinos en Spinoza y Sche-

lling, y caí de bruces en los delirios sensualistas de Loke y Condillac y en las negruras escépticas de Hume. Contemplé el nacimiento del criticismo moderno en Kant, llegué al semipanteismo ideal de Hegel hasta dar con mi cuerpo en la trinidad negra de Schopenhauer, Harmann y Leopardi... ¡Un cielo brumoso lleno de ideas, de astros, de ráfagas blancas que desaparecen!

Vi que con tantas ideas, el concepto viviente de la libertad humana seguía siendo un dorado mito: en lo abstracto se emancipa el hombre; en la realidad concreta se desdobla en las dos conocidas clases, siervos y señores. Mientras esto exista, la humanidad infeliz no saldrá del *valle de lágrimas*. Caí en la cuenta de que las ideas no eran bastante poderosas para romper los nudos que nos amarran hasta rasgar la carne. ¿Qué hace al hombre siervo? El pan. ¿Qué hace al hombre libre? El pan.

El divino Maestro no consagró en el

cenáculo como substancia mística la carne del cordero pascual, sino el pan, la forma elemental de la vida, y, al darlo á los apóstoles diciendo, «este es mi cuerpo,» dejó la fórmula del porvenir alumbrando á las generaciones.

¡Dadnos á todos el pan nuestro de cada día y no habrá siervos, ni señores, ni explotadores, ni explotados... la tierra libre, la «ciudad doliente» redimida por el Amor, la Justicia bajando desde las abstracciones á la realidad, la paz fecundando al mundo, el trabajo digno y decoroso, aceptado por el deber, no impuesto á latigazos sangrientos por la miseria!...

Y aquel pobre enfermo medio agonizante, volvió á mirar el pedazo de cielo con ansia silenciosa, cual si contemplara entre aquel áureo centellear de los astros la súbita transformación de la «ciudad doliente.»

—¡Delirios! dijo uno de los amigos.

—¡Hervores y llamaradas de la fiebre! dijo el otro.

—Delirios, no. Llamaradas de la fiebre, tampoco. ¡Realidad, realidad que yo poseo y no he de contemplar!

—¿Acaso, tienes la fórmula?

—Tengo más. Tengo el hecho.

La luna iba elevándose tiñendo con verdosos tonos el campo de estrellas... dos astros erráticos hendieron el espacio, dejando un largo reguero fosforescente como trazos de una inmensa rúbrica.

—Veo vuestra sonrisa. Es la misma de Hierón cuando Arquímedes inventó la teoría de los pesos específicos. Allí gustaban más de los espejos incendiarios, ¡una niñería!

—Sea. Pero dinos dónde esté ese hecho.

—¡Aquí!—Y adelantó su mano sudorosa en que la piel quemaba.—Esa es mi herencia.

Era un grano de trigo, un solo grano, pero enorme, ocho veces mayor que los que la tierra produce.

¡Hermoso ejemplar! Y, ¿esto encierra una revolución?

—Eso. No es más que un grano, la unidad mezquina del *Triticum sativum*, y en él está el porvenir del mundo. Voy á explicaros este misterio. La historia dice que desde Bizancio enviaron á Augusto una planta de trigo que tenía cuatrocientos tallos con otras tantas espigas. Plinio afirma que desde la misma comarca enviaron á Nerón otra mata de trigo con más de trescientas espigas. Podría citaros á muchos que, como Shaw y Francisco Neufchateau, han visto plantas con 100, 140, 200 y 376 tallos en inmejorable granazón. Ya veis el poder germinativo de una semilla.

Conocido este hecho excepcional, demostrativo de la existencia de una gran fuerza latente, ascendí hacia la causa, hacia la ley que determina el fenómeno. Recordé el sueño de Faraón y vi iluminado con súbito resplandor el sentido de aquel símbolo. Eran muy poco un Faraón y el problema económico de Egipto para

aquellas gentes que hablan á la humanidad asomándose á la Biblia *Septem spicæ pullulabant in culmo uno plenæ atque formosæ*. Y detrás de aquéllas venían otras siete espigas delgadas y roídas del tizón.

Después de la inmensa expansión germinativa de los primeros períodos de la época cuaternaria, vino la disminución, la atrofia parcial de los reinos organizados. ¿Por qué? Lo ignoro. Pero sé que la suma de energía creadora es inalterable, y de ahí esos saltos atávicos que ponen en la mata de trigo cuatrocientas espigas.

En el albor de las razas sintió el hombre como embrión religioso el respeto hacia esas grandes fuerzas de la Naturaleza. Así, creo firmemente que Ceres no es griega ni egipcia ni asiria ni caldea... es *humana*, en el sentido de ser concebida antes de que existieran los pueblos. Grecia vistió con ropaje inmortal aquella adoración de los primitivos hombres, que pasó desde el fondo de las cavernas y los bos-

ques á resplandecer en las teogonias. ¡Fiestas cereales! Los rastrojos se extienden como tapiz dorado sobre el campo en que álzase repetida la figura hermética del dios Término: en el bosque de laureles refúgiase Chloe con sus verdes ninfas: á la sombra del pino que llora lágrimas de ámbar, con la frente coronada de pámpanos frescos reposa Pan, mirando la nube áurea que levantan en las eras: el viento salado que lleva disueltas espumas jónicas, esparce el sagrado cántico por la atmósfera azul rasgada por los laureles del Olimpo...

Y el enfermo calló, regocijado con la interna visión de aquellas fiestas clásicas, oyendo acaso el sonido de las flautas griegas y el himno á Ceres entonado por el coro de mujeres hermosas, vestidas de blanco y coronadas de espigas.

Amigos, perdonadme. Esas estrellas erráticas que pasaron, me recordaban las zorras con el hopo ardiendo en que los romanos simbolizaban la ciza-

ña. Vamos á lo que importa; á la realidad presente.

Seguro de que toda especie vegetal ha tenido su precedente con desarrollo potentísimo, convencíme de que los hombres no han salido de un grande error que los empobrece. Todo lo pedimos á la tierra, nada al organismo. Y cuando la tierra no produce decimos que está cansada, *anémica* y acudimos con remedios empíricos y tónicos tradicionales. Mirad con cuánta dificultad respiro: ¿es que hay menos oxígeno en la atmósfera? Siempre hay el mismo. ¡Dadme pulmón y veréis cómo lo aprovecho! Este es el problema, amigos míos.

No es posible romper por ningún punto el inmenso círculo de la Naturaleza. Lo que la tierra da, vuelve á la tierra: lo que la atmósfera presta, la atmósfera lo cobra. Hay un principio de integridad que es indestructible. Lo mismo os digo de la energía. Cada átomo tiene su energía: cada célula y cada cuerpo, la suya; rela-

cionándose con la energía del planeta, con la energía del sistema, con la energía del infinito. La fuente no se aminora.

Convencido de esto, fuí á buscar, ¿qué diréis? La *gemma madre*, el alpha de la familia, la que en distintos estados de su propio ser dió al mundo la forma elemental de la vida y el gran estímulo del trabajo humano. Como en los lagos subterráneos parecen dormir las aguas, así reposa la energía en ese ejemplar olvidado que arrastra su aparente languidez á través de los siglos.—¡No produce! decimos sin ver más que el hecho actual. —Romped la tierra y aprovechad mi caudal, dicen las aguas subterráneas. —Ponedme en acción, grita la planta madre brindándonos su tesoro acumulado.

Busqué y hallé. Un solo ejemplar, pero bastó á mi intento. Tiré á la tierra un grano de trigo, germinó, lanzó su tallo ávido de atmósfera é ingerté con él con la *gemma mater* el

jugo primitivo. ¡Prodigios de la energía! Vierais crecer aquella plántula, echar cañas del grueso de un dedo, hojas anchas, vigorosas, de un verde azulado; después, florecer, granar, sazonar treinta espigas gigantes con granos de ese tamaño en que va almacenada la energía de los primeros tiempos. ¡El mundo se salva! Ahora sí que podrá lanzar al viento el cántico sagrado de la diosa Ceres.

—Y ¿no tienes más que un grano?

—Uno. Ese. Veréis qué historia. Con la honda sensación de quien descubre algo más que un continente en la tierra, algo más que un mundo en el espacio, recogí religiosamente los 2,480 granos que abrían la Edad novísima en la Historia humana. Espantado de mi propia labor—porque todo lo grande espanta—salí á comunicar mi alteración con la tierra, con el cielo, con las aves y los peces... ¡No me cabía en el alma la magnitud del resultado! Recuerdo que besé la tierra, que quise besar los astros, que

grité en el seno de la augusta soledad para que el Universo se enterase, y me sentí soberbio de mi obra, envidioso de las grandes fuerzas, avariento de mi tesoro... Y tosía, tosía, y á cada golpe de tos lanzaba un esputo carminoso, como una sonrisa irónica de la muerte. No sé qué voz de la altura recitaba implacable estos dos versos del Dante:

Superbia, invidia ed avarizia sono
Le tre faville é hanno i cori accesi.

Volví á mi casa y ¡adiós soberbia, adiós envidia y adiós granos de trigo! Unas hormigas laboriosas y buscavidas se los habían llevado. No me dejaron más que uno: ¡éste! Removí el hormiguero, recuperé mi hacienda, pero ¡oh dolor! las sabias hormigas habían roído el germen, arrancando la energía celular para que no brotase en los húmedos senos de su vivienda.

Ahí lo tenéis. Salvado como Moisés de la catástrofe... No veré la segunda planta desarrollando su tesoro de

energía acumulado en el seno del tiempo y el espacio. No sé si esto es lógico, pero es triste. Permitidme algo más... «Un poco más y ya no me veréis.» Pensad en esto. El grano de trigo da por término medio cuatro espigas: la espiga cuarenta granos.

Yo os daré por cada grano treinta espigas y por cada una ochenta granos. Son 2,480. Y como el grano es ocho veces mayor, os vengo á dar 18,840. Esperad: merced á la buena disposición orgánica que la fuerza activa desarrolla, producirán tres cuartas partes más de terrenos que ahora no se cultivan, y tendréis 56,520 granos por cada uno de los que hoy echáis á la tierra. Esto es el pan para todos, la libertad para todos; ¡no más siervos, no más señores! El hambre no será el lazo envilecido que sujeta á los hombres con cadenas de horrores y de lágrimas. Las bestias útiles aumentarán en proporción de su alimento pródigamente brindado: los desheredados comerán carne, y con

la nueva energía la raza sentirá el vigor de una solidaridad fecunda que la empuje resueltamente por el camino de su perfección ideal.

¡Dadnos ideas! gritarán entonces las muchedumbres que hoy gritan ¡dadnos pan! ¡Ah, Ceres; tú que fuiste para el hombre la inspiración de sus nupcias con la tierra, la primera idea de paz y de trabajo, la primera forma de su derecho, el primer destello de su justicia, la antorcha que alumbró el camino... eres para el hombre civilizado la esperanza de su redención social! ¡Qué inmenso círculo de errores hasta volver al punto de partida.

Amigos míos, elevad vuestro cántico de vida... Yo soy la Sociedad enferma que muere porque la matan sus úlceras. Acompañad mi agonía con el grito de triunfo de las razas dolientes: entonad el himno de paz y de esperanza ante el altar de Ceres Redentora... ¡Alzadme una estatua colosal de mármol blanco, y tapadle la cara con espigas de oro, para que los que ven-

gan no vean este gesto de tuberculoso moribundo!

. . . . . .

—

—¿Qué opinas de cuanto nos dijo ese?

—Que son delirios de agonizante. Es el último síntoma.

—¿Y si fuese verdad que este grano encierra una energía revolucionaria?...

—Habría que destruirlo. Nadie ose contrariar las leyes por las que se rige el mundo.

—Precisamente las leyes... Los hechos está mejor dicho.

—Es igual: ¿Los hechos qué son? Tomando las cosas al revés es como el mundo marcha. Ya ves, damos el tumbo hacia allá y el movimiento de los astros se determina hacia allí. Pura apariencia, pero hecho innegable. Como si dijéramos, ley.

—Pues, bien se está San Pedro en Roma. ¿No te parece? Por sí ó por no,

voy á enviar este grano á Ceres... pero, ¿dónde está Ceres? En el canto de la memoria.

—Enviaselo á Diana y ella lo entregará.

—Dices bien; á Diana lo mando. ¡Eh, allá va eso! Mucho cuidado, que no va usted á poder aguantar á los selenitas.

Pasó una sombra por delante del disco lunar que seguía impasible su carrera, y el grito de un ave nocturna hendió los aires como el gemido angustioso de la «ciudad doliente,» de la Tierra esclava que siente apretarse sus cadenas...

Los estrenos chicos

¡Poquitas ganas que tenía yo de asistir á los estrenos! Aunque no me desvivo por el teatro, sentía el apetito de lo nuevo, y más porque leyendo periódicos allá en mi rincón, «donde Cristo dió las tres voces,» jamás pude formar juicio del éxito de las piezas teatrales, por cuanto lo que para el uno eran chistes de buena ley, para el otro eran ñoñeces y porquerías, y lo que uno reputaba como éxito franco y ruidosísimo, para el otro no pasaba de ser un fracaso que el público castigaba con su desvío...

Comprendo que la crítica difiera en la apreciación de elementos no substanciales de la obra artística; por

algo hay escuelas y banderías y tendencias en el anchuroso campo estético, pero en esto, que no es crítica ni cosa que á doscientas leguas se le arrime, sino simple noticia, debieran convenir en la exacta afirmación de hechos que entran por los sentidos. Una obra fué aplaudida ó fué silbada: esto es lo que el noticiero tiene que decir. Cosa más sencilla no hay... y según las señales, suele ser de las más complejas que existen en el mundo.

Llegué á Madrid y lo primero que me dió en rostro fué un cartel en que anunciaban un estreno. Vaya, por lo visto, llego á tiempo. Tan á tiempo, como que aquella noche estrenaban media docena de obrillas. Esto suele suceder un día sí y otro no, casi todos los meses del año. Adónde iré adónde no iré, decidíme por un teatro y comencé á saber lo que era un estreno en teatros por horas... Supe, primero: que los estrenos todos son en la *cuarta*; es decir, que hay que ir al teatro

después de media noche. Segundo: que entre el autor y el revendedor acaparan los billetes, el uno para llevar amigos, el otro para llevar clientes. Tercero: que en tan solemne ocasión hay que ser corcho ó hay que ser porra: más claro, hay que sacar á flote á los padres de la criatura ó hundirlos á trastazos... todo menos ser espectador de buena fe que paga su dinero para juzgar libremente.

Empezó la sinfonía, que me pareció cualquier cosa... verdad es que yo no siento el género. El maestro se descoyuntaba y parecía sacar con la batuta, de los violines, unos chillidos como de gatitos chicos que tienen hambre. Alzaron la cortina y sobrevino un coro, creo que de chulas y chulos con mucho meneo de mantones... —yo creo que conozco esto, me parecía que mi criada cantaba cosas así... —Y mientras recordaba, se acabó el coro y comenzó la gresca. Ví á un señor en la galería que se puso en pie y como movidos por un resorte, otros

cincuenta señores se entusiasmaron de pronto y echaron mano á aplaudir casi á compás. El resto del público la emprendió con un zapateado y un bastoneo que el edificio temblaba. El director de orquesta, digo yo que tomaría todo aquel trueno por un «aplauso cerrado,» y alzó la batuta para que repitieran el coro. ¡Allí fué Troya! Unos palmoteaban, otros siseaban, otros hundían á taconazos el pavimento. Pero el coro se repitió. Verdad que no lo oyó nadie y eso fuimos ganando. Entre estos incidentes fué la nueva obra dando bordadas con sus chulos y chulas y caballos—que salieron dos y cumplieron buenamente —hasta la escena final. Cayó la cortina con toda la pompa del escándalo. ¡Pobre autor!—decía yo—ó ¡pobres autores! A estas horas no será calentura la que tengan en el cuerpo...

En esto, ¡arriba el telón! y veo que una actriz saca de entre bastidores un dominguillo que se deshacía saludando... en seguida sacan otro y otro

después.—¿Quiénes son?—le pregunto á mi vecino de la derecha.—Los autores del libro: tres sinvergüenzas ¿no los ve usted? y arreció con los silbidos y las patadas.

De la caja de enfrente sacan otros dos prójimos que se hacían los chiquitos y retrocedían como abrumados por el triunfo. ¿Y éstos? pregunto á mi vecino de la izquierda.—Los autores de la música ¡dos genios! ¡Bravo, bravooo!

Todavía quedaba gente dentro, porque desde el foro echaron á otros dos señores que quedaron en segundo término. ¿De qué serán autores esos? Supe que eran los pintores. ¿Pero aquí sale todo el mundo? iba ya á preguntar, cuando ví que sacaban al director de orquesta. Ya no cabía un grano de trigo en el escenario: los que silbaban se fueron, y quedaron los cien amigos de los autores y el medio centenar de señores entusiasmados con método, que de una manera mecánica, regular y calmosa ha-

cían salir á los autores una vez y otra y otra y otra...

Yo fuí de los últimos en dejar la sala y todavía seguía saliendo aquel batallón... En mi vida he visto tanta gente reunida para zurcir una mala pieza. Y el caso es—seguía pensando —que me he quedado en ayunas y que no sé si entre esos caballeros han hecho algo bueno, mediano ó regular. Dormíme, porque era ya «la del alba» y cuando desperté de aquel mal sueño durante el cual sentía que me aserraban los huesos con arcos de violín y me azotaba el maestro con la batuta en la boca del estómago, eché mano á los periódicos.

«Los afortunados autores de *El Ventorrillo*, obra estrenada anoche en el teatro tal, obtuvieron un éxito franco y decisivo. Los señores García, González y Fernández, han compuesto un juguete sin pretensiones, esmaltado de chistes de buena ley y de situaciones cómicas que regocijaron grandemente al selecto público

que llenaba la sala. Los reputados maestros señores Rodríguez y Sánchez han confirmado su fama con esta partitura. Repitieron el coro de verduleras, el terceto de los curdas y el duo entre el ventero y el celador de consumos, que son los mejores números de la obra. Al final fueron llamados á escena diez y siete veces los autores de *El Ventorrillo*, obra que durará mucho en los carteles.

»También hubo aplausos para los pintores señores Zurbarán y Velázquez, que entre otras cosas han pintado un pajar para el segundo cuadro, que está diciendo comedme. Y por último, también á instancia del público, tuvo que salir al palco escénico el ilustrado maestro señor Panseco, á cuya acertada dirección débese en gran parte el éxito completo de la obra. En cuanto á los intérpretes, debemos citar á la señora Piperita que rayó á la altura de siempre y el señor Zanendo que supo sacar grandes efec-

tos á las primorosas situaciones del libro. Los demás, cumplieron.»

Ea. Ya sé á qué atenerme. Y espontáneamente devuelvo á los siete padres de la criatura la honra y fama que les negaba acaso por no haberme podido enterar con aquel ruido... Lo mismo digo respecto á la señora Piperita y el señor Zanendo, que me parecían dos ratas destripadas ó que cantaban con dolor de estómago.

Otro periódico: «Anoche en el teatro de la calle Tal, estrenaron *una cosa* que los autores titulan *El Ventorrillo*. Pocas veces hemos visto obra más desprovista de chistes y de situaciones capaces de interesar al auditorio. Aquello es una serie de escenas deshilvanadas que se desarrollan con una languidez capaz de hacer bostezar á todo el mundo. La música corre parejas con el libro. Así es que los esfuerzos de los actores no lograron romper el hielo y el público no quiso enterarse del nombre de los autores, los que no obstante, se presentaron á

escena á recibir los aplausos de la *claque* entre las protestas de la mayoría del público.»

«No puede decirse que *El Ventorrillo* estrenado anoche obsequiara á la concurrencia con selectos manjares, pero tampoco podría afirmarse que la obra de los señores tal y tal desmerezca de muchas otras que vemos noches y noches en los carteles. Hay chistes de «buena ley» y situaciones cómicas muy bien estudiadas. La música es juguetona, alegre y no carece por completo de originalidad. Al final, el público se dividió, pero dominaron los aplausos y los autores salieron varias veces á recibirlos en unión de los intérpretes de la obra y de los pintores señores tal y tal que han pintado dos preciosas decoraciones.»

Vaya—dije—en solo tres periódicos hay reseña para todos los gustos. Esto se llama informar bien á los lectores: y el caso es que me quedé lo mismo. Aquí del axioma jurídico: «en la duda absuelve.» Yo absuelvo de

todo corazón á los siete autores: bastaríame la consideración de que vendrán á tocar á unos cinco reales por función y por cinco reales no es cosa de escribir obras maestras, ni solo, ni en cuadrilla.

Lo que se me hacía cuesta arriba era esa frescura del pelotón de autores saliendo á recibir tomatazos como si fuesen flores. Verdad que los tomatazos de ahora son metafóricos y adoptan la forma más ó menos culta del berrido, el relincho y la patada. Acaso por esto se juntarán por medias docenas. ¡El demonio que salga solo al redondel!

Allá, cuando yo tenía los sesos rellenos de tonterías que me enseñaron, y creía que el teatro era una especie de parroquia del arte donde algo se pensaba en la gloria por autores, cómicos y danzantes, eso de salir á escena me parecía algo solemne que valía tanto como asomarse á las ventanas de la inmortalidad. ¡Esa apo-

teosis de la persona! ¡Esa tierna caricia de la sociedad al hombre!...

Una noche el público de Madrid se estremeció ante algo nuevo que alboreaba... Un desconocido, un alma humilde y candorosa, supo sorprender el grito de la pasión humana y con cincel y martillo reducirlo en los moldes de una poesía sencilla, alada, que produjo el gran escalofrío estético en la muchedumbre. Esta, por un movimiento del alma colectiva, quiso ir con su aplauso más allá de la obra y trajo al hombre á gozar del triunfo sobre la misma tabla que acababan de pisar los héroes de su fantasía. Aquel inusitado triunfo de García Gutiérrez, quedó como precedente y la llamada al autor es un trámite prostituído ya por el género chico y aun por el grande. Va siendo de buen tono artístico no presentarse á dar cabezadas en el escenario.

Todavía comprendo que al autor le halagase esto en los verdaderos triunfos conquistados ante un público de

verdad, pero, ¿por qué salen los innumerables autores de un *ventorrillo* cualquiera á recibir la rechifla en pleno rostro? ¿No tienen oídos? ¿No tienen ojos? No habían de faltarles todos los sentidos á un tiempo.

Según me explicaron, el único interés de autores y empresas enciérrase en esta llamada á escena. Si salen la obra vive, día más día menos: sino se hunde. Establecido este sabio y delicioso convencionalismo, buen tonto será el autor que espere á que le llamen para echar el cuerpo fuera de los bastidores. Para eso tiene la empresa su real cuerpo de alabarderos y el autor sus deudos y amigos. Todavía van silbando los *morenos* por el vestíbulo cuando les dan paz con el cartel de la función siguiente: «2.ª representación de la extraordinariamente aplaudida...» El convencionalismo no está en las tablas sino fuera de ellas.

A esta segunda representación acude el público apacible, trasnochador,

que toma lo que le dan aunque sean *morcillos*. Si la obra se mantiene una semana, empiezan á picar de provincias: si tira á los veinte días, hay beneficio de autores con banquete de rúbrica, que es otro reclamo para las provincias inexpertas.

La única preocupación es el «trimestre:» de ahí los principios de economía llevados al teatro. A mayor producción mayores rendimientos y para producir más, máquinas y asociación. Por eso para cualquier chapucería se juntan siete ó más ingenios.

No soy de los que se indignan por esta y otras cosas. Paréceme que mientras haya público chico es lógico que existan autores microcéfalos, músicos microscópicos, tiples ratoniles... porque, después de todo, no estamos tan en grande para pedir cosas de más bulto. Tenemos el teatro que nos merecemos, y el día que nos den tedio éste y otros merecimientos semejantes, podremos hacer lo que el bufón

de Carlos V temía que hiciera un hidalgo pobre y fronterizo: tomar toda nuestra tierra en una esportilla y pasarnos á Portugal.

Que al paso que vamos, á la vuelta de un quinquenio toda la tierra que nos quede cabrá en el puño, cuanto más en la esportilla.

Virus mortal

Si se tratase de un caso aislado, haría lo que el gobierno con las epidemias. El primer centenar se muere de enfermedad desconocida: el segundo de enfermedad sospechosa: el tercero por llevar la contraria al gobierno: los demás ya se mueren bajo el amparo de la *Gaceta*. Estos son los que mejor escapan, porque al menos saben oficialmente de qué se mueren.

No se trata de ninguna enfermedad desconocida ni sospechosa, sino de una epidemia hecha y derecha, que hasta tiene á la inevitable *Gaceta* de su parte.

Tenía yo un condiscípulo, casi paisano, de cuyo nombre no es fácil ol-

vidarse: don Amador Ternero Manso. Como los catedráticos suelen ser algo humoristas, acaso por saber que cuentan en clase con un público siempre dispuesto á reirles las gracias, jugaban del vocablo más de la cuenta con el romántico nombre y prosaicos apellidos de mi condiscípulo. Este, se desquitaba á su modo, no estudiando una sola palabra de la jerigonza oficial. Creo que no era falta de voluntad solamente sino también de sesos. En cambio, aprendió en un verbo á tocar la guitarra, que daba gloria de oirlo. Por esa parte su señor padre no tendría de qué quejarse, pues si buenos sacrificios hizo, buen guitarrista llevóse.

Supe que consiguió licenciarse y que tomó su título, como á todos acontece. Perdíle de vista, pasaron años, y hé aquí que cuando juzgaba que estaría siendo el primer guitarrista de su pueblo, me sorprenden con la noticia de que era y es, además, el primer cacique. ¡Cómo! ¿Amador? ¿Ternero

alcalde, Ternero cacique, Ternero dispensador de mercedes y padre nato de toda una villa? ¡Pero si era un porro!

—Ahí verá usted—me contestaron.

—Pasó más tiempo y supe que estaba hecho un prohombre de distrito. Lo conocían en sus pueblos amén del suyo. Llegaron unas elecciones y ¡cataplum! Amador diputado provincial. Víle, admiréle, no me cansaba de acariciarlo.—Pero chico, ¿cómo te las compones? ¿Sabes algo más que tocar la guitarra?

—Ni eso siquiera. En mi posición no estaría bien.

Y me contó así por encima su fácil ascenso por el camino de la vida. Como el titulillo no le servía para nada, se metió á político. ¡Es abogado! decían, y del primer empujón lo hicieron secretario. Casó con la muchacha más riquita del pueblo; ea, pues, alcalde. De allí á diputado sólo le costó algunos almuerzos ¡y qué orondo estaba, y cuán satisfecho! Es-

cribía unas cartas electorales que daban la hora: imaginábase que la finura ortográfica consiste en poner muchas aches, y las prodigaba de un modo bárbaro.

«Estraño mucho que tu no hallas llegado ha ser ni siquiera diputado probincial. ¿Ha que se debe hesto? Supongo que será por falta de hinfluencia, pues méritos no te faltan: ¡Hasi los tuvieran hotros!»—Me escribió una vez que necesitaba no sé qué cosa.

«Hefectivamente—le contesté—has dado en el hito. No sólo carezco de hinfluencia, sino que me falta otra cosa; tomar por lo serio esas tonterías. ¡Bonito papel haría yo entre hustedes!» El amigo Ternero está que no cabe en la piel. Ha echado aplomo y hasta discursea, dé donde diere. Tiene enredado al pueblo de forma tal, que allí no se entiende nadie. El, engulle, resuelve, gestiona, caciquea... en una palabra, viene á ser el amo. Cuando algún condiscípulo cae por allí, lo abruma á obsequios: le enseña la casa

desde la cocina al pajar; habla de la Universidad con agradecimiento — que ¡no vale nada un titulillo! ¿eh?— quiere decir con esos recuerdos.— ¡Mira si vale!

Y el hombre de las hh se contonea y hasta enseña un paquete de cartas de personajes que pesará cinco kilos. El también será personaje: lo es ya en seis pueblos, amén del suyo.

Háblase mucho de lo malo que es el politiqueo, de lo enervante del caciquismo, mientras más menudo peor: acuden los doctores con mil remedios, sin caer en la cuenta de que el virus lo beben los muchachos en la Universidad. Años y años pasa un estudiante en la capital aprendiendo á tocar la guitarra ó á jugar al tresillo. Llega su época, paga y recibe su título. Y como no es cosa de defender pleitos ó curar enfermos con el punteado de de prima ó con un solo-bola, aquel pedazo de pergamino sírvele de papeleta de ingreso en la política. «De cómo Fray Gerundio dejó los estudios

y se metió á predicador...» Eso exige la política: que se dejen los estudios, ó mejor, que no se haya estudiado nunca.

Con estos licenciados vírgenes de todo trabajo intelectual, bibliófobos incurables, enemigos de toda otra labor que quebrante sus hábitos de holganza, los pueblos arden por sus cuatro costados. Pueblos que gozaron años de paz se levantan soliviantados como buey con mosca, en cuanto les entra el virus con el primer título académico. El abogadete, el medicuelo, el maestro sin plaza... ¡ah, qué epidemia!

De la política han de vivir, con la política se han de casar, por la política han de mandar, quieras que no, y de la política han de hacer la única y no muy limpia ocupación de todas sus facultades. ¡Cuánto más útiles resultarían arando, cavando, sembrando, entregados á cualquiera otra faena industrial ó agrícola, con la misma ignorancia tal vez, pero con más pa-

cífica quietud y laboriosa mansedumbre!

Es inútil empeño el de los señores comerciantes y demás elementos que, con llamarse ellos mismos «Neutros,» está dicho todo, al pretender aplastar de un golpe, de dos ó de tres la cabeza de la sierpe política. Hay que principiar por atacar al virus en su germen: la Universidad, el título... antes que eso, la licenciomanía del labriego que desea un hijo con carrera; después la facilidad académica de conseguir los títulos, que por su misma ineficacia, la ineptitud del poseedor ó la impúdica competencia de la lucha social, no sirven para nada y para todo estorban; todo lo cual impulsa á la gran masa de fracasados anticipadamente, hacia el camino real de la política de campanario, ya que los otros más fáciles caminos del favor se los reserva la yernocracia y el dinero.

¿De dónde saldríamos los alcaldes, los concejales, los diputados, los se-

nadores, los altos cargos administrativos... todo lo que es gracioso ornato del mundo oficial?

Yo respeto á mi amigo Amador, como un símbolo viviente. Dormido como Jacob, veo la escala... licenciado inepto, alcalde, cacique, diputado, ministro, hombre de peso é importancia, millonario tal vez, conde acaso, potencia financiera de seguro... ¡Ah, buen Amador, ah, insigne Ternero, el mundo es tuyo! Tienes razón en exclamar entre cuero y carne, mientras enseñas tu casa desde el pajar al dormitorio,—que ¡no vale nada un titulillo! ¿eh? ¡Mira si vale!

Y más razón tuviste cuando me escribías condoliéndote de mi insignificancia oficial. «¿Ha que se debe hesto? Supongo que será por falta de hinfluencia.» Sí, amigo mío: lo que te dije. Mi maldita antipatía á la guitarra... yo no puedo ser lo que tú, ¡nunca! «¡Bonito papel haría yo entre hustedes!»

El Átomo libre

Una tarde de verano conversaba yo con un amigo, sentados ambos cerca del muelle. Hacía un calor de dos mil diablos y nos consolábamos con la vista azul del mar, ya que otra especie de consuelo no podíamos encontrar en aquella atmósfera incendiada.

Pasaba mucha gente para los baños: mujeres muy peripuestas y galanes muy acicalados, que tomaban el baño como se toman los sorbetes en baile de etiqueta; con todo el engorro posible. De pronto, entre un grupo de sayas de seda y de pantalones de franela blanca, ví un revuelo de pingajos: sonaron unos chillidos como de gaviota y luego un llanto ronquillo de rabia impotente..... eran dos chicos

que reñían. El uno de ellos, zagalón, grandazo, zanquilargo, en el período de la muda de voz, cuando asoma el pico de la nuez por la garganta. El otro, bajo, repolludo, que tendría algunos nueve años y rebosaba de salud por aquellas nalgas de color de ladrillo, que un rajonazo en los calzones exponía al sol y al aire con encantadora franqueza.

Su traje el de Rinconete: zapatos, Dios los dé: calzones, lo suficiente para tener algo colgando de un tirante de trapo: camisa, un problema para el sacar y el meter, y colgando sobre el costado izquierdo una bolsa mugrienta y mal oliente.

Los dos chiquillos se zurraron bien, pero el zagalón «hacía más palanca» y cogió al rabiosillo debajo. De ahí el llanto y el alboroto. Acudimos y, al ver el brío y gentileza con que el más chico se revolvía defendiéndose, tentado estuve de volver la tortilla, como dicen que hizo aquel francés en la tienda de don Enrique.

Había allí hasta media docena de señores de seis á doce años, contemplando la lucha con más que mediano regocijo. Eran *burguesitos*, limpitos y ya prudentes, que sabían la honda perturbación del orden que trae consigo el ensuciarse los calzones.

Separados los combatientes y puestos en paz por nuestra oficiosa, paternal y humanitaria intervención armada...—porque hay que hacer constar que todos llevábamos garrotes—el zagalón se arrimó á nosotros, que representábamos á las grandes potencias, y el chico se sentó al revés en un banco, y apoyando cabeza y brazos en el espaldar, entregóse á una larga meditación, acaso referente á planes de venganza; que es lo que hacen las naciones vencidas, en estos casos.

Inútiles fueron los esfuerzos que hice para «celebrar una conferencia» con aquel testarudo ciudadano. Cerró el pico, hincó el morro, y ni porque le hablé con dulzura, ni porque le enseñé dinero, ni porque le enseñé el ga-

rrote, pude separarlo de allí ni reducirlo á que me hablase dos palabras. Allí, con la cabezota al aire, que parecía una bola de hierro, sintiendo en la robusta nuca de color de ladrillo las caricias del sol, que eran buenas caricias, y las piernas colgando desnudas, negras y fuertes como las de un esclavo nubiano, permaneció su señoría con una fiera dignidad que daba espanto.

Como nunca falta un decidor de vidas ajenas, un papanatas ya talludito púsome al tanto de los principales rasgos biográficos de la criatura. Llamarse no se llama nada. A su padre lo conocían por el apodo. Es lo único que heredó el muchacho. Su madre tiene ahora otro marido, y padrastro é hijastro no congenian. El domicilio inviolable lo tiene... en el campo libre, en una colina de arcillas diluvianas próxima á la población... Es buena casa, que ni necesita techumbre ni se llueve nunca. Además no tiene número de orden, ni por ella mete las nari-

ces el Fisco. Una hermosa cueva, en fin: cuando hace falta otro aposento, se coge el azadón y tris, tras, se ahueca lo que se quiere. Es como trabajar dentro de un queso de bola. El chiquillo come fuera... porque tiene su oficio, y dormir duerme en *casa* ó donde le parece.

¿A los nueve años un oficio? Pues sí señor. Recoge «colillas» y para eso es la bolsa mugrienta y mal oliente. Cuando ha recolectado bastante, va y las vende en la cárcel, en el hospital, en... ya sabe la criatura en donde ha de venderlas. En cuanto cobra, á comer. ¡Se pone el cuerpo!... Después, á la vocación. Vase al muelle y el primer bote que ve solo, lo desatraca, coge un remo—con los dos no puede —y hala, hala, mar adentro, según el tiempo que haga.

El botero suele ir luego en el de un compañero á recoger su bote, y el desenlace es fatal y previsto: paliza, remojón y tente tieso. A la media hora, al día siguiente, cuando puede

y se tercia, vuelve á coger otro bote y se repite la función. ¡Salvajes amores á las ondas, que comienzan al nacer!

El otro día—me decía el biógrafo—echaron una red poco más allá del muelle, y el granuja se fué arrastrando por la orilla y robó la mar de pescao. Lo vieron y ¡le dieron una!...

¡Cómo se reían los burguesitos al imaginarse la escena! Y, ¡cómo se arrastrarían ellos también, con qué gusto, por la playa fresca oliendo á mariscos, en derechura de la red repleta de pescado dando saltos como plata viva... sino fuera por el atroz escándalo que se armaría en sus casas!

Como hombrecitos metidos en cintura, conocedores del mundo y del aceite de hígado de bacalao, arrojaron sobre aquel colillero que enseñaba al sol sus robustas posaderas, todos los anatemas del almidón-y de la seda cruda. El orden social no pudo demandarles nada.

Uno de ellos tiene diez años y ya tose y garraspea y se apoya con aire digno en el bastón de su señor padre, que pasa de los sesenta. Como él, desea echar abdomen y calva para pasearse por todas las ceremonias.

Cuando me quedé solo enfrente de aquel libre pingajo, comencé á meditar. ¿Quién no medita alguna vez, siquiera por lo raro que es esto?

Eso que el sol y el aire del mar curten y calafatean, lleva dentro de sí dos tesoros inapreciables. Una sangre sana, que golpea con el ímpetu de la salud la arteria por donde corre también la vida de una naturaleza naciente, y una indómita independencia creada, mitad por el abandono y mitad por el látigo. La base de un carácter.

De *ahí*, de esa carne que parece barro cocido, podrá salir un bandido ó un héroe. Todo depende del azar del viento. Según donde caiga esa robusta semilla henchida de salud y de promesa. Dadle mañana en vez de

un bote cogido por descuido, un barco artillado en que ondee el pabellón de la patria, y acaso muera como Gravina: en el altar de la gloria. Dejadlo que se revuelque en el lodo, y pudiera morir en el patíbulo.

Estas naturalezas bravías han de tener algo en las manos: ó la espada ó la navaja De eso depende su destino.

Y, tú, sociedad, ¿qué haces? Siempre dices: «hay que prevenir, hay que prevenir...» ¡pues prevén desde abajo! Si realmente quieres subir por la escala del humano progreso, no olvides que el primer peldaño es la infancia.

El buen labrador cuida mucho de la simiente. La simiente es el fruto. ¡Ay del que desprecia el germen y se queja de la amargura del fruto!

Deus Venter

Será verdad que en cada época la Humanidad tiene un ideal que no es el permanente y eterno. Ideal religioso, ideal artístico, ideal filosófico, ideal político... todo eso va y viene cabeceando como buque en alta mar, pero con rumbo allá á un sitio no determinado claramente, que se oculta entre brumas.

Nuestra época tiene el suyo también, y de los más substanciosos. El ideal gástrico. Comer, atiborrarse hasta echarlo por los ojos... «de paja ó de heno, el vientre lleno,» ¡á ver si esto no es filosofía! Es un procedimiento social como otro cualquiera. Que un prócer tiene que decir cuatro

vulgaridades, banquete. Que los amigos tienen que decir otras tantas al prócer, banquete. Que hay que premiar y honrar á un grande hombre, banquete. Que hay que recordar algo delicioso, comilona. Que se acuerda, festeja, establece ó inaugura esto, lo otro ó lo de más allá, hartazgo.

No es fácil determinar diferencias esenciales en esos actos, por la sencilla razón de que no existen. Todos esos banquetes son iguales, salvo el pretexto. La forma clásica es el escote: «Entre muchos, á poco tocamos.» En todo banquete hay un público que casi paga, una comisión que casi pierde y un fondista que no puede perder. Las comilonas gratuitas son cada día más raras. El tipo del género es el banquete político, y quien ha visto uno ó lo ha sufrido, ha visto y puede dar por sufridos todos los demás.

Tan luego como la inevitable comisión da por preparado el lance y falla que debe de condenar y condena á

pasajera revolución las tripas correligionarias, no hay más que poner en sitio céntrico la taquilla con el consabido banderín, «se admiten adhesiones.»

Lo demás ya corre de cuenta del fondista y pueden ustedes prepararse á bien morir, seguros de que comerán las carnes más atrasadas, los pescados más provectos, los huevos más manidos, las berzas más mustias, los entremeses más atenuados, y beberán el vino más disfrazado que se puso careta en el mundo. Tampoco puede decirse, «lo que no va en cantidad...» porque cantidad y calidad van tan unidas é inseparables como la sombra y el cuerpo.—Ya ve usted, ¡por cuatro pesetas!—O por ocho ó las que sean, pues lo que el fondista quiere decirles á ustedes, si ustedes son de los que pagan, es que con lo que uno da ¿cómo ha de dar de comer á tantos?

Llegado el instante temible, principia á cargar la gente, madrugando

como á cosa buena. Siempre se principia tarde para la impaciencia colectiva. Y, entre murmurar á secas ó murmurar comiendo, prefieren lo último y dan el primer asalto á los indefensos entremeses. El fondista, que se está mirando en ellos y ha echado quién sabe el tiempo disponiéndolos, estirándolos, calculando con los que puede haber bastante para el efecto artístico y haciendo de cada rábano una escarola, de cada raja de salchichón una transparencia, de cada aceituna dos, se mesa los cabellos viendo cómo destrozan su obra y se engullen el arte.

Cuando viene la sopa, ya no hay vino ni pan y la mesa es un cascaserío que da grima. Los ramos de verdura que ocupan media mesa para hacer bulto, estorban cada vez más. No hay más que un ramo con flores baratas ó en conserva, indefectiblemente destinado á la señora del *Anfitrión*. También las pobres señoras han de padecer. Viene la sopa y, «aquí

principia el sainete...» Como los criados suelen ser advenedizos que ni saben servir ni lo han sabido nunca, y además les advierten que si manchan el frac—pingajo que les cuelgan para que estén más airosos—se lo desquitarán del alquiler, los mozos estiran cuanto pueden los brazos, metiendo el negro pulgar y lavándoselo en los platos que van dejando delante de cada comensal.

Y como en el espacio en que no muy holgadamente podría comer uno, se sientan dos, y estas apreturas originan movimientos y evoluciones que no pueden ser individuales sino colectivos, porque hay tacto de codos, es frecuente algún que otro bautismo con substancia que, para este sacramento, el mismo Concilio de Trento no desdeñaría. La torpeza de la servidumbre cuyo aturdimiento crece á medida que el servicio es más necesario, hace que, cuando unos reciben el plato de engrudo líquido, ha media hora que los otros se lo zamparon y

andan reclamando airadamente contra el entreacto.

Si el banquete «se celebra» en local distinto de la fonda y hay que disponer cocina, ¡apaga y vámonos!—¿Qué viene ahora? dice un político profundo, tan profundo como que engulle las cortezas del queso y los huesos de las aceitunas.—No lo sé, por que *está* en francés. Y con las consiguientes pausas é intermitencias, los trastazos que le dan á usted en la mollera con las fuentes, y algún que otro fracaso que el vestido lo padece, continúa el desfile de las acreditadas croquetas al peregil, las lenguas batidas en piedras de zapatero, los pescados purpúreos por de dentro, las mayonesas con almidón... y la gente se atraca, valientemente, desafiando al cólico. El vino repuntado echa mano á hervir á mitad de comida y allí ya no se entiende nadie. La sala es una olla de grillos. La atmósfera se hace densa, pesada, oliendo á sudores y á grasas frías.

Cuando todo llega al punto doloroso de digestión agria, álzase, velada por el humo de los cigarros y saludada por los olorosos taponazos del *champagne* modesto, la diosa Elocuencia, la musa de los banquetes, encarnada en algún señor acaudalado en frases hechas, como platos de fonda, y allá van entonces todos los consabidos «¡ah señores!» «hoy es día de sentir, mañana de obrar»—lo cual encierra una verdad como un templo —«los principios que sustentamos,» «la felicidad del país...»

Y después de este, otros, y por último el *Anfitrión*, que suelta la andanada que queda. Los que están cerca, aplauden cuando hace punto. Es la consigna tácita: punto y aplauso. Los que están lejos, como no oyen, aplauden al tuntúm, cortando oraciones y destrozando párrafos que es un dolor. ¡Y eche usted para eso semanas enteras perfilando discursos!

Cuando ya no queda nada que ingerir, ni un mal pastelillo ni una sola

metáfora de tres al cuarto, nada más que el fondista, y no es cosa de comérselo ni fumárselo, los comensales abandonan el salón que suele quedar hecho una lástima.

Imposible parece que gentes que pueden comer sana y limpiamente en su casa, acudan á estos comistrajos. Y no se diga que la comida es el pretexto: ¡buen pretexto nos dé Dios, cuando no dejan sino el mantel y los platos!

Yo creo que nuestro *Ideal* es ese y no hay que darle vueltas. Comer, sea lo que sea; rayos encendidos, demonios coronados, bazofias adulteradas con todo lo nocivo y hediendo... desde el palo campeche que colorea el alcohol, el tropo eructado por el orador de tanda. Y para eso nos sirve el rebaño, el apetito de bestia carnicera de las muchedumbres, que no repara en pelillos.

¡Festines griegos! ¡Cenas romanas! Allí el «dios vientre» se coronaba de rosas. Recibía las ofrendas de la sen-

sualidad artística en marmóreas estancias, entre lámparas perfumadas y cánticos deleitosos. Allí la intimidad discreta, la amistad antigua, la alegre y pagana apacibilidad del ánimo bebían la vida en copa cincelada. El culto del «dios» era una forma suntuaria que en su mismo exceso tenía su grandeza.

¡Pobre *deidad!* Uniéndola hoy á todo lo bueno, malo y mediano, la tratamos peor que á hereje. No intimidad, no discreción, no delicadeza, no arte... ¡Barullo, grosería, indigestión, bazofia!

El suicidio á escote y con acompañamiento de retórica banquetil, es el más cruel que se conoce.

El mendigo más triste

—Y además, es condesa.

—¿Eh?

—Sí, señorito: Condesa de título. Vaya la cerilla. Hasta mañana, señorito.

—Adiós, Pepe.

Oí el golpe de la puerta y, con la cerilla ardiendo, subí aquella inacabable escalera madrileña, desierta y silenciosa y fría... De cuando en cuando oía el rodar de un coche, como un trueno lejano: después, no se oía más que el acompasado ruido de las pisadas mías sobre los escalones de madera. Al llegar al segundo, el frío de la calle habíase convertido casi en fiebre; sudaba... ¿quién me

diera á mí aquellas benditas casas de Andalucía, en que no se sube más escalón que el del umbral?

Y luego aquella preocupación que llevaba á cuestas... «Además, es condesa;» me había dicho el sereno. ¡Sopla! Toda una condesa pidiendo limosna. Sí, señores, pidiendo limosna con la mano tendida, en la puerta de San Luis, á la entrada de Recoletos, en la puerta de Apolo... y esa mujer vivía allí, en la misma casa, recogida en la buhardilla por una que había sido su planchadora.

Toda la «sencillez provinciana» se me sublevó en un momento. ¿Por qué me preocupaba tanto? Ya había visto algo de la miseria de Madrid, la horrible miseria de las grandes poblaciones: una mujer hecha una tortilla sobre los adoquines, con los sesos fuera; dos niños que amanecieron tiesos, cubiertos de escarcha, en el umbral de un palacio; un ejército de seres harapientos que arrostran el dolor de la vida de un lado al otro por el día y

la noche; grupos de mozuelas esperando al borracho, al jugador, hasta que rompe el día, pasadas de parte á parte por el viento helado, en esas esquinas de Dios... ¡Pero aquella condesa que pedía limosna!

Vamos á ver, me decía yo, revolviéndome en la cama. ¿La pobreza no es una, como es uno el dolor? Y ¿qué? por algo mi compasión se desbordaba. Aquella mujer era más pobre. A los otros, á esos que yo recordaba, ¿qué les había negado la fortuna? Bienes. ¿Qué les arrebató la desgracia? Bienes. Pero esa mujer había perdido más.

Había sido rica, opulenta: había brillado con las luces de su hermosura y de sus diamantes; había visto al mundo desde lo alto de su carroza, un mundo con el sombrero en la mano, que le sonreía y la adulaba. Después, fué cayendo, resbalando por un plano inclinado, tan suave, que parecía una broma, un nuevo *sport*... primero las deudas, después los embargos, más

tarde la pobreza, por último el lanzamiento... ahora la vejez, el hambre, la limosna.

Todavía no se acaba el mundo, se dijo: tengo amigos, tengo parientes. Y cuando quiso verlos, los amigos huían de ella como si llevara encima todos los gérmenes morbosos; y cuando quiso acercarse al vaso por donde su misma sangre corría, cayóle encima brutalmente, despiadadamente, el más feroz desvío con que fué afligido el corazón humano.

Quedábale su dignidad, una cosa que antes la hacía andar erguida aún entre el montón de usureros y curiales. ¡Ni eso! tuvo que tirarla en la calle como trapo viejo y subir los ciento treinta escalones que enlazan el arroyo con la buhardilla. Creo que le costaría mucho trabajo; creo que antes de pedir á su antigua sirviente la limosna de seis pies de suelo en un rincón, le lloraría el corazón lágrimas de sangre más amargas que la misma hiel... pero subió y pidió.

Después... tender la mano, recorrer la áspera senda de todos los dolores y humillaciones, tal vez no le costara tanto. El alma cría callos también. ¿Cómo se concibe que estos pobres vivan?

¡Dios mío, yo vivía en el Limbo! dirá esa pobre condesa. ¿Cómo había de soñar que aquí, bajo las ruedas de mi coche, á dos pasos de mi palacio existiera este mundo de horrores, empapado en lágrimas? ¡Los pobres! Los pobres para los que destinaba buena suma todos los años, eran algo plácido y apacible que estaban en el mundo como pretexto para que los ricos se salven. Ella había dado mucho para los pobres, bailando unas veces, cantando otras, luciendo sus diamantes y sus hombros deslumbradores en las fiestas de la Caridad...

La piedad elegante, la compasión oliendo á violetas, no llegaba á esas honduras negras en que rechinan los dientes, el espíritu suda rencores, los ojos reflejan angustias y las bocas sin

pan escupen blasfemias. ¡Se hubiera asustado!

¡Qué río de oro se pierde sin llegar á estos abismos! ¡Qué manantial se disipa en las arenas, sin refrescar los labios del verdadero sediento! Ahora comprendería que la caridad es algo más grande, más serio, más humano... ¡Pero no hay solidaridad? ¿No existen vínculos? ¿Esas *clases* no deberían evitar al mundo el cruelísimo espectáculo de la dama aristocrática disputándole á los *golfos* su limosna en las frías madrugadas del invierno?

Esos nobles linajudos, con motes tan bonitos en los blasones; esos aristócratas de mogollón, sin escudo y sin motes, sin más armas que las del rey en la moneda acuñada; ese mundo encantador y brillante que desfila como en perpetuo *cotillón* por las revistas de salones, ¿no tiene alma, ya que le sobran riquezas? ¿Qué lleva en el lado izquierdo, latiendo allá en lo hondo? ¿Corazón? No. Egoísmo. ¡Lo mismo que todos!

¡Lucha despiadada, lucha infame! Con el que cae no se cuenta: perece y en paz. En esta tremenda carga en pos del «duro,» los que flaquean son arrollados, despedazados inhumanamente: se salta por encima de todo; los gritos del vencedor ahogan los gemidos de la víctima; toda la espléndida barbarie de la batalla se extiende por la atmósfera, bajo los impasibles cielos azules y los brilladores astros.

Y ¡esa pobre condesa!... ¡Cuántas cosas aprenden los que bajan desde el palacio al arroyo! *Lisardo, en el mundo hay más.* Hay hambre, hay frío, hay soledad, hay desesperación, hay muerte más dura que la muerte del animal pasivamente aplastado por la Naturaleza.

La caridad oficial, la piedad elegante, la compasión mundana y alegre, no son más que muecas encantadoras del *gran mundo*, que derrama un poco de espuma del *champagne* que le sobra en el artístico harapo y en la

«cabeza de estudio» del mendigo profesional.

También de aquel olimpo caen los dioses ¡Ay del que cae! El *dios* vencido, el aristócrata que entra en la hampa, la condesa que disputa á los *golfos* su limosna en las frías madrugadas del invierno, no es sólo un pobre, un mendigo, es también «un espectáculo.»

De todos esos espectáculos necesita el mundo, para romper la monotonía. Al hampón que sube, flotando sobre riquezas, responde el arruinado que baja, tirando la corona condal, ó lo que sea, y desde el arroyo tiende la mano. De estos altibajos se forma la Variedad, que es la amenidad del mundo. ¡Qué hermoso debe de ser esto visto de lejos, de allá arriba!...

INDICE

	Págs.
Lo que abunda... daña	1
Parlería	10
Carta de «Monipodio»	18
La fiebre gárrula	30
La Gran Bestia	38
¡Dios te la depare buena!	46
Realidad	55
Trapos y lágrimas	73
Fúnebre desahucio	81
¡Dios nos libre!	88
El hombre vivo	97
La eterna Arcadia	109
Añoranzas	119
La virtud en espectáculo	136
Música celestial	145
Cereal	161
Los estrenos chicos	177
Virus mortal	191
El átomo libre	199
Deus Venter	207
El mendigo más triste	216

Tipos y Costumbres

J. Nogales

Regalos de LA VANGUARDIA á sus suscriptores

TIPOS Y COSTUMBRES

POR

JOSÉ NOGALES

Sumario:

Lo que abunda..... daña.—Parlería. —Carta de «Monipodio.»—La fiebre gárrula.—La Gran Bestia.—¡Dios te la depare buena!—Realidad.—Trapos y lágrimas.—Fúnebre desahucio.—¡Dios nos libre!—El hombre vivo.—La eterna Arcadia.—Añoranzas.—La virtud en espectáculo.—Música celestial.—Cereal.—Los estrenos chicos.—Virus mortal.—El Átomo libre.—Deus Venter.—El mendigo más triste.

LA VANGUARDIA
DIARIO · POLÍTICO · INDEPENDIENTE
BARCELONA

DOS PALABRAS

La Vanguardia se complace en ofrecer á sus suscriptores un libro—tomo XVI de su biblioteca—de José Nogales, escritor notabilísimo, quien alcanzó con su famoso cuento *Las tres cosas del tío Juan* el primer premio en el certamen que abrió *El Liberal* de Madrid, y al cual concurrieron nada menos que 640 cuentistas, entre ellos los más afamados de las letras castellanas.

Este libro es el primero que con la firma de su autor sale á luz después de tan señalado triunfo, y esta circunstancia casi nos obliga á decir algo sobre la procedencia y fecha de

los originales que lo componen. Como consideramos á Nogales destinado á verdadera y justa fama literaria, quizás andando el tiempo esta sencilla noticia no carezca de interés para el que se encargue de trazar la biografía del notable escritor, y de reproducir la lista completa de sus libros.

Nogales es uno de esos escritores soñados por Gladstone—cuando hablaba del placer de escribir para aliviar no la vacuidad del bolsillo sino la plétora del cerebro—que no ha necesitado para escribir otros estímulos que el vigor de su inteligencia creadora. Sin perseguir el lucro metálico ni otro provecho material cualquiera, sin proponerse el placer estimulante de la publicidad inmediata, entregado á sus ocupaciones de abogado ó de funcionario público—del orden intelectual mas puro (bibliotecario y archivero) —y recluído en su hogar de villa modestísima, á media hora de la simpática Huelva, escribía y amontonaba,

ya cuentos, ya artículos de costumbres, ya novelas, ya trabajos de crítica y de sátira exquisitos.

Alguien de LA VANGUARDIA, que está unido á Nogales por vínculos de viejo y hondo cariño, vió, en el último otoño, el montón inédito del castizo y vigoroso escritor. Sin más derecho que el de su voluntad amparada por el cariño de Nogales, arrambló con el referido montón y se lo trajo á Barcelona, resuelto primero á saborearlo cuartilla á cuartilla y línea á línea, y luego á entregarlo á la *voracidad* de los editores... de buen gusto. En la segunda parte de esa agradable tarea estaba ya, es decir, cerrando tratos con editores, y publicando en LA VANGUARDIA parte de aquel montón de cuartillas, cuando el triunfo alcanzado en *El Liberal* dió notoriedad á Nogales en un día. Bueno y santo es ese triunfo para la nombradía de Nogales, pero debe de añadirse en obsequio á la verdad, que si no hubiera sido esa ocasión habría sido

otra cualquiera. Escritores como Nogales, si Dios les da vida y salud, llegan un día ú otro, llegan *fatalmente* á la plenitud de su triunfo, sean cualesquiera los obstáculos que transitoriamente le cierren el camino.

Aquel montón inédito estaba formado por los originales de *Mariquita León*, *El último patriota*, *Algas del fondo* y *Murrias*—allá como tres mil cuartillas escritas en poco más de un año, después del trabajo de que salen los garbanzos. — Las dos primeras son novelas que fueron vendidas al editor Sr. Maucci y sobre cuyas bellezas no queremos anticipar detalles, y las dos últimas son colecciones de artículos de una actualidad perdurable, puesto que están dictados por la observación fidelísima y talentuda de la vida social y de la naturaleza humana en un estilo sóbrio, natural y expresivo, que revela la depuración más acabada del gusto literario en la copiosa lectura de los clásicos españoles, latinos y griegos.

En la medida que por aquellas circunstancias estuviera en nuestras manos regular el orden de publicidad de estas primeras obras de Nogales, era nuestro propósito que primeramente fueran á manos del público las novelas; pero como pasan meses y meses, y el editor no ha podido ó no ha querido publicar las novelas cuya propiedad adquirió en Febrero, hemos resuelto formar un libro con algunas cuartillas de lo que Nogales llama *Algas* y *Murrias*, y con el título de *Tipos y costumbres* ofrecerlo á los suscritores de LA VANGUARDIA en particular y al público en general.

LA VANGUARDIA

A SUS SUSCRIPTORES

Este libro, XVI de la Biblioteca de LA VANGUARDIA, regalo de este periódico á sus suscriptores, corresponde al semestre segundo de 1900, que termina en 31 de Diciembre. Lo repartimos á nuestros suscriptores con arreglo á las siguientes

CONDICIONES QUE REGULAN LOS REGALOS DE

LA VANGUARDIA

LA VANGUARDIA publica cada semestre un libro de 200 á 300 páginas, ó menos cuando la obra es ilustrada, expresamente escrito por sus colaboradores para formar la biblioteca de LA VANGUARDIA, y los ofrece á sus suscriptores en las siguientes condiciones:

A los suscriptores que pagan por semestres adelantados, un libro cada semestre de **regalo.**

A los suscriptores que pagan por trimestres adelantados, les reconoce LA VANGUARDIA el derecho al descuento de un **(regalo) 50 por 100 del valor del libro.**

A los suscriptores que pagan por mes adelantado les reconoce LA VANGUARDIA el derecho al descuento de un **(regalo) 25 por 100 del valor del libro.**

Los suscriptores que pagan por trimestres y por mes pueden usar ó no, á voluntad, el derecho que LA VANGUARDIA les reconoce. Solicitando su derecho en la Administración, el libro se les entregará en el acto con el descuento marcado.

Los suscriptores que pagan la suscripción por mes ó por trimeste y que deseen convertirla en semestral pagando un semestre adelantado para tener derecho á la totalidad del regalo, pueden realizar su deseo solicitando ese cambio en la Administración ó por medio del repartidor ó del corresponsal.

LIBROS PUBLICADOS

LA VANGUARDIA ha publicado y regalado ya, con sujeción á las condiciones establecidas, los siguientes libros, cuyas ediciones están agotadas.

Memorias de un Menestral de Barcelona, por José Coroleu.

Notas y Dibujos.—De Barcelona á París.—En París.—Primer volumen, con 120 ilustraciones y texto de José Luis Pellicer.

Notas y Dibujos —En París —De París á Barcelona —Segundo volumen, con 120 ilustraciones y texto de José Luis Pellicer.

El Arte Escénico en España.—Primer volumen, estudio crítico por José Yxart.

Viaje á América.—Exposición de Caicago —Primer tomo; por Rafael Puig y Valls, con ilustraciones de varios artistas.

Viaje á América —Exposición de Chicago —Segundo tomo. por Rafael Puig y Valls, con ilustraciones de varios artistas.

Desde el Molino.—Artistas catalanes en París. texto de Santiago Rusiñol y dibujos de Ramón Casas.

El Arte Escénico en España.—Segundo volumen, estudio crítico por José Yxart.

Dibujos y apuntes—Album, por trinticinco artistas catalanes.

Impresiones de arte.—Viajes artísticos por España y el extranjero, por Santiago Rusiñol con 115 ilustraciones de Zuloaga, Mas y Fontdevila, Rusiñol, Utrillo y Oller.

Álbum de Notables.—Más de doscientos sesenta retratos.

La Guerra Hispano-yankee (álbum episódico).

Malalties de la vinya, per Joaquim Aguilera.

Busca. buscando, por Ezequiel Boixet (Juan Buscón).

Arte y Artistas catalanes, por Alfredo Opisso.

Tipos y Costumbres, por José Nogales.

Lo que abunda... daña

—Antes había más prestigios, no se manoseaban tanto las cosas respetables—decía en cierta ocasión un viejo amante de los prestigios y los respetos. Y todos dijimos que sí, porque es verdad.

No hace muchos años, cuando oíamos decir á un estudiante, «mi tío el general,» pensábamos, «oiga, un general, ¡como quien no dice nada!» Hoy lo primero que se nos ocurre es preguntar, ¿general de brigada ó... qué? ¡Ah, ya!

Lo mismo nos pasaba cuando oíamos decir «mi pariente el magistrado...» ¡Zambombas! ¡Un magistrado! Y es que para nosotros un general era

un hombre si lleno de plumeros y entorchados, más lleno de cicatrices y de canas, que en fuerza de servicios y trabajos y en último término también de buena suerte, lograba alcanzar el pináculo de la milicia, cumbre anhelada á la que tantos querían subir y tan poquitos llegaban.

Un magistrado era algo así como un antiguo consejero de Castilla: setentón bien conservado, hombre metódico, religioso, de ancho hogar y estrecha conciencia: dificultoso de ver: en casa, encastillado en sus Bártulos y Partidas: en la calle, encastillado en su coche tirado por dos mansas y viejas mulas: algo tresillista; en el dormir tempranero; gran madrugador por consecuencia; en lo suyo, asistente, y buen razonador en sus juicios.

¡Cosas de España! Como tantos querían ser generales y magistrados, no encontramos otro medio mejor que hacer generales á todos de coronel arriba, y magistrados á todos los jueces de primera instancia y aun á

otros que no lo habían sido ni municipales. ¡Adiós prestigio! Lo que abunda y se manosea no puede conservar el rancio respeto que avalora las cosas. Pongamos en cada cabeza de partido un Obispo, y, salvo el respeto espiritual que los católicos sentimos, tomaremos confianza, y habrá quien trate á S. E. como al sacristán de la parroquia.

«Los señores del margen» no van más allá en esto. ¡Cuántas injusticias, pretericiones, fatuidades y anomalías ministeriales tienen que tragar esos pobres señores! El parlamentarismo es el casco de la bestia de Atila; donde se asienta, todo lo bueno desaparece. Y del convencimiento de que el favor lo es todo y el mérito nada, viene el afán continuo de adelantar, de subir, buscando el amparo del gobierno, el auxilio del diputado, la simpatía del cacique... ¡Es un dolor ver, aunque no siempre, la antigua toga llena de barro, arrastrándose por esos lodosos caminos del favor y barriendo las antesalas ministeriales!

No es raro sino muy frecuente ver en un tribunal cualquiera, dos bien barbados veteranos con la toga deslucida en fuerza de servir, y un barbilindo haciéndose el bigote, ligero, superficial, entontecido, cándido más que sus vuelillos y confiado en la influencia del tío que juega al tresillo con el ministro ó de la prima que baila el cotillón en casa de fulánez ó de mengánez. ¡Así nos luce el pelo!

Para cada enfermo disponemos de no sé cuántas docenas de médicos; para cada pleito hay centenares de abogados; para cada causa pudiera juntarse un pueblo de jueces, cada compañía podría estar mandada por un general; para cada ahorcado se juntan cuatro verdugos; para cada empleo hay setecientos mil bachilleres y dos millones de sargentos y una humanidad de vagos...

¿Entonces—nos siguen preguntando los extranjeros—si todos ustedes son médicos, abogados, verdugos, empleados, magistrados, generales, minis-

tros... quiénes labran la tierra? ¿Quiénes conservan y aumentan la riqueza del país? ¿Quiénes lo defienden? ¡Brava pregunta! Las tierras se labran por el sabio método que nos trajeron los árabes: el comercio va entreteniéndose con el no menos sabio principio que nos trajeron los judíos: al país lo defiende ¡claro es! todo el que no tiene seis mil reales, el padre alcalde ó el cacique amigo.

El resultado lo hemos sentido no hace mucho, al pretender ametrallar con tradiciones á un pueblo que tiene más comerciantes que bachilleres, más industriales que licenciados, más soldados que generales, más cañones que expedientes, más hombres de ciencia que oradores y retóricos, más riquezas que recuerdos; en una palabra, más sentido de realidad que esta triste parodia de Don Quijote á deshoras, soñando defender imperios que se caían á pedazos.

Hace algunos años discurrió un ministro que, para mayor prestigio de

la toga y el birrete, fuesen los magistrados de pueblo en pueblo administrando justicia, según las perentorias necesidades de las villas y aldeas. Y fueron, aunque no duró mucho la *tournée*. Nada más justo, pensaría el ministro: puesto que entre magistrados, fiscales, oficiales, secretarios y alguaciles no han de llegar á tres docenas en cada Audiencia, y los testigos, peritos, procesados y público abonado montan más, natural es que los menos vayan en busca de los más, ya que por la ley de mayoría nos regimos. ¡Lástima grande que excursiones y ministro se acabasen á un tiempo!

Para los pueblos era un encanto: no se acababan nunca las emociones. Ahí están los títeres, se fué el andarín, llegó el capador, ya viene la Audiencia!... Y todo era espectáculos, diversiones y honestos esparcimientos de ánimo. Hubo alcalde de estos madrugadores que cortan un pelo en el aire en lo de arreglar festejos, que ya tenía redactado el programa de

los suyos. «Cuarto: se hará lo posible para que coincida con los festejos de feria la llegada de los señores magistrados, á fin de que los señores feriantes disfruten de ese espectáculo sin retribución ninguna.»

Todo eso lo hace el manoseo, la abundancia, el conocimiento de que un solo nivel nos cobija á todos en esta etapa dolorosa de las ambiciones y necesidades. España hierve en abogados, ¿qué camino real mejor que el de la magistratura? y ésta ¿qué otro camino tiene sino el del favor? Pues aquí del favor, la intriga, el padrinazgo, la política, que todo es uno.

Así vémos cada dos años, meses más, meses menos, un espectáculo que hiela la sangre... del que aun tenga eso. Cambia la política, es decir, cambia el personal de arriba, y cambia, por consiguiente, el personal de abajo. Los *procónsules* caen como una plaga del cielo sobre las míseras provincias. Procesos van, procesos vienen, los representantes del dere-

cho escrito «no dan paz á la mano, menean fulminando el hierro insano» contra alcaldes y concejales, unos delincuentazos según lógicamente se deduce...

Al poco tiempo, *pax sit vobiscum:* no eran criminales: fué un arrebato de la justicia, que también los tiene. Los dimisionarios se van á sus casas, los sometidos siguen en la del pueblo, la justicia llena el archivo de papelotes inútiles... ¡aquí no ha pasado nada! Nada más sino que si esos hombres eran inocentes, hemos perpetrado una atrocidad moral y jurídica: si eran delincuentes, hemos derramado el presidio en plena libertad sobre el fecundo campo de la política administrante.

Cada vez que un ministro dice que va á poner mano en tal ó cual cosa, nos echamos á temblar como azogados los pocos españoles que todavía no somos generales, magistrados ni ministros. Porque el arreglo ya se sabe en qué consiste; en aumentar

plazas. ¡La política trae tantos compromisos!

Y que se tire para arriba, que se tire para abajo, de ahí no salimos. El ministro ha de dar gusto al diputado, el diputado al cacique, el cacique á su cuadrilla... y en esta mutua complacencia de gustos y pareceres se funda el sabio sistema, sin el cual, claro es, seguiríamos siendo unos brutos.

Parlería

Dios nos dotó de lenguaje para que pudiéramos comunicarnos ideas y sentimientos. Esto no tiene vuelta de hoja. Ahora, lo que sí la tiene, es el uso que hacemos de ese caudal.

En todas partes se abusa de esta facultad maravillosa, pero en los países parlamentarios, y como cabezas de ellos en Francia y España, la parlería toma caracteres de una molestísima epidemia.

Entrambos pueblos han creado un dios nuevo para el Olimpo de las razas decadentes, la «Conversación.» Los franceses se envanecen de darle culto con todo un arte que es casi una ciencia: nosotros, más modestos siem-

pre, charloteamos por los codos sin arte ni reglas, á la buena de Dios.

¿Qué es el parlamentarismo, sino un diálogo perpetuo, incansable, morboso, una conversación fatigosa y perenne, que baja de las Cortes á la taberna, que sube de la taberna al café, que corre por el arroyo, que llena el aire, enrejado de alambres parleros, que se cuela por todas las rendijas, que la sudan redacciones, casinos, ateneos, cámaras, juntas, comités, asambleas?...

¿Qué busca todo ese enjambre que va y viene, entra, sale, se agita en calles y plazas, campos y trenes, oficinas y círculos? Sólo busca una cosa: conversación. Es la borrachera del siglo. Bien puede no haber pan: en habiendo conversación...

¿Conversación de qué, para qué? ¿Para comunicarnos ideas y sentimientos, como Dios manda? No. Para no comunicarnos nada, sino es la epidemia; para embriagarnos como con bebida insulsa; para *matar el tiempo,*

que cae siempre sobre el cadáver del sentido común, previamente despachado al otro mundo.

Séneca dijo que hablar mucho es señal de poco juicio; pero sería entonces: ahora el que más habla es el más juicioso. ¡Dios mío! Vean ustedes el grano que se saca en limpio de esta inmensa parva de la parlería triunfante. Empleen ustedes cuatro, seis, ocho horas oyendo conversar y, exprimiendo el matalotaje, digan qué sacan de bueno, qué de provechoso, qué de nuevo.

El apetito de conversación ha echado al hombre del hogar y vive en la calle, en el café, en el casino, en todas partes donde pueda pegar la hebra y no soltarla así lluevan chuzos. A la mujer, más dispuesta á la parlería por obra y gracia de la madre Naturaleza, también se le cae la casa encima y allá se va de tiendas, de paseo, de visitas, al teatro, al baile... ¿A comprar, á pasear, á cumplir deberes sociales, á instruirse, á recrear-

se? No. A charlar dé donde diere, á embriagarse también con el dulcísimo néctar del diálogo.

Nuestra conversación suele ser como los periódicos del día: leído uno, puede decirse que se han leído todos, salvo lo característico de cada cual. El mismo crimen, el mismo discurso, la misma corrida, el mismo estreno... Pero ¡cómo se desmigaja la nota por esos cafés y casinos y demás centros de instrucción y locuacidad!

Y como resulta que echando todo el tiempo en hablar no tenemos ninguno para aprender, se oye cada paralogismo, cada burrada hablando claro, que tiembla hasta el pavimento.

Loquaces linphe; aguas que murmuran, llamaban los romanos á este vano parloteo de la muchedumbre. Eso parece; ruido de agua corriente, que ni enseña ni sirve ni se fija.

La pobreza léxica correspondiente á la falta de estudio del idioma, no nos estorba nada. Para eso están las

socorridas muletillas: «que si fué, que si vino,» «si pitos si flautas,» «¿me entiende usted?»... Con esto, un par de *ajos* y otro par de refranes, todo español puede estar hablando las veinticuatro horas del día.

Asunto, no lo necesitamos. Todos los días sale el sol, y como unas veces hay nubes, otras no las hay, ahora se siente calor, luego frío, ya llueve, ventea, truena ó cae granizo, con esto tenemos bastante para darle á la lengua. Más saliva tiene la meteorología á su costa, que arenas tienen los mares.

Amistad ó conocimiento al menos con las personas para hablar, tampoco hace falta. Aunque estemos en un campo solos ó en un tren que va á todo vapor, en columbrando á un prójimo se nos alegra el alma; ¡ya cayó que hablar!

Si es de corteza vulgar, se le pregunta: «buen amigo, ¿para dónde se camina?» Si es más apersonado se le ofrece un cigarrillo; si va fumando se

le pide lumbre. Y ya está pegada la hebra. En seguida viene el consabido disparo á quema-ropa:—esa cara no me es desconocida... — Yo también quiero recordar... Y comienza un endiablado ejercicio de mnemotecnia para caer en si se han visto alguna vez, siquiera sea en la corrida de toros, uno en el tendido de sol y el otro en el de sombra. Si recuerdan algo semejante, tan amigos como Castor y Polux.

Un poco se hablará del tiempo; daránse mutuamente noticia fiel y circunstanciada del frío y del calor como si entrambos no lo supieran por experiencia propia.

Saltará después la política, tema inagotable y semillero de lugares comunes; vendrán luego todas las menudencias del día hasta que por sus pasos contados, si antes no forzaron el punto, vengan en conocimiento de la población en que cada uno vive. ¡Hombre! ¿Del pueblo X? Allí conozco á fulano.—¿Sí? ¡qué casualidad! Y

como entre los dos no hay nada común más que fulano, lo desmenuzan, lo zarandean, lo acribillan á fuerza de preguntas, respuestas, noticias, comentarios... Siempre hay un inocente fulano que hace la costa de estos encuentros.—¿Se casó? ¿Bebe todavía? ¡Conque se le murió un mulo! ¡Miren la suegra! ¿Pero ese hombre dónde tenía los ojos? Siempre fué bueno, pero torpón... En casa de mi prima nos reíamos las tripas con sus cosas.

Bien pueden ir los *interlocutores* á San Petersburgo, que hasta allí irá fulano dando pasto á la conversación. El caso es hablar de lo que no nos importa.

La conversación oficial tiene más bemoles. En ella entra la discusión política, científica ó literaria, el discurso de circunstancias, el brindis digestivo, la conferencia en Círculos donde arriba se juega y abajo se aprenden cosas tan importantes como «la civilización de los Alanos desde los tiempos primitivos hasta nuestros

días y sus relaciones con la política actual,» ú otros temas parecidos que escogen los oradores.

Aquí no se mueve nada sin que vaya un discursete por delante. El caso es hablar. *¡Loquaces linphe!*

«Quien mucho habla mucho yerra,» dice el adagio. La razón es que el que habla mucho estudia poco ó no estudia nada. De hablador á embustero no hay el canto de una peseta y esta es otra de las gracias, pues habiendo pocas verdades en el saco y no acabándose las ganas de charlar, forzosamente habremos de acudir al embuste y la patraña para que la máquina no pare. La charlatanería engendra soberbia y vanagloria y ambición, y de esto á la envidia no hay más que un paso. Trae de la mano á la pereza, porque al fin es más cómodo charlar á tontas y á locas que trabajar sea en lo que sea. La pereza llama á la escasez, la escasez al disgusto, el disgusto anula toda iniciativa prudente; todo esto, la guerra y el malestar en

las familias, amén del odio y enemistad con el prójimo que la costumbre de murmurar trae consigo, y, por último, el gran pesar de una muerte obscura tras vida estéril, agostada por una más estéril é importunísima parlería.

Villalobos conoció bien este vicio cuando tanto cargó la mano sobre él en su hermoso *Tractado de las tres grandes*.

Si abajo no vemos más que esto, arriba no hay otra cosa. ¿Qué hacen nuestros Gobiernos? Hablar. ¿Qué hacen las Cortes? Hablar. Nosotros nos desquitamos del mal que nos causan, hablando más y peor que Cortes y Gobierno. El *verbo* humano no ha podido llegar á más bajos menesteres.

A veces sueño con una humanidad muda, llena de dignidad en el gesto, trabajadora y severa, realizando su destino en el seno de un grandioso silencio. Sería contemplativa por fuerza, investigadora por estímulo propio; miraría cara á cara la enormidad

augusta de la Naturaleza, y ¡ya encontraría fulgores en los ojos para difundir ideas! La palabra es un tesoro... ¿quién daría tesoros á los imprudentes y á los fatuos?

Dice Quevedo en su donosa *Premática del tiempo:* Item, porque vemos que ya hoy día nadie dice «así lo calló fulano,» sino «así lo dijo fulano,» ordenamos haya cátedra para callar como las hay para hablar.»

Los griegos tenían esa cátedra. Sócrates y Platón es lo primero que enseñaban: á callar. Filósofos parlanchines no los ha habido nunca.

Si encargamos á cualquiera de hacer el análisis ó la síntesis de algo que no sabe ni conoce ¡qué de disparates saldrán! Pues esto hacemos todos... La conversación más insignificante es análisis ó síntesis de algo que el no conocerlo no nos sirve de obstáculo para la operación.

La antigüedad pagana nos dejó la sobriedad como una gloria. El oráculo no hacía discursos. La experiencia y

la razón se atrincheraban en el aforismo: la idea tomó del arte el «desnudo:» el arte tomó de la idea el resplandor... el héroe se revelaba en el gesto, en el grito, en la caída olímpica con que estremecía el suelo de la patria.

¿Habéis visto nada más concisamente hermoso que la predicación de Jesús, y al par, nada más vibrante, más tierno, más humano? ¿Concebiríais á Jesús pronunciando discursos ante Pilatos?—¿Quién eres?—Soy el que soy.—¿Qué predicas?—La Verdad.»

La palabra tiene su decoro como tiene el silencio su elocuencia. Cuando llegaron los tres amigos á confortar á Job en su estercolero, la presencia de aquella inmensa desdicha, de aquella tremenda caída del poderoso les trabó la lengua, y mudos estuvieron contemplando «siete días con sus siete noches.»

Al gran dolor lo profana la palabra,

¿Qué no profanaremos nosotros, qué no babosearemos, con este irrestañable flujo de hablar por hablar que es nuestra peor y ridícula epidemia?

Carta de "Monipodio"

AL HERMANO MAYOR DE
LOS «MURCIOS» DE HOGAÑO

Señor y amigo: Desde este lugar—que llaman infierno—adonde me trujeron pecados míos revueltos en otros ajenos, escribo á Vmd. como á buen cofrade, entre otras cosas, por divertir los forzados ocios de esta mi triste cuanto inacabable desventura.

Ya sabrá Vmd. cómo tras de una vida pecaminosa si las hay, hube muy cristiana muerte y dicen que serví de ejemplo. Morí con los cristos delante y el credo en la boca. Subí *á la de palo* con buen talante, sin desmedrar en un punto la entereza de mi condición, cual corresponde á hombre

de tantos hígados como fuí en el mundo.

Pernearon conmigo, al un lado Chiquinazque y al otro Maniferro y, á no ser yo del mesmo oficio, muriera como El Salvador, entremedio de dos ladrones. Caí sin encogerme, sin hacer gestos, con grande compostura y gravedad, tal como fuí siempre. Pusiéronme la caperuza de medio lado, conforme dejé muy advertido y pagado al secutor de este último lance y debí de parecer allá en lo alto figura de predicador más que de condenado.

Hiciéronme cuartos, sin duda por el desmedido amor que á los mismos hube, y en esta guisa, conseguí lo que Dios; estar en muchas partes á un tiempo. No dí lugar á los gusanos, que antes vinieron los pasteleros y así fuí tan repartido y desmenuzado, que toda restitución fuera imposible.

Por qué arcaduces llegamos á tan fiero extremo, dirélo en dos palabras.

Dimos un tiento á la caja de un ginovés y sobre si el reparto fué bueno ó fué malo, hubo sus dares y tomares con la justicia. El Alguacil de los vagabundos emperróse en decir que no se manifestó todo el hurto, como en conciencia siempre se hizo con grande puntualidad.

Hízonos mal de ojo la susodicha trabacuenta, porque á poco cogieron á Centopiés con las manos en la masa, quiero decir en un gran gato de reales que con mucho sigilo, como buen oficial que era, hurtóle á un ganadero y, aunque murcio famoso, dejóse pescar como un albur, y cogido por las agallas dieron con él en la «trena.»

Sufrió dos *ansias* sin despegar los labios, mas á la tercera, apretaron de modo, que Centopiés soltó un berrido y tras de él, abiertas las compuertas del miedo y rematado el ánimo, cantó de coro é hizo confesión general de todas sus culpas amén de las ajenas.

Alborotóse la justicia haciéndose de

nuevas; torcieron el gesto los Alcaldes; pasmóse el Escribano y el Alguacil se santiguó muchas veces, como quien oye por primera vez una muy curiosa y sanguinolenta historia... Entróles á todos un grande escrúpulo y un muy repentino temor de Dios, y así, poniéndolo por obra, cogiéronnos en la redada, y fuimos todos, mayorales, profesos y novicios á la Casa del Rey, donde nos mantuvo S. M. harto poco tiempo para lo que fuera nuestro deseo. Hubo muchas ansias, requisitorias y apremios: escribieron obra de unos cinco millones de pliegos y nos sorbieron los huesos hasta que no hubo señal de tuétanos.

Cuando estuvimos huecos y vacíos como cañaheja, nos mandaron á mí y á los dos bravos á cabalgar en el caballo de palo, que harto lo sufrieron los pescuezos; al Repolido lo echaron á gurapas por todos los días de su vida; hicieron á la Cariharta Ave fénix, que no hubo tantas plumas en el proceso como pegaron en aquellas

limpias y frescas carnes, y, cual más cual menos, todos sacaron su parte, que en esto se asemejó la justicia á nuestro antiguo orden, en que todos alcanzaban algo de lo corrido y garbeado.

No me valieron los obsequios que con la acostumbrada «popa y soledad» hiciéronme deudos y amigos; que hacia esta parte trujéronme en volandas, donde entre alguaciles ando, que ni aun los demonios son osados de asomarse, por lo mismo. Y aquí permanezco ¡oh cofrade! hasta el fin de los días, ocioso y desasosegado, sin tener otro divertimiento que el ver á la madre Pipota encender candelicas con tizones, como si aquí le fuesen á valer los santos, y el tocar de mis tejoletas cada y cuando me viene en gusto, que á solo esas niñerías quedan reducidos el alegría del ánima y el natural recreo de los sentidos.

Acaso, por tan estéril vagar dí en el deseo de inquirir lo que fuera de

mis hermanos en el mundo, y así hube noticias de vuesas mercedes que me alegraron en grande. Sé que asientan en nuestra Hermandad hombres de pró y de notorio respeto, y huélgome mucho dello, que á seguir como va, más ha de valer el asiento en la Cofradía que un hábito de Santiago. Afligióme al principio el sobresalto que os da la justicia de vez en cuando deshojando la flor de Correos. Mas no se asuste Vmd. que ni descubrirse han las otras flores, y aunque se descubran, todo viene á quedar en espanto, alboroto y meneo de curta y en gasto de papel á tontas y á locas. Lo más que puede ocurrir es que la soga se rompa por lo delgado y tenga la Cofradía que pagar estancias á cuatro infelices que no saben de la misa la media.

En los tiempos que corren es más que descansado aqueste oficio de garbear y hasta se dan credenciales: viva Vmd. descuidado, que ni lo palmearán un poco, ni lo echarán al

remo ni menos lo guindarán elegantemente, como en mis tiempos se hacía.

Apartados esos temores, amén del de la malquerencia del Alguacil y los peligros del «ansia,» puede Vmd. tumbarse sobre las plumas y dormir como hombre que tiene la honra en su punto y la conciencia en la faltriquera. A bien que ahora no hay ladrón sin carta de examen ni título para serlo.

Sustente Vmd. la honra de toda esa Hermandad, cual corresponde al cabeza y *tuautem* della, exprimiendo la flor y afinando la puntería todo lo más que se pueda, que ahora no hay ginovés ni judío que se deje cazar con liga como pájaro tonto, antes suelen cazar ellos con nada limpios señuelos y con endiabladas artes. Por lo demás, no haya miedo; que ahora anda la justicia haciendo elecciones, tal como la pintan: con una venda encima de los ojos y un peso en la mano, como mancebo de abacería.

Dé á los hermanos «murcios» mis encomiendas, á los cuales y á vuesa

merced espero ver por estos lugares, conforme el Señor sea servido de irlos enviando, y en el entretanto, á todos beso las manos—si no están ocupadas —y á Vmd el primero, como es de razón y buena crianza.

—

P. D.—No envío estas letras por el correo porque no llegarían á vuesa merced aunque no llevan tripas. Enviólas con un diablillo novato que va á tomar liciones de un concejal.—Vale.

La fiebre gárrula

Un diluvio de tinta nos ahoga: el papel impreso nos sepulta: la imprenta es un monstruo al revés; no devora, ¡vomita!

Frutos en sazón, muy pocos: precoces casi todos, como si la precocidad fuese una plaga de nuestro tiempo, una consecuencia de la facilidad con que unos y otros nos molestamos. Para escribir, ¿qué se necesita? Poca cosa: tener ideas. Y para tener ideas, ¡cielo santo! ¡qué de trabajos y qué de amarguras!

Para que el fruto sea bueno, se requiere que sea serio. La seriedad no consiste en la forma, como no consiste en el gesto: consiste en la sinceri-

dad. Y, ¿hay algo más raro y extraordinario que la sinceridad? Tenemos los museos rellenos de convencionalismos, de ficciones, de embustes. Nos nutren con eso en el claustro materno; con eso nos crían; con eso echamos la primera raíz del conocimiento, con eso vivimos, nos engañamos y morimos. La sinceridad tiene que reñir con todo eso que forma una naturaleza artificial: es una especie de milagro: tanto, que muchos santos están en los altares por haber sido sinceros.

Por poco que piense un hombre, algo puede enseñar á los otros. La cuestión es que diga lo que piensa. La gran fuerza del error no reside en el error mismo sino en la falta de sinceridad de los hombres para confesarlo. ¡Cuántas cosas malas, cuántas leyes injustas, cuántos abusos, qué de imbecilidades se perpetúan por este miedo á la verdad que sella nuestros labios, por este hábito de la mentira que dicta nuestras acciones!

Y, como todos estamos en el secreto, nos oimos unos á otros como quien oye llover. La balumba impresa, el diluvio de tinta que nos ahoga, apenas arrastra unos cuantos átomos de la verdad eterna en su turbio oleaje. De ahí lo efímero de ese fárrago que nace viejo. Es muy difícil interesar, porque no nos es dable á todos el poder de llegar á lo hondo y con perfecta sinceridad humana punzar la fibra hasta que duela, aunque no se obtenga otro resultado que determinar el hecho, la existencia del dolor como testimonio de vida.

Todo cuanto se escribe debe ser producto de propia observación, aunque se refiera á observaciones ó estudios ajenos. Y para que el espíritu observe, para que se ponga en condiciones de análisis, primero, y realice después las grandes síntesis que señalan la plena madurez intelectual, exige muchos esfuerzos, largas vigilias, un disciplinado ejercicio en que hace prodigios la voluntad.

Las prisas de nuestra pobre vida, el ansia moderna de llegar pronto, antes que los demás, nos hacen coger el fruto verde, un fruto que no sirve para nada, que se seca y se pudre sin que diente alguno guste de punzar sus asperezas. Entre el brótano amargo del manzano después de soltar la flor y la manzana sazonada y dulcísima ¡apenas hay diferencia! Y sin embargo, entrambas cosas son una misma: entre una y otra no hay más que tiempo, trabajo del sol y de la savia, transformaciones sosegadas y lentas de las eternas fuerzas naturales.

Uno de los peores enemigos que tenemos es la precocidad. ¡Esa pobre juventud que se aniquila en un trabajo estéril y sin sustancia! Los románticos vestían á la precocidad con la pompa de un manto imaginario. No era preciso observar; no necesitaban del estudio ni del análisis..... ¿A qué desvelos? ¿A qué esfuerzos fatigosos de la inteligencia? La «Inspiración» lo suplía todo.

¡La inspiración! Una cosa de fuera á dentro, que caía allá de lo alto, según ciertos caprichos de los «númenes.» Podía ser uno un porro, pero en antojándosele al *numen*, Homero se quedaría en pañales.

«Que es la razón un tormento
Y vale más delirar
Sin juicio, que el sentimiento
Cuerdamente analizar,
Fijo en él el pensamiento.»

Esta especie de Credo romántico hecho por Espronceda, lanzaba á nuestra juventud á todos los peligros de la publicación.—Si vale más delirar sin juicio que analizar cuerdamente, aquí estamos nosotros, que en punto á delirar, gracias á Dios, no somos mancos.

Pasó aquella ráfaga calenturienta, con sus desesperaciones fingidas, sus orgías retóricas, y todos los convencionalismos funerales del género y proclamamos el reinado tranquilo de la observación. Pues la precocidad

sigue haciendo de las suyas: precocidad con relación al árbol y con relación al fruto.

Nuestra *ingesta* suele ser atropellada, incoherente, algo brutal. La observación, somera; el análisis, un golpe seco para partir el cachivache y ver los pedazos... y en seguida, á publicar, á engrosar el chorro copioso de la letra de molde, á hacer que vomite el «monstruo,» á subir una línea el montón de papel impreso con que nuestros hijos podrán hacer mañana otras «pirámides.»

Nuestro modo de vivir no es el más propio para obtener la madurez de juicio que necesita el hombre que quiere decir á los otros lo bueno que discurre. El estudio del mundo, de lo que nos rodea, exige dos períodos: uno de contacto, otro de soledad. Esta es la gran maestra, siempre que preceda la observación.

Pocas verdades salen del casino: muchas salieron del claustro, del desierto y de la cárcel. El espíritu es

un diamante que con su propio roce se afina y aclara. Sus facetas son infinitas. Es incalculable la potencia intelectual que uno mismo desarrolla. La luz, enfocada, incendia: desparramada por el espacio y por las cosas, se debilita y se pierde. Los hombres somos luciérnagas; todos llevamos el aparato... ¡muy pocos lo utilizan!

Lenta, lenta, majestuosamente segura en toda operación es la Naturaleza. Jamás se apresura y llega á tiempo. Ella no salta, no arrolla, no tiene las prisas febriles de lo que pasa y muere. La acción del Infinito es una especie de reposo enorme en que todas las fuerzas obran concordes en ese telar inconcebible del Universo.

¿La ansiedad? ¿La premura? ¿El afán de truncar la acción y de trastornar las cosas? Eso es propio del hombre; del «rey de la creación» como él mismo se llama. ¡De la creación, nada menos! Un rey carnavalesco, con una corona de abrojos y un espléndido manto de necesidades.

Hay que pensar: hay que madurar: hay que sazonar el fruto antes de arrancarlo y entregarlo como pasto á la especie. Lo demás es garrulería, ruido de sonajas, esquilmo inútil de la masa cerebral, desequilibrio de esa máquina moral tan admirablemente dispuesta para fabricar el poco saber humano.

Que lo que se piense sea bueno: que se diga lo que se piense y se diga lo menos posible, ese sería el ideal. El monstruo de la publicidad llegaría á ser algo tan respetable como la Naturaleza; el raudal fresco y perenne de las ideas tamizadas por una selección que las dignifica. El cambio del producto intelectual perfectamente honrado y sincero, cambiaría el aspecto del mundo.

Sin esta sinceridad y con esta abundancia, es preferible el silencio.

La Gran Bestia

Creo firmemente que si entre los corderos saliera un César que fundase su principal mérito y ejercicio en matar corderos, estaría entre ellos muy mal visto. Creo que cualquier bicho, ave ó res que sacara esta gracia, sería inevitablemente destrozado por sus congéneres ofendidos... Entre los hombres ya es otra cosa. En algo nos hemos de diferenciar.

¿Quiere usted ser un *grande hombre*, un genio, un ejemplar extraordinario? Pues á matar á destajo. Mate usted como si no hubiese otra cosa que hacer en el mundo, y ya verá usted cómo los que quedan le miman, le festejan, le enriquecen, le ponen

sobre el pavés... y hasta le regalan una herramienta de honor.

Los hombres somos así. En cuanto sabemos de alguno que no repara en pelillos y sabe rebanar cabezas ó echar tripas al aire, ya estamos todos con la baba caída. ¡Este, este es el hombre! nos decimos, y ya «el hombre» no necesita de nada. El lomo humano es el trono más seguro.

«¡Saul mató mil, y David diez mil!» cantaban las hermosas judías, al son de palterios y panderetas, cuando las huestes regresaban de hacer primorosas tortillas de filisteos.

Y, naturalmente, según esta regla de proporción, David valía diez veces más que Saul. Estas matemáticas no marran nunca.

Jerjes ¡qué gran figura! Más de un millón de hombres llevó al matadero. La especie agradecida no puede pasar con indiferencia ante esta figura histórica que hiede á sangre.

¡Alejandro, los Césares, Atila, Napoleón... qué hermosos carniceros!

Los coronamos de laurel, les dedicamos templos... En el fondo de esta inevitable admiración por el que mata, creo que se agita un sentimiento de desprecio, de soberano desdén, de repulsión acaso, del hombre hacia su misma especie. «¡Que la aplasten, que la desgarren, que la devoren, que la hagan polvo y se la lleve el viento: en quedando yo!...» Es lo que quiere decir el sentimiento ese, y, como no *habla* claro ó los hombres no entendemos mucho, la forma de expresión más fácil y ordinaria es el imbécil culto al genio, al héroe, al dios... al que sabe llevar las multitudes como rebaños á que las aplasten y destruyan.

Parece que el hombre se ha formado como esas rocas plutónicas, por súbitas y espantosas dislocaciones de la Naturaleza. En el orden natural los seres se mueven por un impulso eterno: la necesidad. El hombre es el único que se agita por un impulso ilógico: la ambición. ¿Que es cruda la

causa y visible el impulso? pues se los disfraza admirablemente con los nombres de honor, dignidad, derechos, expansión, filantropía civilizadora... y para aplacar á estas deidades, ya se sabe; muerte de hombres en montón, sangre, carroña, festín de cuervos, abundantísimo abono humano para devolver á la tierra su fertilidad estrujada.

Todavía hay terapeuta que opina que es un estorbo la sangre, y la saca sin piedad, como si por la rotura de la vena entrase la salud á raudales. La humanidad sigue opinando que es conveniente una sangría en masa de vez en cuando, para aclarar la tierra, para aliviarla de parásitos, para disminuir esta enfermedad que somos nosotros.

Vino Napoleón, y con escrupulosidad militar cumplió cierta consigna... la de ametrallar á la muchedumbre desde las Tullerías. ¡Qué espectáculo tan gracioso!—Oiga: ¿por qué no he de ametrallar por cuenta propia? El

efecto es el mismo y algo iré ganando.—Y á poco, volvió esos mismos cañones contra el Directorio, y él solo fué el genio, el héroe, el dios.

—¿Les parece á ustedes que hagamos un Imperio?—y el berrido del pueblo le garantizó el propósito. La humanidad seguía siendo una hermosa bestia, una especie de elefante colosal al que enseñaron á pelear desde chiquito, y encuentra muy divertido eso de matarse á trompazos.

Millones de hombres sucumbieron, los unos gritando ¡conquista! los otros aullando ¡independencia! Europa parecía una casa de locos. Duró aquello unos cuantos días, unos cuantos años, que es lo mismo, hasta que un paso mal dado hizo caer al Emperador. El Imperio se disolvió como un poco de sal en un vaso de agua: todo aquel grandioso *infundio* se fué bajo el legendario capote gris á Santa Elena: la reacción siguió á la revolución: el ir y venir del péndulo histórico señaló con su balance el término de aque-

llas sangrientas locuras. Quedaron millones de hombres sobre el campo, bajo la tierra en los pozos de España, en las estepas rusas, en toda la superficie de Europa... Y ¿para qué? Para nada, por nada, por un capricho hiperbólico de la ambición; por el antojo que tuvo un hombre de hacer un mapa nuevo. El rebaño, la gran piara de imbéciles mató y se dejó matar entonces como antes, como ahora, como siempre.

Debe de ser una necesidad orgánica esta que sentimos. Individualmente, tras del agravio salta la idea de la brusca eliminación del agraviante, correctamente, por medio del ritual establecido por el «Código del honor,» ó incorrectamente, á espaldas del Código penal. Colectivamente ó en manada, sentimos periódicas ansias de rompernos la crisma con cualquiera, por un subir y bajar de banderas, por robar unas islas, por asegurar un camino, por emplazar una fortaleza, por vindicar una injuria del tiempo

de Mari-Castaña, por dar que hacer á los músculos, por hacer de bestia sin disfraz un poco de tiempo...

El arte se apodera de estas cosas tan sutiles, y allá va el lienzo heroico, la estatua académica, la estrofa vibrante, el himno arrebatador, y ya tiene un pueblo el puchero asegurado.

Dentro de cada pueblo, vea usted lo que pasa: ¿Hay poca libertad? pues para tener más no hay sino cortar cabezas, reventar á unos cuantos de los que no les va ni les viene; hacer una revolución, en una palabra. Porque pensar que las libertades y los demás bienes caen del cielo, es pensar en lo imposible. Para eso nos han dado la Razón; para que la usemos cuando nos dé la gana. ¿Qué hay sobra de libertad? pues la reacción y la letra, con sangre entran: se despanzurra á unas cuantas docenas de ciudadanos, y la libertad ella sola se encoge que es un primor. Todo está sabiamente ordenado y previsto.

¿Qué ve usted por donde quiera que va? Glorias militares; fuerzas militares; sables y fusiles; cañones y lanzas. En todas las fiestas, en todos los espectáculos, en todos los regocijos, en todas las solemnidades, verá usted por encima del rebaño sudoroso el cañón del fusil, como una advertencia. ¡Qué alta idea tenemos de nosotros!

Si usted no puede matar hombres por falta de ocasión ó de voluntad y no se le acaban las ganas de ser grande, rico, célebre, mimado, festejado, adorado por la «gran bestia,» échese usted á matar toros, que el resultado es el mismo; y desde lo alto de un testuz, podrá usted despreciar á la humanidad muy á sus anchas.

¡Dios te la depare buena!

Había en cierto lugar un médico—el cuento es muy antiguo, creo que hasta en *Don Gil el de las calzas verdes* lo he leído—al que por su ninguna ciencia y extravagante manera de curar, acudían enfermos, que no lo dejaban. Y como de diez leguas á la redonda cargase la pobrea llenándole todos los días el zaguán y parte de la calle, acordó el médico hacer provisión de recetas, que en apretado paquete llevaba en la mano cuando salía.

Rodeábanlo al punto enfermos y lisiados y, sin dejarlos siquiera pipear, repartía recetas como pan bendito y á cada uno decíale: «¡Dios te la depare buena!»

No otra cosa digo cada vez que veo á un prójimo en el banquillo de los acusados, con doce ó catorce jueces por delante, tres magistrados dormitando ó limpiándose las uñas allá en el foro, un fiscal no muy enterado del asunto á un lado y un abogado tan enterado como el fiscal, al otro.

Mil veces nos había dicho Castelar, en su estilo *rococó*, que en teniendo sufragio y jurado de añadidura, no habría seres tan felices como los españoles. A la vista está.

En todas estas cosas hay que principiar «por el principio,» y el principio y fin de todas las cosas nuestras es el cacique. La lista de los señores jurados la hace el juez municipal con el visto bueno de su señoría. Con esto, nada hay que decir de qué clase de listas serán esas.

Por bruto que sea un señor jurado no deja de comprender que lo llevan á ciegas, á salga lo que saliere, y que de todo aquel fárrago de fórmulas rituales y curialescas, de lecturas atro-

pelladas é incoherentes, de testigos mentirosos, de discursos floridos ó retumbantes, que por lo regular retumban por eso, porque están vacíos, de dimes y diretes que no vienen al caso, bien poco ó nada puede sacar en limpio para decir *sí* ó *no* como Cristo nos enseña y la sociedad le demanda.

¡Cuántas veces dice una cosa por otra y es el primero que de su obra se sorprende! Porque parecía natural que tratándose no más de hechos que han ido sucediéndose y que tienen que afirmar ó negar lisa y llanamente, lisa y llanamente se le preguntara al Jurado y allá que á tuertas ó á derechas respondiese. Pues no señor; hay que hilvanarle más preguntas en estilo fino, entremezclando conceptos morales con indicaciones de hecho, largas y tendidas, abrazando estados distintos y á veces contradictorios del hecho que se trata de esclarecer, y formando á la postre un lío en que ni jueces, ni jurados, ni abogados, ni fiscales se entienden,

—¡Veremos en qué para esta música!—dice el procesado para sus adentros—¡A bien que no faltarán costillas que lo sufran!

Cuando sale de todo aquel pisto una atrocidad que llama la atención—lo que quiere decir que no cabe en la casa—todo el mundo la ve, la siente, la comenta, se compadece un poco de la víctima y se marcha con la conciencia tranquila.

El abogado descarga la suya en el fiscal: el fiscal en el Tribunal: el Tribunal en el Jurado: el Jurado en el Tribunal, que es á modo de lo que pasó en la *venta*: «daba el arriero á Sancho, Sancho á la moza, la moza á él, el ventero á la moza...» sólo que aquí todos los palos, mojicones, sustos y sobresaltos caen sobre uno solo: el único que no se mete en nada.

Aunque institución de ayer mañana, el Jurado está lleno de preocupaciones y agorerías. En los delitos contra la propiedad es cosa tácitamente convenida que hay que apretar la

mano. Todos los pequeños propietarios, los tenderos, los labradores, se espeluznan ante el amigo de lo ajeno. Y el que cae por su banda, ya está fresco. En otros delitos, en los que hay sangre por medio, manga ancha.

Como todos nos conocemos, los señores jurados saben á qué atenerse respecto á la prueba testifical. Ellos también han sido y serán testigos cuando llegue la ocasión. En cambio otras clases de prueba los convencen en un santiamén. Por ejemplo: á fulano lo acusan de homicidio: no hay pruebas directas y aun las indirectas flaquean en muchos puntos, por todo lo cual está expuesto á salir en palmas, perdiendo la ración gratuita que da el Estado. Pero he aquí que llega un testigo y se le ocurre recordar que hace tantos ó cuantos años, cuando el procesado estaba en la escuela, tiró una pedrada con honda á la vaca del tío cetano, de la cual pedrada, el animalito perdió un ojo, y fué poco perder para como fué el hondazo.

No he menester de otra prueba— exclama el Jurado—este bribón ha sido. Un chico que hace eso con una inofensiva y decente vaca, cuando el *nene* andaba en la escuela, al llegar á ser hombre no hay hombre seguro. Y á ver quién le saca este clavo de entre ceja y ceja.

Lo que da frío y temor y espanto, es considerar que de no haber tenido aquel testigo tan excelente memoria, ó haberse alicortado un poco, ó en último término, que si la pedrada infantil, en vez de dar en un ojo á la vaca, le da en un cuerno, aquel criminal se salva de aquélla, y sabe Dios el tiempo que hubiese seguido atentando contra las vacas y los hombres, es decir, contra la sociedad en sus distintos aspectos!

Ir á presidio... ¡no es nada lo del ojo!—¡Echa salero!—decía un procesado interrumpiendo al señor fiscal, en lo más sugestivo de la petición. Tratábase de un reincidente, así es que de los elocuentes labios del Minis-

terio público—que se llevaba mal con la señora, y había días que á sí mismo se acusaría gustoso por ver si lo quitaban de aquel suplicio conyugal —iban saliendo años, meses, días, indemnizaciones y costas, responsabilidades subsidiarias y...—¡Echa salero!

—¿Qué dice el procesado?—Na. Que á su mercé le paecerá que el presillo es una confitería!

Las cosas de la justicia—deciame un Licurgo rural—aunque mala comparación, son lo mismo que las de los sacristanes. Entra un sacristán novato y la iglesia le parece un mundo. Anda de puntillas y haciendo más reverencias que jinete en burro; coge las imágenes como si fueran niños recién nacidos... Al poco tiempo mírelo usted, en dos trancadas se lleva la iglesia, riñe con las beatas y no excusa las voces; manda á trastazos y repelones á los monaguillos, apenas si da cuatro cabezadas ante el altar, y eso como de mala gana, entra con la colilla en el puño, blande la caña y

coge á las imágenes como si fuese á descalabrar con ellas á los fieles...

Dice *La Celestina* que «la costumbre luenga amansa los dolores, afloja y deshace los deleites, desmengua las maravillas.» La costumbre luenga es una lima sorda, es verdad, pero hay cosas que no debieran limarse.

De los tres grandes bienes del hombre: la vida, la hacienda y la libertad, acaso esta última sea el más apetecible. Porque, ¿qué diantre de vida ni de hacienda puede el hombre disfrutar sin libertad! Y detrás de su pérdida ¡cuánta ruina puede venir! El hogar desierto, la prole hambrienta ó prostituída, la hacienda disuelta, el deshonor alejando toda esperanza de regeneración posible... No sucederá esto siempre, pero sucede alguna vez. Antes de tocar á eso, á un ápice de la libertad humana, no sé como hay quien no tiembla y se pone bien consigo mismo, y asegura bien de todo tardío arrepentimiento y sobresalto su conciencia; porque un error y una

piedra tirados en la obscuridad, Dios sabe lo que destruyen y todo el mal que socialmente pueden producir.

¡Qué tiempos, Dios mío, si es que de verdad existieron; qué tiempos aquellos en que, según el «Ingenioso Hidalgo,» «la justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interés, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen.»

Realidad

No recuerdo ya cómo vino rodando el tema. Habíamos arreglado el mundo desde la mesa de aquel café madrileño con piano de cola, y sin duda no teniendo ya nada que hacer con la Rusia, la Prusia, la Francia ó la Inglaterra, nos fuimos acercando, acercando, hasta poner las pecadoras manos en esta descompuesta máquina de nosotros mismos.

—Sí, señores—decía un filósofo de estos que Menéndez Pelayo llama «autodidactos,»—en el mundo no hay más que un solo afecto hondo, verdadero, general, común á todas las especies: El cariño de los padres á los hijos.

—¿Y el de los hijos á los padres, es grano de anís? interrumpió otro filósofo.

Un tercero les puso de acuerdo, quedando asentado y convenido que no hay más que un afecto humano digno de la mayor consideración y respeto: el cariño de los padres á los hijos y de los hijos á los padres, ley inflexible de naturaleza que ninguno puede eludir.

—¿Qué tal? Preguntaron á un contertulio que yo no había visto nunca. Me parecía hombre serio, mejor, hombre triste.—¡Phs!... dijo.

—¡Cómo phs! Me parece, caballero, que nadie podrá poner en duda nuestras conclusiones. El afecto paternal obedece á una ley fija, universal é inmutable. ¡Esa no la falsean los hombres! ¡Que me echen encima todas las leyes que quieran prohibiendo que ame á mis hijos!

—Tampoco los amaría usted porque otra ley se lo mandase.

—Claro que no. ¿Pero eso qué tiene que ver?...

—Nada. Y aquel joven serio volvió á recogerse en su pensamiento con esa silenciosa melancolía del hombre que tiene penas.

Cuando salí del café aun quedaban mis amigos discutiendo el punto con un encarnizamiento digno de mejor causa. Porque uno de los invencibles impulsos de nuestra raza es el de discutir, porfiar, mejor dicho, sobre cuestiones en que de antemano estamos de acuerdo.

En el mismo corazón de Madrid, entre el estruendo de la multitud que va y viene llenando las aceras, bajo la lluvia resplandeciente de la luz eléctrica y el trueno continuo de los coches que van á escape, entrecogióme una bruja que llevaba una niña de la mano. Iba ya á cometer la necedad de darle una limosna, cuando reparé en el ángel y ví que le habían cortado las alas. El gesto, el guiño, el afeite, la sonrisa, eran una espantosa

mueca de procacidad impúber... ¡Pobre fruta caída á palos del árbol, verde y recia aún y con un gusano dentro!

La bruja baboseó unas palabras... ¡era su hija! Y para estimular el apetito de los decadentes la exponía así, profanando la túnica pueril, manchando con el lodo de un comercio infame los albos cendales de la inocencia. *¡Ubera non habet!* decía en castellano sucio, repitiendo aquella frase del Cantar Salomónico, que en su boca tomaba olores de alcantarilla.

—¡Es el afecto paternal, único del mundo!

Al sentir el restallido de aquel sarcasmo, volví la cara y encontréme con la del hombre triste. Cogió mi brazo y me arrancó de aquel horror.

A medida que hablaba yo iba como recordando...

...—Señor, yo conozco á este hombre, y ahora no caigo.

—Eso les pasa á muchos. Me conocen... ¡y no caen!

—¡Hola! ¿Respondes al pensamiento? Razón de más para que no te suelte. Y seguimos paseando y charlando como dos antiguos y queridísimos amigos.

—Hé ahí un hombre feliz—dije—la satisfacción de vivir brilla hasta en la pechera de su camisa. El hombre feliz descendió de lujosa berlina, alzóse el cuello de pieles, relampaguearon los brillantes y entró en el Casino, dejando una estela en que los miserables se sumergían como en un baño.

—Ah, le conozco. El pobre tiene una pena muy grande... su padre ha dado en la manía de no querer morirse. ¡Hay padres bien crueles en el mundo!

Lo miré con asombro. ¿Se estaría burlando de mí?

—Hay por medio ese padre paralítico, un título y algunos millones... y además una ristra de deudas.

El chico viene al Casino y juega: si gana, lo reparte entre otros pobres, el cafetero, la corista, el empresario, la buscona... Si pierde, va en busca de un usurero. Este no le falta. ¿No sabe usted que cada árbol tiene su insecto? El hijo echa sus cuentas: si el tiempo no corriera más que para los viejos... ¡pero si corre para todos!

—Pues estaría bueno, que cundiera esa doctrina.

—¿Que no cunde? Oiga usted un diálogo entre la sociedad y ese hijo desgraciado:

La sociedad. – ¿Papá no mejora, eh? ¿Cómo está?

El hijo.—¿Cómo ha de estar? Sufriendo. ¡El pobre! Es un dolor ver lo que sufre.

La sociedad.—Por mucho que nos resistamos á la idea, la verdad es que al llegar á esa edad, á ese estado... Dios debiera acordarse de nosotros. Sí. ¿Qué nos brinda ya el mundo? Tristezas. Este es un valle de lágrimas, etc., etc.

El hijo.—Lo comprendo así. ¡Pero la sombra de un padre!...

La sociedad.—Ese es nuestro egoísmo. Queremos tener la sombra aunque sea sufriendo. Bien mirado eso no es caridad.

El hijo.—(Entre cuero y carne). Y ¿qué quiere usted que yo le haga, si no se muere?

La sociedad.—(Con segunda). ¡Resignación! Lo que en buenas palabras quiere decir, «aguántate, porque no es cosa de que le des un billete para el otro mundo.»

Mire usted esa mujer anciana, respetable, tranquila... ¿Qué lleva debajo del abrigo? ¿Un paquete tal vez? No. Un hombre.

—¿Está usted loco? ¡Un hombre!

—Un hombre que acaba de nacer. Se trata de una familia honrada que usted conoce. Pero hubo algo más fuerte que la honradez; el amor. Después vino algo más fuerte que el amor; el instinto. Ahora viene algo más fuerte que el amor y que el ins-

tinto; el *qué dirán*. Resultado: una cucharada de néctar, un delirio, un brinco de los nervios, la brusca é intensa vibración del sexo... y allá va ese envoltorio anónimo á cargar con todas las desdichas, con todos los desprecios... Su primer llanto fué reprimido á punto de asfixia, como un insulto al mundo á que lo trajeron: el último, Dios sabe donde se lo ahogarán. En el presidio acaso.

—¡Oh, por Dios!...

—Los salvajes tenían ídolos sangrientos: en vez de dedicarle oraciones, le mataban hombres. ¿Vé usted esa casa? Es triste. ¿Verdad? Lea usted: «Templo del *qué dirán*.» Yo me descubro ante todos los templos. ¡Que si el dios es fuerte!... Esa pobre mujer sabe que es sangre suya la que palpita debajo de su abrigo. Tenía locura por aquel nietezuelo, sentiría el encanto de vivir otra vez con sus caricias de ángel... Pero ¡y aquel dios, aquel dios ceñudo, imponente, que es más grande, más poderoso que

la impasible Naturaleza! Y llevando en sus brazos una vida con todos sus poderes y responsabilidades, finge tranquilidad, miente alegría, clava en su boca una sonrisa de máscara para despistar al mundo, para dar culto servil á la bárbara deidad que pide su víctima.

Ya está. Abrese el agujero... suena la campana. ¡Ya no hay lazos! ¡Ya no hay sangre que grite! La ola anónima borró con su piadosa amargura las huellas de un crimen... ¡Detrás de aquel torno empieza el áspero camino de la eternidad, lleno de lágrimas! Y en el húmedo seno de la noche responden el clamor de la campana aquella, el grito de triunfo del *dios* social y el ¡ay! formidable de la inmensa Naturaleza profanada!

—¡Pero este es un mundo inicuo!

—¿Inicuo? La palabra es fuerte. El mundo no tiene parte en la iniquidad de los hombres. Bastante hace con soportarlos. En el *censo* zoológico, la especie humana es la partida más

pobre. No hay que ofender á las demás especies porque haya una que despunte de soberbia, de imbécil ó de loca.

—¡No, no y no!—dije revolviéndome.—El hombre es el rey de la creación.

—Vaya, pues mande Vuestra Majestad á la hormiga que no saque sus larvas al sol después que ha llovido: ordene al escarabajo que trabaje en materia más limpia; á la ostra que se disgregue del banco; á la golondrina que ponga sus huevos en la arena... al rayo de sol que descubra todos sus colores; á las cosas que muestren sus infinitas propiedades. Un reyezuelo africano, al asentar el último mojón de su reino, que tendría tres leguas, decretó que más allá no había cosa digna de ver en el mundo. Nosotros decimos que las cosas tienen cinco propiedades, porque sólo tenemos otros tantos sentidos para apreciarlas. Ponemos ahí el mojón y declaramos que más adelante ya no hay nada.

—Sí hay. El espíritu inmortal, la inteligencia creadora!

—Esa es nuestra corona... y nuestro tormento. ¡Una corona de espinas! Pero sigamos descubriendo cosas. Hablábamos del afecto paternal... he ahí esos niños, duermen. El umbral es su lecho. Si tienen frío se aprietan unos con otros: eso hacen las ovejas, y como á éstos, nadie se lo ha enseñado. Si la escarcha los cubre, se levantan, se sacuden y en paz. Viven como los gorriones, entregados por entero á la Providencia. Tienen padres, ¡qué padres serán! Tienen prójimos, ¡qué prójimos serán! Y cuando la Providencia nos los entrega hechos unos hombres, diciéndonos: «Ahí va eso,» les pedimos cuentas y les exigimos una porción de cosas que ellos no han visto ni oído: orden, honradez, amor al trabajo, cultura, religiosidad, decencia...

Es como pedir á una ostra la partida de nacimiento. No hay duda que el amor paternal va haciendo su efec-

to en estos pobres seres. Aquella mujer echó á su nieto al abismo: los padres de estas criaturas no se impusieron ni siquiera ese trabajo. Las dejaron sencillamente en el arroyo. Ese es su mundo, y como en todos, hay dolores y felicidades. ¡Cuán fácil sería devolver á cualquiera de estos *golfitos* su padre, su madre, el hogar del que fué expulsado... ¡pero sería una crueldad!

—¿Una crueldad? No lo entiendo.

—¿Quiere usted ver como ese de la blusilla, el más chico, no sólo tiene padres, sino tíos y primos, una parentela casi tan larga como Jacob? Pues manos á la obra.—¡Eh, amigo mío, despierta! Vente con nosotros; esta noche tendrás cama de príncipe; mañana una renta vitalicia que yo, filántropo con recámara, te impongo en el Banco.

Mañana, ¡Dios me perdone!, este chico no va á tener tiempo para conocer parientes. Verá usted qué explosión más tierna de amor paternal,

¿A dónde va ese señor corriendo?... ¿Alguna desgracia? ¿Incendio, robo, asesinato?...—¿Qué es eso, señor don Fulano? ¿No puede usted hablar porque la pena le ahoga? Botica... sereno... médico... ¡ya caigo! ¿garrotillo? ¡horrible, horrible! y el cuarto hijo... ¿Que todos se quieren igualmente? Ya lo creo. Pero el enfermito, el débil, el que se va... Comprendo esas angustias que estrujan las entrañas. Nada; á casa. Este no es el camino de la salvación sino el camino del *Viaducto*. No hay que hacer locuras, señor don Fulano. Quedan otros que también se quieren...

—He aquí un padre, loco por sus hijos. ¡Triste padre!

—¡Triste, es verdad! Pero ¡ay! su locura generosa no se extiende sino á esos cuatro. Tiene otros dos hijos que apenas conoce, resultado de una aventura, de un arrechucho juvenil; ¡cosas del mundo! Aquel grandullón que dormía allá abajo con este *golfito*, que nos hizo una gentil higa, ¡pues

ese! El otro, sabe Dios. Son sus hijos y no los quiere porque no los *manosea*. El título de afecto que tienen á su favor el gato, el perro y el canario de la casa.

La higa del *golfo* acaso no sería para nosotros, sino para algo más grande, más tenebroso, más amargo, que se estremece en esta pesada atmósfera de la noche.

¿Otro desesperado? Vaya, aquí también han dado garrote á la naturaleza. No hay que pegarse un tiro ni estrellarse los sesos. Joven, la vida tiene esos recodos, el mundo es ancho... ¿Que su padre casó por segunda vez? Eso prueba que es de pelo en pecho. ¿Que su madrastra le odia? Eso pasa siempre. ¿Que su padre echó á usted á la calle con lo puesto? Es el efecto inmediato, fatal é inevitable de las segundas nupcias. El cariño paternal no pasó ni una línea más allá del segundo golpe de la «Epístola.» Todo tiene su término en el mundo.

—Mire usted. ¿Ve usted aquella

luz, allá arriba? Un hijo está matando á su padre. No hay lucha, ni sangre... ha cogido un colchón, se lo ha echado encima y se ha puesto á prensar, asfixiándolo, al autor de sus días. El parricida hace eso por honradez. Un caso curioso.

—Por honradez... ¡qué blasfemia!

—El hijo es comerciante; tiene vencimientos á la vista, su honor, su crédito en plaza están pendientes de un cabello. El cabello está en la cabeza de su padre, que es un avaro... No hay más que aplastar esa cabeza con un colchón y el honor se salva y el crédito de la firma queda en su punto. Hay muchas maneras de entender las cosas.

—¡Oh, llamemos á esa puerta... impidamos ese crimen que estremece al mundo!

—¿Qué va usted á conseguir con eso? Todavía le quedan tres días de plazo para pagar las letras. Podría matar un millón de padres, si los tuviera... y los mataría por eso, por

honradez, por el orgullo de su crédito en plaza.

Aquí viene otro. Un estudiante que no estudia, á no ser chuladas y jerigonza. Parece un príncipe. Juega, bebe, riñe, se entrampa, sabe estafar, sabe mentir... Su padre es un labriego pegado al surco: cada céntimo que envía al hijo le cuesta una gota de sudor, tamaña: podía ser libre y es un esclavo: podía ser rico y es un miserable. Todo se lo lleva ese hijo al que espera ver hecho un sabio. El mejor día le dirán que el sabio va para el presidio y morirá de pronto, sobre el surco, como un buey al que le dan la puntilla.

Ya ve usted cómo no es tan inflexible la ley... cómo el sentimiento no se puede encerrar en ese entimema de café, «¿es padre, es hijo? Luego ama.» Este es otro privilegio de la humanidad: el haber establecido estas numerosas y continuas excepciones de la regla universal. El único animal que puede no amar á sus hijos ó

á sus padres es el hombre. ¿Sabe usted por qué? Porque los demás animales no conocen el dinero ni el «*qué dirán.*» ¡Dichosos ellos!

Ahora nos endulzaremos un poco el alma, harto angustiada ya. Vea usted ese viejo... ¡descúbrase usted! Mas que el peso de los años, le agobian las tristezas. Es un sabio, y, naturalmente, no tiene sobre qué reclinar la cabeza. Todas las noches sale así, con furtivo paso, como quien va á cometer maldad, con el pudor de la pobreza tan poco comprendido; acércase á una tienda de libros y deja un volumen, dos, tres... recoge unas monedas y se retira con un gran pesar y una grande alegría. ¡Sus hijos comen! Pedidle á una mujer hermosa que se corte los cabellos ó se arranque los dientes. ¡El sabio hace más, le duele más, hacer migajas su biblioteca!

—No, no se separa usted de mí sin decirme su nombre. No sé qué de áspero y doloroso hay en sus palabras,

que las bebe uno con deleite infernal... Yo quiero conocer á usted, tratarlo, seguir oyendo esas cosas que no sé si curan, pero que hacen daño.

—¡Si á mí me conoce todo el mundo! Yo estoy en todas partes... ¡me llamo *Realidad!*

Trapos y lágrimas

La niña era la alegría de sus padres y estaba por decir que la alegría del pueblo, porque de toda fiesta, de toda elegante reunión era el mejor ornamento. Al matrimonio se le caía la baba.

El papá era un buen hombre de esos que llaman los noticieros «el probo y celoso funcionario:» empleado de modesto sueldo, sobrio, recogido, casero y amantísimo esposo. La mamá era una elegancia venida á menos, que pretendía sostenerse apuntalada con el corsé. La niña se pasaba de bonita, fina, esbelta, con una cabeza ideal; un pájaro vistoso y alegre, que á todas horas tenía un gorjeo y un relumbrón de plumaje.

Desde que le bajaron el traje de la pantorrilla al suelo, fué la *deidad* de moda. Se la disputaban las familias y siempre estaba en espectáculo. Al forastero que llegaba á la modesta capital, le decían apenas le habían enseñado las tres cosas y media que había que ver;—todavía le falta á usted ver á fulanita.—Y como esto era lo más fácil del mundo, el forastero la veía y por lo regular no participaba en el mismo grado de la admiración local por su primera belleza.

Ello es que la muchacha era un encanto y que no había ninguna que le ganase en saber llevar un vestido y un sombrero, y los padres comenzaban á sacrificarse para que no le faltase lujo.—¿Para qué estamos aquí? Para ella. Pues quememos hasta el último cartucho, se decían, embelesados con aquella figurita ideal ante la cual se prosternaba el mundo.

En sus nocturnas pláticas el matrimonio echaba á volar la fantasía... la veían ya «colocada,» merced á un en-

lace casi regio, con un título rico y fastuoso que debía de andar por esos mundos buscando inconscientemente su media naranja. Ya vendría... ya vendría.

Y con la cabeza llena de palacios y de trenes, de joyas y suntuosidades grandiosas, el matrimonio se estrechaba, se estrechaba para que en su modesto hogar cupiese el lujo de la niña con que se iban arruinando.

Así fué pasando el tiempo, la niña seguía siendo «la primera belleza local» y el mejor ornamento de los salones... y el Título *aquel* que debía andar buscándola, no venía. Pronto salieron al aire los apuros: el «probo y celoso funcionario» dejó de ser probo, instigado por aquel enorme, insaciable y espantoso abismo de modistería... Los trapos, los condenados trapos lo iban hundiendo, y en la alcoba donde aletearon tantos ensueños flotaba entonces una espesa neblina de temores y de vergüenza. No importa, ¡quememos hasta el último cartucho: ya vendrá, ya vendrá *eso!*

Lo que venía era una situación cruelmente ridícula. Parecía que el antes admirado vecindario se empalagaba con aquel largo dulzor de una belleza siempre en espectáculo. La carga de moños y perendengues parecía un sarcasmo. Vino el desdén fino, disimulado, hiriendo por la espalda á la modesta familia que, en fuerza de sacar los pies del plato, se iba hundiendo, estaba ya hundida en un pozo sin fondo en que se agitaban todas las miserias de levita. La trampa, el engaño, la trapacería menuda, el hambre servida en plato limpio... Más tarde, la envidia femenina empezó á resarcirse de aquel período de elogios á la primera belleza que era como un agravio implícito que había que devolver clavándole más alfileres que en un acerico. Y vino el desaire franco, la sonrisa compasiva destilando hieles, la frase buída como punta de daga. Alzaron sobre el trono de honor otra «belleza primera» que enseñar á los forasteros, y la reina destronada

seguía llevando sobre los hombros el manto irrisorio de un lujo descolorido que chorreaba amarguras.

La realidad fué cayendo gota á gota en aquella desordenada y enfermiza fantasía del matrimonio. Huyó de la alcoba fría la silueta del millonario, y comenzaba á dibujarse la de un burgués, un título académico en vez del título nobiliario. Para eso había que forzar el espectáculo, apurar la colilla del lujo, no declararse en fuga. Y el «probo y celoso» funcionario, con la trampa al cuello, paseaba por las fiestas su triste levita, dando guardia de honor á la belleza decadente de su hija. A ésta le arrancaron los últimos girones del manto con una sola palabra: *¡es cursi!* Esta fué la paletada de tierra con que enterraron una de las más efímeras glorias locales.

—Pero ¿qué se habrá creído esa niña? No hay función sin tarasca... Y ya no eran el talle de palmera, ni las mejillas de rosa, y aquella langui-

dez empachosa de los ojos «resultaba *cursi.*»

También se desvaneció la figura del burgués pudiente ó la mediana decorosa... pasábase la juventud, una juventud ocupada en su propia contemplación, y en verdad, el tiempo apremiaba. Los desdichados padres sucumbían á los apuros, y sintiendo la gota de realidad con su golpeteo cada vez más doloroso, bajaron otro punto á sus aspiraciones y demandaban ya un modesto empleado, un humilde escribiente, un levitín cualquiera que arrastrase la miseria por el mundo con el decoro de una tirilla limpia y una corbata de moda.

Era el último escalón. Pero ni eso. El modesto empleado, el humilde escribiente huían de aquella belleza inocentemente ruinosa. Ninguno tenía sueldo para la mitad de los perendengues que la niña se colgaba. Todos sabían cómo aquel condenado afán de trapos había entenebrecido un hogar antes alegre, en que la paz, el cariño

y el relativo bienestar hacían llevadera la vida.

La casa del pobre no podía admitir aquella belleza inútil, deslustrada en fuerza de exhibirse años y años, como esos cintajos á los que el sol les come el color de los escaparates. Y llegó el período agudo de los recuerdos. Adormecían el hambre recordando los antiguos éxitos de sociedad, los encomios periodísticos que, leídos al cabo de años, olían á espliego manido... daban pasto á la fantasía con estas inocentes exhumaciones de un reinado ridículo sin pompa ni utilidad.

Así fueron disputando á la realidad palmo á palmo... hasta que hubo que capitular y rendirse. ¡Ya era tarde! Huyó toda esperanza de aquel hogar que pudo ser jaula de la alegría: bebieron la desesperación del presente, y miraron cara á cara al porvenir. ¿Qué les traía? Para los viejos la muerte en el lecho frío de todas las miserias: para la joven una orfandad horrible; la lúgubre marcha de la in-

utilidad y la belleza por el mundo; la humillación, la afrenta, ¿quién sabe lo que viene atrás? y para los tres, la mueca espantosa del lujo empapado en lágrimas, burlándose de aquella desdicha y gritando con voces tardías: «¿por qué han de ser los hombres tan imbéciles?»

Fúnebre desahucio

El último edificio de la calle era el cementerio viejo. Un mezquino corralillo de altas tapias, medio hundido en la masa verde y exuberante del naranjal. Rozando sus paredes que la humedad desgrana, pasa el arrecife blanco y polvoriento, que va á perderse en los confines de la llanura, con su ringlera de palos secos y sus alambres en lo alto, sacudidos á la continua por las intensas vibraciones de la palabra humana.

Fuí hasta el cementerio en ruinas aguijoneado por esta enfermiza curiosidad que llamamos «instinto de observación.» Sabía que estaban destruyendo aquello, y quise echar una

mirada sobre las tumbas abiertas, porque no sé qué tienen las sepulturas, que al par que un cadáver guardan en su fondo sombrío una terrible lección.

Aquellos pobres huesos que descansaban en la madre tierra cumpliendo una ley eterna, volvían á la luz del sol confundidos, mezclados, rotos... en cumplimiento de la ley municipal. Todos los pueblos saben llenar bien estas sacrílegas exigencias de la higiene y del ornato.

Estaba el día muy triste: el cielo gris, obscurísimo por algunas partes y amenazando la lluvia, sin decidirse á caer sobre los campos sedientos. Junto á la puerta del cementerio veíase un gran montón de tierra rojiza impregnada de substancias orgánicas: más adentro había otro montón no menos grande de huesos humanos. ¡Cuántas pasiones habrían movido aquellos huesos, cuando tenían médula y jugo, músculos y sangre!

En la base del montón, el verdade-

ro montón anónimo de la muerte, descansaban muchos cráneos, que sin duda por su forma y peso habían venido rodando de lo alto. Meditar contemplando las calaveras no es un trabajo de alta novedad desde que Hamlet lo hizo. Pero hay que confesar que tampoco la muerte *murió* con Hamlet.

Y era muy particular la disposición de aquellos cráneos. Unos, asentaban su mandíbula en el suelo y allí parecían meditar, tristes, absortos, con las órbitas llenas de una terrosa obscuridad: otros levantaban hacia el cielo la frente blanquecina y enseñaban al espacio la herradura singular de sus dientes en una mueca diabólica, fija, inalterable, de infinita ironía ó fúnebre humorismo. Algunos otros los había juntado el azar rodando por la pendiente, y se tocaban y restregaban en el suelo como diciéndose al oído un secreto largo, interminable, que no acababa nunca... Otros tenían las órbitas llenas de polvo y los hue-

sos de la frente rotos, y entre todos ellos brillaba uno blanco, limpio, que tenía cierta particularidad curiosa. Había sido seccionado por la sierra en la fúnebre tarea de la autopsia.

En aquel pobre cráneo se había consumado un crimen: asesinato ó suicidio, se denunciaba allí, á través de los años, en aquel agujero del «temporal» hecho por una bala.

Junto al montón de humanos despojos se alzaban grandes pilas de ladrillos simétricamente colocados. ¡Y pensar que esos ladrillos arrancados á las paredes de las tumbas, van á servir para construir las paredes de las casas!

En el centro del corralón aquel, varios hombres y un niño comían tranquilos, impasibles como la Naturaleza en acción. Comían en torno de una hoguera hecha con pedazos de ataudes. La madera podrida impregnada de substancias crasas y de polvo, ardía requemándose sin lanzar llama. Un humo fétido rodaba entran-

do en los columbarios abiertos y se levantaba después en perezosa espiral por el ambiente húmedo.

Allí, sobre el suelo en que se evaporaban unas cuantas gotas de lluvia, ví una lápida humilde conteniendo una candorosa inscripción que me hizo sonreir: «Aquí espera la resurrección de la carne el cadáver de doña Dolores Rebollo. ¡Descanse en paz!»

¡El descanso eterno, la resurrección esperada á través de los siglos, sin impaciencias, ni desesperaciones, ni movimientos, ni mudanzas, bajo los seis pies de tierra obscura y silenciosa del campo santo, es el ideal del cadáver. Pero es que no cuenta con la ley Municipal ni con la de Sanidad del reino.

No hay cosa tan triste como este desahucio: la muerte tiene sus fueros... la quietud absoluta es el imponente derecho de los muertos ¿por qué no se respeta? El movimiento es la vida. Y alzándome sobre un mon-

tón de escombros quise ver el movimiento y la vida.

Allá enfrente, se extendía la misma plana, uniforme, como una sábana de hierbas grises. Más lejos el mar tendía sus brumas, y por un desgarrón de la obscura nube se asomaba un trozo de cielo azul, espléndido, luminoso, como una suave caricia del sol poniente. Por los carriles de acero tendidos en la llanura y bruñidos por la continua mordedura de las ruedas, avanzaba majestuosamente una locomotora con su séquito. La cúpula de metal que corona la caldera brillaba como un astro: los chorros de vapor, blancos y potentes, azotaban las pencas de las pitas, y el silbido agudo de su válvula se perdía en el espacio sin fin, como la nota alegre de un cántico...

Asaltando las ruinosas tapias del cementerio viejo, asomaban sus ramas los habares en flor, enviando su perfume, y algunos naranjos llenos de frutos y de azahar, descansaban en

las mismas tapias sus bolas de oro y sus flores de nieve.

¡El olor de las huertas, el rumor del trabajo, el calor y la luz y el movimiento de la vida, en medio de la naturaleza siempre virgen y de la primavera siempre joven!

Junto á un seto vivo de chumberas que alzaban sus palas erizadas de manojos de doradas púas y coronadas de violáceos hijos, jugaban amistosamente dos carneros blancos, hermosos, destacando su vellón como una ráfaga sobre la verdura del vallado. Una vaca mansa, de pelaje negro y reluciente como la seda, pastaba perezosamente en la marisma, y allí se oía el cantar melancólico de unos hombres que empujaban una barca que venía tascando el suelo, entre las últimas luces de la tarde. . . . .

. . . . . .

¡Triste es la muerte, pero no ha de triunfar sobre la vida!

¡Dios nos libre!

Todos los años escuchamos el mismo clamor: «dicen que no hay dinero, realmente estamos mal, peor, es imposible; y lo que es en la lotería no se conoce.» ¡Qué había de conocerse! Jugárase cada mes, cada día, cada hora una lotería de esas, y sería lo mismo. ¡Es mucho lo que nos fascina un puñado de pesetas, un plato de comida ó una copa de vino regalados!

Yo he visto comer *gratis* á una muchedumbre de personas finas, al parecer, y el asco no se me quitará en la vida. Nos embriaga eso: lo que cae del cielo, lo que envía el azar, lo que entrega la generosidad, lo que la vanidad reparte. La multitud obedece

siempre á esos estímulos: relincha de gusto olfateando algo de *bóbilis bóbilis*.

Acaso no recuerden ustedes la catástrofe de Moscow, ocurrida en el verano de 1896: digo esto, porque el recuerdo de los sucesos, por grandes que sean, apenas si excede de los noventa días, plazo obligado de cualquier pedido mercantil. Era cuando las grandes fiestas de la corte, y al Czar se le ocurrió regalar con un desayuno al público. ¡Para qué más!

La promesa de un pedazo de salchichón y un panecillo, puso fuera de sí á ochocientas mil personas, convertidas por aquel impulso del instinto en ochocientos mil mendigos rabiosos. El afán de llegar antes, el temor de que no hubiera para todos, la comparación durante algunas horas del número de solicitantes con los montones de comida, la inquietud de las masas que, como á las olas, las hace moverse sin sosiego, la larga espera de lo apetecido, el inconsciente y natural

avance hacia lo vedado, fueron engendrando primero el rumor, luego el empuje, tan brutal y vigoroso, que aquella multitud, como río que rompe los diques y se sale del cauce, cayó con rugidos de torrente derrumbando cabañas, rellenando zanjas, aplastando víveres y dejando más de tres mil cadáveres destrozados en aquel campo de desolación en que corrió suelta y espoleada la *gran bestia*.

Hay que conocer la atracción que ejerce en el público todo lo que es gratuito, siquiera sea en apariencia. Es el gran anzuelo. Recuerdo una escena que presencié durante la feria en un pueblo y que la relaciono siempre con todos los aspectos de ese instinto.

En el rincón más apartado de la plaza alzábase un tabladillo que parecía un pesebre. Sobre él apuraba todas las gracias de repertorio el bueno de Arlequín, con la cara untada de almidón bajo el clásico gorro puntiagudo y los calzones desmesurada-

mente anchos, con un sol pintado en el trasero.

La orquesta, compuesta de un cornetín que tocaba una señora rubia y picosa de viruelas, en traje de bailarina, de un trombón que endurecía los labios de un caballero calvo vestido de chaquet y calzado con alpargatas, y de un tambor que tocaba un chiquillo enteco, con cara de hombre gastado y un lunar blanco del tamaño de un medio duro en el lado derecho de la cabeza, hacía prodigios de ejecución, tocando rabiosamente, como si los músicos deseasen que el ruido llegara á los lejanos límites del término municipal.

En el corral de la casa estaba el teatro. La compañía, íntegramente encaramada sobre el pesebre, intentaba representar *Torear por lo fino*, *Cómo está la sociedad* y otras piezas anunciadas, merced á mil recortes, supresión de personajes *innecesarios* y *morcillería* con que las aderezaban.

Cuando llegué frente al *coliseo* dió-

me gran lástima de la compañía. Arlequín estaba destrozado: había sufrido más de treinta bofetadas *de verdad;* los músicos se caían desfallecidos á fuerza de soplar, mal alimentados y peor dormidos... y el público no entraba ni á garrochazos.

Y eso que delante de la tribuna había más de doscientas personas, campesinos en su mayoría, á quienes divertían sobremanera las piruetas y gracias de Arlequín. Y como esta diversión *no les costaba nada,* se contentaban con ella sin picar en el anzuelo que les tendía el gracioso:—¡Adentro, adentro! A medio real... se comienza en seguida, señores. ¡A medio real!

No entraba nadie. Les divertía aquel muñeco diciendo donaires sobre el pesebre, y una carcajada inmensa salía del corro cada vez que el payaso se equivocaba adrede y por decir señores y señoras decía *serones* y *cebollas*... ¿A qué dar medio real por las gracias que dijeran dentro?

No sé si por consejo de algún inteligente ó por súbita inspiración del hambre, gran maestra en estos apuros, la compañía cambió de táctica ante el enemigo. Encaramóse Arlequín sobre el tabladillo, hizo una grotesca señal á los músicos, que de buen grado hicieron enmudecer sus instrumentos, y endilgó á la concurrencia un discurso jocoso, subrayado con gestos tan pintorescos que hasta las casas de enfrente se caían de risa, anunciando que «la compañía *agradecida al favor del público*, había resuelto trabajar de balde y que además regalaría un gallo á los señores que quisieran disfrutar de esta nunca vista largueza.»

Y haciendo y diciendo, agachóse, cogió por las patas atadas un hermoso y auténtico gallo con la cresta congestionada, que en esta postura empezó á mover las alas á compás de la música.

El público mordió el cebo en seguida. ¡Ahí es nada; espectáculo *gratis*

y además un gallo! Y aquí vino lo gordo. Los de atrás empujaron, cedieron los de delante y ante aquella ola humana encrespada por el instinto, cedió el tabladillo, volaron las puertas, se amazacotó el corral, se estremeció el teatro y hasta se torcieron unas rejas como si en un segundo hubiera pasado por allí algún potente huracán con sus formidables alas.

Los actores tomaron la escena como náufragos que llegan á tierra. Salvóse el gallo por un milagro de Esculapio... comenzó la función, que fué todo lo buena que podía esperarse de aquellos elementos artísticos presididos por el sol del payaso. A la mitad del espectáculo anunciόse la rifa del gallo. Hubo sus protestas, bien pronto calmadas ante la consideración filosófica de que costando la papeleta medio real, el favorecido vendría á poseer el gallo por esa cantidad justa, lo cual era una ganga. Vendiéronse las suertes como pan bendito: el sorteo se verificó con la formalidad posi-

ble, siendo el agraciado el caballero del trombón: ¡naturalmente!

Supe que se lo comió la compañía aquella noche y no digo con qué apetito, porque ya se lo imaginarán ustedes. Ello es que gracias al ave salvadora tuvieron aquellos infelices la mejor entrada de pago que habían conocido en toda su vida.

Pero es peligroso: enséñenles ustedes el gallo á doscientas mil personas en vez de las doscientas, y hay otra catástrofe de Moscow. No se puede jugar con estos instintos de la muchedumbre. El gran atributo anímico que distingue al individuo, lo pierde la multitud. El hombre solo—por más que haya casos que inducen á la duda —es siempre un ser racional. El hombre acumulado, sumado, multiplicado, formando un ser monstruoso de cien mil patas, rara vez da indicios de racionalidad. Por eso destroza hoy lo que santificara ayer y no hay ídolo seguro en sus manos.

Y si por añadidura estimulamos y

picamos el instinto lotérico, sus ansias de azar, sus deseos de regodeo económico y le enseñamos un trozo de salchichón y un panecillo ó un gallo vivo ó muerto, el bramido inmediato nos dará la perfecta definición del monstruo. ¡Que Dios nos libre!

El hombre vivo

Hay un tipo español que sin vacilar lo clasifico como perteneciente á la *fauna* de Andalucía, y si me apuran mucho, diré que corresponde en su natural origen á la parte más llana y cálida de la susodicha región. Es un hombre que gasta *bombín* y por lo regular, bigote: se rasca los tufos con el palillo de dientes y toda su persona trasciende á flamenquería. Es el grado intermedio entre lo que llaman en el café cantante un señorito, y cualquier «tocaor de guitarra, que da gusto á la reunión.»

Su manía es hacer constar que no hay otro tan echao palante ni que se traiga como él la mar de cosas, por-

que es un vivo y chanela más que la virgen. Puede ser corredor de granos y aceites, empresario de coches, contratista de menudos, comisionado de apremios... ó simplemente hombre vivo que se trae la mar de cosas. Podrá andar mal de cuartos—la regla es que ande así—pero su duro es el primero que sale rodando. Es convidador ostentoso y se pone á beber con cualquier desconocido que le aguante la *pelma*. Cuando está fresco, necesariamente ha de contar cómo conoció á fulánez, los juegos que corrió con mengánez, porque conoce y tutea á todo el mundo, principalmente á la gente gorda. Para él los Excmos. é Ilmos. señores no son más que Pepe, Manolo, Curro...

A pesar de estar siempre ocupadísimo, porque no se hace nada sin él, se pasa las horas muertas en el café, en la taberna, en la calle, porque para él no hay nada como un amigo. Ni mujer, ni hijos, ni negocios, valen lo que un amigo. Y como amigo

es todo el que le presta lumbre ó cruza con él cuatro palabras, resulta que la amistad le consume el tiempo. Cuando se pone á medios pelos, se vuelve candorosamente agresivo. Todo lo que dice es con segunda, pero una segunda tan recóndita, que la conversación suele convertirse en charada sin solución posible. De merecer algún título esos diálogos de tienda de montañés, no sería éste el menos apropiado: «De cómo pueden conversar dos ó más personas todo el tiempo que les dé la real gana, sin que ninguna sepa á donde va á parar ni de qué cosa se trata.»

Como alguna vez he sufrido el golpe, puedo ofrecer una muestra.

El ta!.—Tome usted esa caña, amigo... yo tavía estoy mamando: soy mu chiquito. (Aquí un guiñotazo.) Na, que cualquiera se tira la ventajilla conmigo. Pa eso que mi mare parió ciego á este cura ¿eh?

Yo.—(Con aire de inteligencia y como diciendo, ¡te veo besugo!) ¡chipén!

El.—¡Y á mí me la iba á peinar! Cuando yo por un amigo voy á toas partes ¿eh?—Niño, la otra.—Home, le dije, tú no traes na: to mentira. Se queó más blanco que la paré ¡y que yo vengo desnuo! No traigo ropa ¿eh? (Sacando la inocente navaja que le regaló un compadre.) Miste que á mí! Coba na má: ¡Si yo sé que é él otro! el otro que no me puee dicar desde que pasó lo que pasó...

Yo.—Ahora sí que da usted en el hito. El *otro*, ese pillo...

El.—Un granuja, digasté que sí. ¡Como que yo no tengo vista! (guiñando el ojo que parece una aceituna morada). Y ara se vasté á beber esa caña, por que yo quiero ¿eh?

Yo.—(Dudando de si se lo dijo al *otro* ó me lo dice á mí.) Y él ¿que hizo? ¿Se la bebió?

El.—¿Sabe usted dónde nací yo? En Esija ¿eh? y mi padre fué esparterista ¿he dicho algo? Y esa caña se la bebe usted.—Niño, la otra—porque pa eso está el mundo; para chanelar...

y cuando yo no encuentre un duro, no lo encuentra ni Jesú. ¿Se vasté enterando? ¡Si yo le conozco á usted! Usté estuvo una vez en Ronda...

Yo.—¿En Ronda? Ni por sueños.

El.—¡Qué gracia! (guiñando la antedicha aceituna). ¡Si mi mare me parió á mi ciego! ¿No estuvo usté con el pollo de Morón tallando cien onzas por la feria?

Yo.—(Escandalizado y aparte.)—¡Ave María Purísima! Este bruto me ha tomado por un tallarín.)—(Alto.)—No señor: no conozco al pollo de Morón... al gallo sí, pero de oídas.

El.—¿Vasté á salir por seguirillas? Pa vivo, yo.—Niño, la otra.

Yo.—Ni otra ni otro y san seacabó no tiene vigilia... Tanto gusto en conocerlo, etc., etc.

El.—(Con tono de dictador romano). Aquí no paga nadie. Niño, la cuenta.

Y allá va un duro andando. Probablemente el único con que contaba la familia. Después de mi fuga, el hom-

bre se queda allí buscando tercio, para hablar del *otro* y de su viveza y viendo la manera de enseñar la navaja que le regaló el compadre.

Pero, ¿de qué hablan estos hombres *vivos*, que nadie los entiende? ¿Se entienden ellos? Yo creo que no. Es una necesidad de mentir sin provecho alguno, un impulso de vanidad latente que no encuentra formas para hincharse; algo infantil y femenino que se revuelve en el cuerpo de macho adulto caldeado por el terrible sol que en la canícula empuja al mercurio más allá de los 45°... una exaltación del *Yo* tan candorosa y espontánea, que trae su felicidad, porque hay muchas maneras de ser felices, en lo que cabe serlo.

Este andaluz sabe de todo: dice que sabe de todo, y no hay cosa divina ni humana en que no meta el cuezo. Sabe tanto, que de cada patada saca un duro. Conocí á un potentado de estos, que iba por un camino á ratos jinete en el caballo de San Francis-

co, á ratos en el tren de cerco y suela, en el rigor del invierno, sin una mala manta ni más utensilio que una maletilla que llevaba al hombro muy gentilmente. Un arriero compasivo—¡*rara avis*!—dióle acomodo en uno de los borricos que iban de vacío, y mi hombre pagó la fineza contando estupendas historias de su opulencia y poderío. No le pasó por alto al arriero la casta de pájaro á quien favorecía, y con el tono más zumbón del mundo díjole: — Usted será todo eso que cuenta, mas lo que yo digo es que el cielo sabe que usted lleva zapatos; lo que es la tierra maldito si se entera. —Qué, porque las suelas san quedao por ahí! Hagaste cuenta, compare, que catorce pares sin estrenar van escuchando la conversación dentro de esta maleta.

Alguna vez en la vida encuentra un tonto que se fía de su víveza y entre los dos plantean un negocio. El negocio suele durar lo que duran cinco pesetas en su faltriquera. Pero con

aquella aventura mercantil le queda tela cortada para cortar mientras viva. En materia política llega hasta ser miembro de cualquier comité y á solicitar un destino... pero esto no le impide hablar de los suyos. ¡Los suyos! ¿Quiénes son los suyos? Unos. Gente desconocida, á medio formar, que aún no han llegado á la tierra... soldados de una avanzada puesta allá quien sabe dónde, en los confines de una fantasía enfermiza y embusterona: los suyos no son más que eso: ¡los *suyos!*

En materia religiosa dice que no puede ver á los curas y que está deseando que vengan *esos* para echar abajo iglesias y campanas... pero entre camisa y carne lleva pendientes de un cordón sudado dos ó tres medallas de la Virgen tal y del Santo cual, por el que siente irreflexiva devoción. ¡Ya se guardará bien de decir nada ofensivo para esa Virgen ó ese Santo! Para lo demás no tiene cortapisa. El nombre de Dios suele andar

entre sus labios mojados de mosto, no siempre reverenciado como es debido.

La obligación de *alternar*, la necesidad de que el mundo goce á todas horas de su ciencia y experiencia, hacen que ande vagando como pájaro sin nido. En casa pasan las *ducas*... y es cosa corriente que la mujer opine que su marido es un porro á quien le falta un sentido, al cual dictamen es imposible que se allane el interesado, y de ahí los disgustos.

Pasan años y vienen años y el hombre *vivo* no adelanta un paso. El bigote blanquea, luego amarillea tostado por las colillas, y aunque sigue sacando á patadas duros imaginarios, los auténticos huyen como si tuviesen alas. Las *ducas* aprietan más que dogales, pero á mal tiempo buena cara, y redobla sus misterios, ahora más profundos como de hombre corrido y baqueteado que corta un hilo en el aire. Para librarse de su empachosa charla hay un medio infalible, que

consiste en ganarle por la mano y no dejarle hablar ó hacerse el distraído, de modo que entienda que son ineficaces sus esfuerzos, tirones de solapas, muletillas y traqueteo para que uno sea «todo oídos.» A los cinco minutos desaparece en busca de otro auditorio más apreciador de la gracia nativa y de los misterios inocentes.

Como siempre negó su pobreza, empieza á negar su vejez. Entrambas cosas le avergüenzan mucho. Que tiene el pelo blanco... ¿y qué? todavía no hay quien le gane á pulso, á piernas ni á estómago. En cuanto á vista, ni el lince. Con estos alardes puramente de boca, disfraza el rencor que se lo come, el despecho de ver otra generación de *vivos* que se le viene encima, empujándolo, echándolo de sus posiciones. ¿Queréis conducirlo á los extremos más ridículos? ¿A que se tire de un balcón para probar la firmeza de sus pantorrillas, á que se atraque de vino hasta ponerse á la muerte, á que le salgan dos her-

nias luchando con cualquier muchacho? No hay más que decirle con afectado desdén:—¡A dónde va usted ya, hombre de Dios!

Por lo que atañe al valor personal, siempre es el mismo. Es un héroe puesto en dos tiempos: en pretérito ó en futuro.—¡Lo que hice con fulano!... Usted se debe acordar, aunque sería muy chico.—¡Lo que voy á hacer y acontecer!... Y de ahí no lo saca nadie. ¡Si aquella navaja del compadre hablara!... ella diría quién es cada uno. A bien que no es de las boconas que gustan de pregonar sus propias hazañas. Ha quitado muchos moños en el mundo, y todavía los que ha de quitar.

Así se pasa la vida, así se viene la muerte, tan callando... El pobre hombre cae tumbado por el último acosón de la dolencia, en el lecho frío de una miseria que no pueden alegrar todos los alamares léxicos de la conversación tabernaria: el dolor lo rinde, la muerte compasiva lo acogota, y el

pobre hombre *vivo* se va con «los suyos...» con una suprema inconsciencia de su inutilidad en el mundo, sin caer en la cuenta de que no hizo nada, nada más que traer hijos para que perpetúen la infelicidad y paseen el dolor debajo de una inocente mueca de payaso gratuito...

La eterna Arcadia

Las golondrinas han construído ó restaurado ya todos sus nidos: las vides se cubren de pámpanos y los higuerales abren los paquetes de hojas que, vistas desde lejos, parecen una gasa verde tendida al sol... Andalucía se llena de flores y ¡ay! también se llena de juegos florales.

Las musas locales más ó menos coronadas de mirto, no dan paz á la mano. Hay muchas ferias por ahí, muchas veladas, muchos santos. Líbreme Dios de pensar que nuestros poetas son malos: algunos son excelentes. Pero juzgados en colectividad, en montón, como quien dice, no faltarían reparos que hacer, si en estos

tiempos en que España se hunde riendo como una loca, fuéramos á reparar en pelillos.

Los vates coloristas y los incoloros comienzan á entrar en celo: el diablo de la rima no deja cerebro quieto, y allá van en tropel los hijos de Apolo, con la mejor buena fe del mundo, á disputarse la «flor natural» en los certámenes.

Es un hecho bien observado, que la literatura regional va lentamente realizando un renacimiento. En Cataluña, en Valencia, en Galicia, en Murcia, en Castilla, la poesía y la novela van recogiendo en formas adecuadas el sabor amargo de las ideas modernas y la lumbre del ideal social. En Andalucía seguimos viviendo en la estéril y embustera Arcadia de los Batilos, Jovinos y demás ilustres inocentes.

El poeta andaluz ó es un erudito bibliófilo, casi un sabio ó sabio de veras, ó un ignorante que se echa la lira al hombro y se va por el mundo

cantando cosas que no entiende, que no quiere entender. El uno suele ser el poeta académico, cristalizado en las viejas recetas de hacer versos, siempre mirando hacia atrás, enredado en las redes de oro de los Herreras y Riojas ó en las hinchadas circunvoluciones mitológicas de los Listas y Reinosos. El otro suele ser el colorista, suelto al parecer, aunque amarrado al prisma de los viejos romances para ver la Naturaleza.

En pocas partes tendrá tan duras raíces lo convencional. ¡Cuánto ingenio derrochado en cosas que á nadie interesan! ¡Cuánto esfuerzo agotado en dar lustre á la forma, en hacer poesía en que la más benévola crítica no encontrará más que el *turuntuntun de los merengues!*

Después del gran renacimiento literio, cayó la poesía en la honda perturbación del siglo XVII. La afectación siguió á la pompa y majestad de las letras, como la devoción milagrera substituyó á la severidad teológica

y á la interna y grandiosa expansión cristiana de los místicos. No se contuvo aquí, sino que desde las cumbres culteranas, las más extravagantes del mundo, cayó de bruces en la extensa vulgaridad del siglo XVIII. Cierto que en ese siglo lanzaron el Verbo humano desde las alturas de la Revolución, mas nuestros poetas no quisieron acomodar sus liras á las necesidades de ese Verbo, sin pararse á pensar que las pasiones humanas nos dieron el «siglo de oro,» y creyeron más decente empleo de sus ingenios cantar á los pies de Filis, al menudo de oveja y á otras cosas de este linaje, realmente importantes para la historia.

Espantada de ese prosaismo, la generación poética con que principió el siglo XIX, tomó otros rumbos y volvió el Helicón á estar de moda, y desde Venus á Minerva, desde Ceres á Baco, toda la caterva olímpica entró en danza en aquel inolvidable período católico-pagano - filosófico - constitucional. Salvo el paréntesis de los románticos,

delirantes *profesionales*, pero por lo general entonados y vigorosos, nuestros poetas siguieron poniendo á contribución la mitología. He conocido á muchos que cantaban á Clori y llamaban á Cúpido sin poder ya con la sotana ó los calzones.

De ese abolorio vienen los nuestros, los actuales. Se oye hablar de escuelas, no hay tal. Todas convienen en el fondo, en la forma, en el procedimiento. Para el poeta andaluz no pasan días: la naturaleza es una hermosa decoración, la humanidad una turba de gente alegre que canta sus dolores al sol, con poca sinceridad, con sobra de artificio, como en los escenarios.

Lo primero que se echa de ver en estos poetas de la tierra llana, es la añeja afición á los ríos y á las ciudades. El río que pasa por el término municipal es el que se lleva la palma: la ciudad en que el poeta vive, recibe la constante ofrenda de tropos de dicción á manos llenas é incansables.

No siempre están de acuerdo la fantasía del vate y la comisión de ornato público.

Esta dificultad se salva pronto. No hay sino mirar hacia atrás. ¡Aquellos tiempos! Y en cuanto ven dos dedos de luz se van á la leyenda con un ardor y á veces con un ingenio dignos de mejor causa. Uno de los mejores poetas contemporáneos que conozco, poeta de verdad, se ha pasado la vida rimando embustes, metiendo retórica en el semillero de consejas locales, volviendo la historia del envés... el trabajo espanta: la obra es un monumento, sólo que ¡no la lee nadie!

La antigua generación tenía una facilidad deplorable de reunirse para cualquier trabajo colectivo de circunstancias. Algo queda. ¡Conozco cada tomazo de coronas poéticas, cada ramo de flores de trapo dedicado á Isabel II y sus excelsos parientes! Cuando yo perdía mi tiempo en leer esas cosas, estuve á punto de morir de una tremenda indigestión de Cal-

pe y de Pirene, de Betis y Alhamores, de Cupido y Minerva y de Filis... ¡Ah, sobre todo Filis me daba tres poéticas «patadas» en la misma boca del estómago!

Ya es raro que hablen de eso: ahora es el color el que está en candelero. Color, notas, cielos, ríos, rejas, claveles, cigarros... todo visto á través de un vidrio convencional y ahumado, de otra receta maravillosa que en suma viene á decir: tomarás tanto de sol, tanto de cancela morisca, tanto de guitarra y de mantón de flecos, tanto: revuélvelo «según arte» y tendrás lo que deseas.

Un amigo mío decía que nuestros poetas son poetas de *la de la*, y que por eso mismo no gustaba de ellos. A ver, explícame eso; le dije.

—Pues muy sencillo: en su afán de dar tonos inocentemente morunos á lo que escriben, creen que eso de *la de la* está muy propio y lo encajan con harta más frecuencia de lo que fuera menester. Si hablan de su respectiva

ciudad, villa ó aldea, verás como inevitablemente es

La de las noches serenas
la de las tardes doradas:
la de los cielos azules
la de las mañanas claras.

Si se dirigen á la novia, real ó hipotética, ha de ser, so pena de la vida.

La de la frente de nieve,
la del cuello de marfil,
la de los labios de grana,
la de los ojos de hurí.

Y así por este estilo se pueden hacer todos los inventarios imaginables, *more turquesco*, según nuestras entendederas literarias.

Recuerdo un día que pasaba yo por una aldea de mi país: á cincuenta pasos de la última casa estaba la fuente donde lavaban ropa unas mujeres. Acertó á pasar por allí un forastero que á buen paso se encaminaba á la capital ó sea á la cabeza del partido.

A una de las lavanderas ocurriósele enviar algo allá, tal vez al marido, que estaría en la cárcel, y como no todos los días pasaba un tan gentil emisario, comenzó á dar voces llamando al forastero que ya iba por lo más alto del repecho.—¡Eh, eh, usted! El de las alforjas... el de los calzones remendaos... el de las alpargatas... el de la chaqueta rota, eh, eh!

El caminante creyó que se chuleaban y apretó el paso. La aldeana seguía á voz en grito dándole señas á ver si volvía la cara.

—¿Pero qué diablos hace esa mujer? dijo mi compañero.

—¿Esa? Pues una poesía andaluza de tomo y lomo.

Las musas viven... pero en plácida modorra, arrulladas por un convencionalismo secular, arrebujadas en perezosos rayos de sol, ó reclinadas en una hiperdulia superficial y dulzona como cántico de novena; embutidas en moldes circunspectos de una ñoñez que hace bostezar. Nada huma-

no, hondo, sincero; ni un solo latido de sangre verdadera, ni una sola vibración normal ó dislocada de los nervios que hacen brincar á la sociedad doliente. Variaciones no más del Calpe y el Pirene, del almo coro y el pampíneo Sileno; otra edición de Filis con mantón de Manila y castañuelas... luz, color, ¡color, venga ó no venga!

Con este equipaje, los hijos de Apolo entrados en celo, corren que se las pelan, á disputarse con la mejor buena fe del mundo, la «flor natural» en los certámenes...

Añoranzas

La vida es un círculo... es muy exacta la antigua alegoría del tiempo, es decir, de la vida: una serpiente mordiéndose la cola. Por lo regular, volvemos á nuestro punto de partida. El viejo á ser niño, el sabio á ser inocente, todos, á suspirar por aquellos días algo más placenteros que los siguientes. Concluimos por mordernos la cola de un modo atroz.

«¡Ah, quién me diera ser hombre ya!» este es el grito más imbécil que lanza la humanidad de traje corto. Es como si dijéramos, ¿quién me diera estar ya en presidio? Gracias á que Dios no nos lo puede tomar en cuenta, merced á la absoluta ignorancia del que tal cosa pide.

Salimos de la niñez, nos caemos del nido y, ¡entonces sí que estamos á gusto! La mar salada no tiene el amargor de estos mares en que braceamos. Unos se hunden, otros se estrellan, otros se ahogan en la misma playa, algunos llegan á coger tierra firme... es decir, firme en lo que cabe, y aun éstos ya no son los mismos: el áspero amargor de las olas que cruzaron no se les quita nunca.

Se necesita tener la inmensa fortuna de ser estúpido de rabo á cabo, para sentir intensa y soberanamente la alegría de vivir... y aun esos mismos felices se «muerden la cola.»

Yo estoy entregado ya á esa inefable operación. He llegado al punto crudo del ciego aquel que se lamentaba de no poder ver el mundo, á quien su lazarillo lo consolaba diciendo: ande usted allá, mi amo, que para lo que hay que ver!...—Quizá tengas razón, respondíale el ciego.

Para lo que hay que ver... miremos atrás, allá muy lejos, donde siquiera

se mueven cosas agradables. Necesitaba yo para dar culto de la memoria á ese montón de alegres fantasmas evocados por un hondo y sincero hastío de lo *actual*, encontrar voces dulcísimas no ajadas por el diario manoseo, ecos de una sencillez clásica que no olieran al aceite del estudio. Ni el castellano, ni el latín, ni el griego... algo como un quejido de la selva libre, llevado por la niebla que se enreda en los árboles.

Y el recuerdo de una poesía de Rosalía Castro, la musa galaica, dulce y quejumbrosa como el clamor de la gaita que suena en las orillas de las rías y en las verdes montañas, fué el soplo humano que sacó llamas de las cenizas aun calientes:

«Baixo á prácidas sombras d'os castaños
D'o noso bon país.
Baixo aquelas frondosas carballeiras
Que fan doçe ó vivir.
Cabe á figueira d'a paterna casa
Que anos conta sin fin.

¡Qué contos pracenteiros!... qué amorosas
Falas se din ali.
Risas que s'oyen n'as serans tranquilas
D'o cariñoso Abril!
E tamén ¡qué tristisimos adioses
S' acostuman oir!»

. . . . . .

Veo aquel rincón del mundo donde pasé tantos dias alegres... Lejos de todo camino está la heredad: para llegar á la casona de labranza con su suelo enlosado con losas arrancadas allí muy cerca, con su zarzo obscuro pintado por el hollín y sus grandes doblados oliendo á heno, hay que pasar por una larga vereda limitada por dos hileras de zarzales. El castañar se extiende á un lado y otro: en la casa hay una higuera *que anos conta sin fin*; en sus ramas, opulentamente vestidas en el verano, desnudas en el invierno, dormían las gallinas y los pavos.

Pero no es allí donde se detienen á juguetear mis recuerdos: van más allá unos cuantos pasos, á la viñita

que parecía un jardín, al valle lleno de cerezos y guindos y manzanos enanos que hay en ella, donde una casita blanca, tan grande como un huevo, abre su fresco emparrado delante de la puerta y da al viento el olor de los rosales que la rodean como un cinturón primaveral.

Desde allí se oía la nota clara, fresca y perenne de la fuentecica que llenaba la alberca con su chorro nunca agotado, siempre riente, con una alegría de inocencia inalterable. Allá en lo más hondo, la huerta; más allá, la masa frondosa de un verde metálico del castañar; en él, corriendo como una grieta verde, el barranco, un barranco que para nosotros tenía su leyenda: una vez mi abuela quedóse dormida á la orilla de aquel barranco montuoso y la despertaron tres corzos sedientos que iban á beber... Al cabo de los años mil, buscábamos los corzos entre las matas de juncos y los zarzales. Enfrente de todo esto se alzan los Azores, unos

montes altos, trabados y unidos como una formidable muralla. Muchas veces subíamos á la cumbre, jugando, sin cansancio alguno, y volvíamos al valle con la boca verde de mascar hinojos y la ropa oliendo á tomillo.

¡Ah, las cerezas aquellas que picaban las oropéndolas y los mirlos! Mis hermanos y yo nos hartábamos: los mayores empujábamos á los chicos y allá entre las ramas, parecíamos también oropéndolas y mirlos picando aquellos glóbulos dulces, colgándolos á guisa de zarcillos en las orejas, tirándonos los huesos...

Allí tenía yo también mi biblioteca, los dos libros en que aprendí á leer: un compendio de la Biblia y un tomo de poesías de Arolas. Esa fué mi primera papilla literaria. Cuando me cansaba de jugar me iba debajo del emparrado, cogía uno de esos libros y me ponía á leer, torpemente, pero no sé qué clase de claridad tenían para mí aquellos renglones leídos entre los esplendores del campo, á la

luz de un sol purísimo filtrado por entre los pámpanos, que sentía la gran belleza de aquellos cuadros bíblicos, de aquellas leyendas de pastores que hablaban con Dios, Abraham, Jacob, José... y hasta me parecía oir el balido lejano de sus rebaños apacentados á orillas del Jordán, en los collados de Palestina.

Una melancolía infinita dejaban en mi alma de niño las orientales de Arolas y aquellos romances caballerescos que me descubrían un mundo agigantado por la rima. No sé por qué, pero es lo cierto que nunca he vuelto á sentir la poesía con un tan hondo y espontáneo sentimiento del ánimo. Cinco versos de Arolas me hicieron por primera vez llorar cosas, que no eras *cosas mías*.

«Era un templo, era un altar
donde llora el desvalido:
yo lloré, volví á pasar...
¡y era polvo consumido
que también me hizo llorar!»

Esto viene á ser como la «primera plana» de mi espíritu. Por eso, aunque borrosa y descolorida, la guardo como oro en paño.

Cuando empezaba á correr la savia, cogíamos varas de castaño, á las que sacábamos lindamente la corteza para hacer trompetas, unas endiabladas trompetas roncas, con que respondíamos á la gran serenata de los grillos. En el verano nos íbamos á la era, á *nadar* en la mies: de día á sentir la impresión de un sol que deslumbraba, á coger las cigarras cansadas y afónicas en los olivos: de noche, á recibir en la calma silenciosa la mansa lluvia de luz que nos mandaban las estrellas...

En el otoño la vendimia: el valleci-to se henchía de cánticos y risas: el mosto pringaba las veredas, nosotros nos poníamos que no había por donde asirnos. Más adelante, empezaban los erizos á tomar un color de oro viejo; después se abrían hoy un poco, mañana más, hasta que soltaban su presa

y las castañas húmedas, restallonas, pulidas en aquella cápsula aterciopelada en que se criaron, llenaban el castañar. Por las mañanas aparecían cubiertas de escarcha que el sol iba derritiendo.

Entonces hacíamos largas y temerosas excursiones al *manchón* en busca de madroños. Nos perdíamos en aquellas apreturas montuosas en que sobresalían los robles y las madroñeras. Cogíamos las acres bayas de la cornicabra, sentíamos en las manos el olor mareante de las torvizcas amargas, nos enredábamos en los brezos, nos empegostaban las jaras, nos pinchaban las hojas de las carrascas silvestres... de vez en cuando veíamos correr un conejo alzando el rabo; dábamos voces para que corriera más... y perdidos ya en aquel ondeante laberinto, alguno de nosotros fingiendo espanto, gritaba á los chicos—¡eh, qué viene el lobo! ¿No visteis el pelo y los ojos echando chispas de cande-

la? Y con el llanto y las risas se estremecía el *manchón*.

Cierto día fuí muy cruel: tenía un nido de alcandones á la vista, y todos los días subía al olivo para inspeccionar los progresos. Huevos nada más; pollitos sin pluma, volanderetes ya, ¡esta es la mía! y, sin aguardar á razones, cojo el nido, lo arranco de la rama y me lo llevo. Los pollos armaron el escándalo, acudieron los padres y me querían sacar los ojos. Sí; aquellas aves mansas me perseguían dando chillidos feroces, no temían al «rey de la creación» que se llevaba sus hijos. Nunca he visto valentía semejante.

Mis hermanos, asustados de veras, me gritaban, ¡suéltalo, déjalo! ¡mira que te van á picar! Pero yo era el «rey de la creación» y tenía derecho á ser cruel como cualquier monarca. Sentía los fieros aletazos, no tenía tiempo para quitármelos de encima con la mano que tenía libre... Cuando dejé á buen recaudo el nido con sus

polluelos, ví á los padres que se alejaban desconsolados. Posados en la rama misma donde habían hecho el nido, se mantuvieron todo el día piando desesperadamente. ¡Cómo cantan los alcandones! dijo un bruto que pasó por debajo del árbol. ¡Cantar! ¡Le llamaba cántico al lamento querelloso que estremecía las piedras!

Fué mi primera y última hazaña de crueldad con los pájaros. Y creo que la pagué bien cara. A los pocos días ví á la *jaca blanca*, un venerable penco noble y trabajador que estuvo en nuestro poder hasta la muerte, atada á un olivo y dando fin calmosamente de un más que regular haz de forraje. Acercarme y alborotarse el penco, todo fué uno. No puedo decir cómo pasó el lance; sólo recuerdo que abrió la boca y con sus dientes grandes como fichas de *dominó* me agarró por el pecho, y me elevó con el pescuezo tirante hasta la copa del olivo. ¿No quieres nidos? — parecía decirme— ¡Pues sube por ellos, anda!

Creo que yo armaría tanto escándalo como los pajarillos. Acudió gente, quitáronme de la boca del bruto, le dieron una paliza proporcionada á tan grade desacato, es decir, hasta que echó el forraje por los ojos. Habíanse cambiado las tornas; antes fuí yo el más débil; después, ante los gañanes estaca en mano, el penco delincuente era el más débil y bien se lo hicieron conocer.

Resultado: que me quedó una gran mancha de color de terciopelo obscuro en el lado izquierdo del pecho que sólo desapareció mediante el trabajo guloso de unas sanguijuelas. He ahí la profunda relación de los hechos en el mundo. Aquellas pobres sanguijuelas, ahitas de agua y metidas ayunas en un bote, estarían pidiendo sangre. Para conseguirla fué necesario que estuviera el venerable penco atado al olivo y celoso de su forraje; que yo me acercase á él, que él saliera de sus casillas por vez primera, que me agarrase en carne, que la magullase

bien... En último resultado, yo y el penco blanco trabajamos para las sanguijuelas. ¿Para qué otra especie trabajarían ellas en mi carne magullada?

Todavía conservo la cicatriz de las picadas y las conservaré ya toda la vida: trazan una especie de cruz sobre la piel, una condecoración indeleble que me recuerda constantemente una horrible crueldad y una famosa justicia. Porque me complazco en creer que los dientes del caballo fueron aquel día instrumentos vengadores de aquella doliente pareja que lloraba á sus hijos en la rama solitaria, con un piar lamentoso que hacía estremecerse á las piedras.

¡Qué noches aquellas de la infancia en el campo! Mientras los grillos repiten la única nota de que disponen, suelta el sapo en la charca su voz aflautada, como el eco dulce de un instrumento pastoral. Las luciérnagas se arrastran llenando las hierbas olorosas de suaves resplandores

de pedrería ¡bichitos de luz! y á mis hermanitas les ponemos diademas oscilantes, topacios vivos que iban y venían enredándose en los cabellos... Allí aprendíamos el mapa del cielo, un mapa pintoresco que un pastor nos enseñaba: nuestro observatorio eran los haces de heno que olían á flores secas, á semillas, y en ellos nos tumbábamos cara al cielo, para abarcar aquel inmenso casco azul llenito de estrellas. *El carro*, *las mulas*, la estrella *clavá* que no se menea *pacá ni pallá*, según el maestro: las cabrillas, las tres marías, los *artillejos*, el *lucero miquero*... y en el rodar majestuoso de aquella serena inmensidad, hallaban los pastores la hora y leían las próximas alteraciones de la atmósfera.

¡Ah, heredad querida, casita blanca, valle florido, fuentecita que ríes ó cantas la misma canción con tu chorro inagotable, castaños umbrosos, cumbres olorosas, prados alfombrados de rosas bravías, manchón mon-

tuoso con tus robles y madroñeras, montones de heno rellenos de luciérnagas, cigarras y grillos incansables, cánticos de la vendimia, días espléndidos, serenas noches, leyendas de la Biblia, versos de Arolas volando como mariposas de color de fuego bajo los frescos parrales, infancia, infancia, bien del mundo!... ¡Cuán lejos estáis!

Aquel vallecito me atrae... aquellos cerezos y guindos mueven sus ramas como llamándome ¡ven, ven! El alma reseca y lastimada, que no en balde chocó tantas veces en pedernal y en acero, vuélvese allá «mordiéndose la cola.» ¡Ven, ven! aun hay cerezas y oropéndolas y mirlos que las piquen. ¡Ven, ven! Y el alma, anhelando esas blanduras bien olientes, esas pacíficas soledades en que las grandezas son reales y efectivas y la Naturaleza tiende su manto opulentísimo, verde en la tierra, azul en los cielos, murmura queriendo ó sin querer,

Baixo á plácida sombra d' os cantaños
D' o noso bon país

. . . . . .

¡Ay! No voy, acaso no iré. Varias veces estuve cerca, á unas cuantas leguas. Subía á los picos más altos, y desde ellos miraba... ¡Por allá debe ser! Aquella niebla que sube, aquella mancha obscura que parece de árboles...

Si fuera, y el vallecito no despertara en mí la vibración intensa que yo guardo como oro en paño; si los rosales no dieran las rosas de antaño y los cerezos y los guindos y los manzanos no tomasen vida y pasión en mis recuerdos; si la casita no fuese ya el nido de mis primeras emociones estéticas, y aquel pedazo de tierra impasible y profanado no fuese sino tantas ó cuantas fanegas destinadas á esto ó lo otro; si todo aquello no me hablase como me debe hablar, entonces ¡ah, no «me mordería la cola;» me la arrancaría á pedazos!

Es mejor esto: seguir soñando, tendido idealmente

Cabe á figueira d' paterna casa
que anos conta sin fin

Hay avaricia de ilusiones, hambre y sed de recuerdos puros, de oasis mentales que templen la aridez infinita de este desierto, que no tiene otra bondad que la de acabarse pronto. La añoranza es dulce por el espejismo. Las pobres algas que las tempestades arrancan del fondo y amontonan en las playas, siguen llenando el aire de perfumes excitantes, bajo el sol que las seca, la brisa que las deshilacha, la arena humedecida y amarga que las pudre.

¡Guardemos el tesoro! No lo derrochemos como derrochamos tantas cosas. Mientras haya una ilusión, el hombre es rico. Yo quiero guardar las que me quedan y oir de lejos, como los pobres amantes obcecados, algo tierno y tranquilo que me llama con rumores apacibles y con antiguos encantos: ¡Ven... ven!...

La virtud en espectáculo

Juzgo muy natural que un pueblo quiera divertirse y que para esto y por atraer forastería que haga la costa, organice sus fiestas. Natural es también que antes de hacer las fiestas eche á volar el programa anunciador, y más natural todavía que el susodicho programa lo haga el alcalde, que al fin y al cabo suele ser la única persona que no sabe hacerlo.

Yo no sé ni puedo decir si se gana ó se pierde tiempo leyendo esos carteles, porque en toda mi vida no he leído más que uno, descansando en la palabra honrada de los que me certifican que todos son iguales. Ello es que leí uno, ya que en el mundo hay

que probar de todo, y os aseguro que me quedé encantado. El «número» que más agradablemente me impresionó fué el relativo á los premios á la Virtud. «¿Solemne reparto de premios á la Virtud?» Hay que ver eso. Esto y la «abundante limosna» que el cartel rezaba, eran la parte moral de las populares fiestas.

La cosa se hizo bien; doy fe de ello. Un excelente salón adornado con plantas tropicales, espejos y colgaduras, era el escenario de la Virtud. La concurrencia «selecta y distinguida» según cuidó de decirnos al dia siguiente uno de los periódicos locales, que dedicó dos planas al asunto. Cuando los dos individuos favorecidos por la Virtud y por el Jurado entraron en el salón y subieron al estrado para recoger el premio, la banda de música aglomerada en una galería, tocó con exquisito gusto una deliciosa tanda de *walses*.

Después, un buen señor con la cara tan roja como el respaldo del sillón,

nos pronunció un discurso. En seguida hizo entrega á los interesados de un diploma y un billete de veinte duros por barba. Otros señores hablaron después recomendándonos la conveniencia de ser buenos para que nos den un billete de cien pesetas. La moraleja no podía ser otra.

Los premiados estuvieron quince ó veinte minutos expuestos, con mucho gusto por su parte, mientras la música amenizaba aquel acto colectivo de inspección ocular. El señor presidente,—que de no haber llevado colgadas del cuello las insignias de una Encomienda, no hubiéramos podido distinguir si su cara era el respaldo del sillón, el respaldo su cara, ó estaba decapitado,—levantó la sesión á punto que el *ambigú* se abría.

«Los concurrentes fueron espléndidamente obsequiados con helados, pastas, vinos y cigarros.» Después de haber obsequiado á la Virtud, concepto abstracto si los hay, justo era dar al vientre lo suyo, ya que no exis-

te tirano más concreto en todo el orbe. Y los que no éramos virtuosos oficialmente, tuvimos siquiera esa terrena compensación de repostería.

Los del premio, eran un camarero que tenía seis hijos y había devuelto puntualmente una cartera henchida de billetes del Banco y otros valores, al encontrarla olvidada por su dueño sobre un diván del establecimiento en que servía. El otro era un trabajador, también con hijos, que al pasar cerca de un pozo, en el campo, oyó lamentos, vió á un niño en el fondo, bajó á éste y salvó al niño.

El enternecimiento de la sociedad no tenía pero. Pero... ¿Cuál es la verdad? preguntaba Pilatos á Jesús. ¿Cuál es la Virtud? nos preguntamos unos á otros. ¿Tan mal concepto tenemos de nosotros mismos, que necesitamos premiar pública y solemnemente á uno porque no quiso ser ladrón, y á otro porque no fué pasivamente asesino? He ahí esos hombres—decía la sociedad—uno pudo embolsarse boni-

tamente la cartera donde había mucho pan para sus hijos; otro pudo pasar de largo junto al pozo y, pensando en sus hijos también, dejar al del vecino en las garras de la muerte. ¿Han visto ustedes qué cosa más extraordinaria?

Y con esto venimos á demostrar que lo ordinario, lo corriente entre hombres hubiera sido quedarse con la dichosa cartera y dejar al desdichado niño que se pudriera en el pozo. ¡Valiente mitra se pone la sociedad con estas demostraciones!

No digo que no merecieran el premio: realmente lo merecerían... atendido al nivel moral. Como todo es relativo, para nosotros puede ser heroico lo que en sí no sea más que el cumplimiento de los deberes elementales. Esto depende de cómo cumplamos la generalidad esos deberes.

Hay naciones que de cualquier soldado hacen un príncipe. Basta un soplo de fortuna para que se vuelque el ánfora de las recompensas. Estos pue-

blos no pueden contar con héroes, porque sobre el altar del severo Deber ponen al versátil Exito.

A medida que baja el nivel aumenta la aparatosa y teatral exageración del premio. Hay que fingir montañas donde sólo hay verrugas... Y subimos á la Virtud al escenario y la exhibimos como un número más en los programas de festejos.

¿Es qué no hay virtud? ¿Pues no había de haberla? Pero no subirla al escenario ni tendería la mano para recoger diplomas y puñados de pesetas. A la sociedad tampoco le interesa mucho. Es necesario que la honradez sea eso; el golpe seco del bombo que hace temblar la boca del estómago. El diario y doloroso cumplimiento de los grandes deberes, la lucha silenciosa y titánica, el sacrificio continuamente consumado en el seno de la modestia obscura, eso no sirve para el programa ni vale un rábano para este mundo en perpetua farsa.

¿Cuál es la Virtud? continuaba yo

preguntando en tanto que el camarero aquel, después de haber colgado su diploma, seguía llenándonos de pesetas falsas cada vez que tenía que devolvernos algo. Había juego en uno de los salones de aquel templo de Mercurio y todo el ripio sucio que metían los *puntos* corría en las *vueltas* que era un primor. Un espasmo de la conciencia ante la cartera henchida de dinero y una serenidad de ánimo inaudita para irnos robando moneda á moneda... ¿Acaso la honradez se somete á regla de proporción, y se determina en cantidad numérica? Y, caso de ser así, ¿no es más lógico que á mayor provecho correspondiese menor honradez? ¡Vaya usted á desliar estos líos!

El trabajador, con los veinte duros del premio dióse á la bebida. Los respetables señores del Jurado calificador le hicieron un flaco servicio. Ya en este camino, abandonó el trabajo y se entregó á la desdicha. El hombre que se tiró al pozo á riesgo de estre-

llarse en él por salvar de la muerte á un triste niño, dejó á los suyos abandonados en ese otro pozo sin fondo de la ignorancia, del hambre y todas las miserias... ¿Cuál es la Virtud?

La perversión de ideas es el principio de las decadencias, porque á ella corresponden por orden lógico y natural la perversión de las costumbres, la de los conceptos y hasta la del idioma. Aquí, donde hemos inventado eufemismos para no llamar á nadie pillo, ladrón ni falsario, caen bien las atenuaciones del mal y las exageraciones de lo mediano. Posible es que esta novedad de la Virtud en pleno espectáculo sea una verdadera necesidad de los tiempos. Hay que presentar algo de bueno... á veces con algunos átomos de oxígeno se salva un hombre. El fin es recto, pero eso no quita para que el medio sea tonto.

Fichte, en sus delirios de ideísmo trascendental, confundía la creación con el conocimiento. «El Yo, al tener conciencia de sí, se crea á sí mismo.»

Y de este principio se derivó su ridícula frase, que se hizo muy célebre en aquel tiempo: «En la próxima conferencia me propongo crear á Dios...»

Algo de esto hacemos nosotros. A lo mejor sale un alcalde que, nuevo *Fichte*, nos anuncia que para los próximos festejos se propone crear á la Virtud.

Y, para estos casos, nadie debe echar en saco roto cuán importante es que la Virtud vaya al concurso acompañada de buenas y positivas influencias.

Música celestial

Cuando oí la primera ópera italiana era ya talludito. Si no recuerdo mal, había pasado por el examen de física y química como alma que lleva el diablo. Baste decir que demostré perfectamente el misterio de la imagen en los espejos planos. Para ello, tracé una línea horizontal del grueso de un dedo: hice por la parte de arriba una figura cualquiera; la repetí por la parte de abajo y... aquí tienen ustedes demostrada la cosa. El digno profesor hizo constar para mi conocimiento y el de los otros futuros sabios que aguardaban la vez, que el supuesto objeto y la supuesta imagen que yo había trazado, se parecían entre sí

como el huevo y la castaña. Salí bien, porque no es cosa de perder el año por un poco de tiza de más ó de menos, y porque ya sabemos lo que son Institutos en el mundo.

Esto lo digo para que se vea que yo no era cualquier cosa cuando fuí á ver y oir mi primera ópera. Por lo menos sabía el por qué y cómo de la imagen en los espejos planos. Hay exministros por ahí que no lo saben. Iban conmigo un pariente, gran aficionado, dos compañeros de estudio que se peleaban sobre si la tiple, sobre si el tenor... y como autoridad suprema un D. Raimundo que solía cantar de oído canciones italianas como *morire..... perchè t'amo*, y cosas por el estilo, que no eran el menor encanto de nuestras tertulias y bailoteos. Cuando iba á reuniones más elevadas, á casa de algún señor magistrado, de algún señor concejal, ó de algún señor contratista de sustitutos para Ultramar, el muy lagarto cantaba con un papel de música por

delante; el primero que cogía. Esto le daba cierta importancia.

En cuanto á frenillo, D. Raimundo estaba tan entero como cuando nació. No hubo forma de que se lo cortara porque temía con más ó menos fundamento, que el cirujano se llevara la lengua por delante y entonces ¡adiós *morire, perchè t'amo* y demás cosas bonitas que balaba con los ojos en blanco cual un moribundo de amor.

Creo perfectamente excusado decir que fuimos al *paraíso*. No había para otra cosa. Además, D. Raimundo opinaba que mientras más alto mejor se oye; y tan alto fuimos, que no podíamos mantener ningún linaje de intermediario entre nuestra cabeza y el techo. Allí encontramos las distinguidas señoras y lindas hijas de los señores magistrados, de los señores concejales, de los señores contratistas... todas las tertulias de D. Raimundo pidiéndole parecer y llevándolo en palmas. D. Raimundo charlaba, charlaba... Cuando no se le rompió espon-

táneamente el frenillo, es que no se le rompe nunca.

La orquesta estuvo concertando un rato: por aquí saltaba una flauta, por allá un trombón, el de los timbales la emprendió á redobles, el contrabajo por no ser menos comenzó á bramar como un toro celoso, los violines hacían escalas, los clarinetes chillaban como viejas riñendo... Confieso con rubor que pervertido con la anarquía musical del inevitable piano, creí de buena fe que estaban tocando, y hasta dije que no me parecía mal, cosa que me valió una severa reprimenda del crítico. ¡Ahí es nada! ¡Confundir el templado de instrumentos con la sinfonía!...

El teatro, que estaba medio á obscuras, se iluminó de pronto. Sin duda creen que la luz no hace falta más que cuando hay algo que oir. Vino el director, sentóse faldones para fuera, y siguieron la flauta por aquí, el trombón por allá...—Vaya,—dije,—se conoce que estos músicos quieren

tener los instrumentos como un reloj: todavía andan templando. Otra reprimenda de D. Raimundo advirtióme de mi profundo error: ahora confundía la sinfonía con el templado. ¡Les digo á ustedes que salí con una reputación aquella noche!... Acabada la sinfonía, comenzó el aplauso. Las señoras estaban conmovidas por aquella sonora ráfaga de melodías en manojo. Subió la cortina y apareció una selva *medioeval*. Allá en el fondo, sobre una abrupta peña se veía un castillo tan grande como el sombrero de D. Raimundo: á la derecha un pabellón con escalinata de cajones: á la izquierda una á modo de iglesia conventual con persianas verdes. El indispensable coro de entrada se despachó á su gusto. Eran unos buenos señores que iban á la guerra; creo que para tomar aquel pobre castillo del tamaño de un sombrero. Lo que es como lo tomen—decía yo—no va á ser mal chasco. No caben arriba de corista y medio. Con gran sorpresa vi que de

la santa casa sacaron unos vasos de estaño, tantos como coristas había; ni uno más ni uno menos. Llenáronlos de vino hipotético y con tan fausto motivo cantaron como becerros. A cada trago de aire, se entusiasmaban al parecer... por último se fueron á la guerra confortados con aquella merienda.—Esos soldados son españoles — dije candorosamente — no hay más que ver la clase de alimentación...

Salió la tiple como una mosquita muerta y cantó cuatro cosas sentimentales poniendo al público en antecedentes de lo que pasaba. Ella quería al tenor—cosa que acontece á todas las tiples en todas las óperas—pero el tenor quería el castillo aquel, que «daba la casualidad» que era de su señor padre. Antes, todas las hijas se enamoraban de los mancebos que venían á echar abajo los castillos y á sacarle las asaduras á los padres. Sobrevino el tenor con su correspondiente aria que dió ocasión al correspon-

diente dúo. Entre sol y fa se pusieron de acuerdo. ¿Qué obstáculo existía para que ellos pudiesen cantar dúos un día sí y otro también? El tirano padre, el bajo cruel que abusaba de su voz y no dejaba resollar á la inocente pareja. Pues á bien que contra siete vicios hay otras tantas virtudes: la paloma sin hiel quedó encargada de quitar de en medio al bajo por el medio más expeditivo posible, ó sea de un jicarazo.

Tomada «la fatal resolución,» cantaron otro dúo como responso anticipado á la víctima elegida, lamentándose de paso de los aprietos en que los padres ponen á las hijas por no darles soga larga en esto de los amoríos... y eso que estaban cantando en plena selva, á tres leguas del castillo paterno y sin que nadie les estorbase la menor *fioriture*. ¿Qué querrían que hiciera el pobre bajo?

El tenor era una preciosidad. Tenía una barba rubia, partida á lo Nuestro Señor Jesucristo: unas calzas celestes

que daban la hora y con su jubón acuchillado, su escarcela, su espada, su puñalito y sus encajes, estaba, no digo para tomar un castillo, sino todas las tiples que fueran saliendo. A la vista de aquella hermosura un tanto masculina, las distinguidas cursis justificaban el jicarazo que la tiple había de atizar al bajo. La tiple también estaba vestida de rigurosa Edad Media: bata de cola, polisón, regular escote, pulseras, collar de piedras falsas...

A todo esto, principió á entrar gente en los palcos y á oirse un taconeo en la sala, que el teatro se venía abajo. Los elegantes de provincias entran muy tarde, como diciendo:—¡Si creerán éstos que yo no he visto óperas en mi vida!—El paraíso se hundía á siseos: allí estaban la fe musical, el arte meditabundo, la alta crítica.

Cuando el tenor se iba por la izquierda apareció el bajo por la derecha: naturalmente, hubo sus dares y

tomares; la tiple ponía el grito en el cielo, pero no había gorgoritos que valgan. El bajo, por muy tardo que fuese, había visto la contera de una espada metiéndose entre bastidores y por el hilo sacó el ovillo, de cuyas resultas prohibió terminantemente á la triste beldad andar por el campo como perro suelto. Ante tamaña barbarie se confirmó lo del tósigo: en un aparte de seis ó siete compases púsonos al corriente, viniendo á decir la cariñosa hija, en recitado, que si antes pensaba dárselo como una, ahora se lo daría como una docena y media, «porque vivir sin él, era imposible,» y que por tanto, bien podían irle abriendo á su señor padre la sepultura. Aquí terminó con una brillante escala y una fermata que estremeció al paraíso. D. Raimundo daba saltos, las niñas lloraban y aplaudían, y había zamacuco que decía á sus hijas: Muy bonito, ¿verdad? ¿Has visto qué frase esa?

También había tenores ocultos que

guiñaban á las tiples del paraiso, como diciendo: — Ya tú ves. Para gozar del mundo no hay cosa como un jicarazo á tiempo. ¿Te atreverías tú, monina? Y las calladamente aludidas contestaban diciendo con los ojos:—Dejemos á Su Divina Majestad ese trabajo, ¿no te parece, rico? Y replicaban ellos:—No lo haces porque no me ves con calzas celestes, jubón acuchillado, espada, escarcela y puñalito; ¡que si me vieras!

Por fin, el bajo cruel se llevó á la tiple casi arrastrando: porque antes pasaba eso; decía una hija, no me conviene irme de aquí, y si el padre no tenía fuerzas suficientes, llamaba al vecino ó traía una mula. Se conoce que el bajo aquel estaba bien mantenido y en disposición de arrastrar á toda la familia. El tenor, que andaría paseando, acordóse de que había dejado á la novia con la palabra en la boca y acudió á remediar su falta. Un partiquino que salió, no se sabe de dónde, le enteró de la escena de pro-

hibición y arrastre y, como es lógico, el tenor tiró de la espada y llamó á su gente. Entró el coro á ver qué pasaba á su capitán. Aquellos pobres señores no estaban para muchas guerras: con todo, hubo su coro de venganza con juramento indecisorio y quedó acordada la extirpación del bajo. La suerte de este bello sujeto no podía ser dudosa: dentro de casa le acechaba el tósigo filial; fuera, aquellas espadas, poco temibles al parecer, pero no debe uno fiarse de las apariencias. En este punto empezó á sonar la campana; salieron los frailes y supongo que dirían á los guerreros que toda vez que estaba ya acordada y resuelta la supresión del bajo y la destrucción del castillo con todos los coristas que osasen defenderlo, no había cosa mejor que una plegaria en clave de sol, con lo cual es fama que han logrado vencer todos los tenores del mundo. La emprendieron con la plegaria que rezó el tenor con la espada en la mano haciendo

como que amenazaba á las bambalinas y al mundo entero. Con esto acabó el acto y D. Raimundo principió su conferencia.

Confieso que aquella serie de melodías ripiosas, engarzadas según los consabidos cánones de la santa rutina, hiciéronme bostezar: confieso que el libro, la acción, lo que debe ser el hueso de la médula lírica formábalo una ristra de disparates, trozos y recortes de algún melodrama con que se les erizó el cabello á nuestros mayores. Y confieso, por último, que me dormí como un bendito. Así, entre sueños pude apercibirme de la honda preocupación del paraíso: ¿daría el tenor el *do de pecho*? D. Raimundo opinaba que no podría, pues le constaba que antes de la función se había comido un timbal de macarrones que pesaría media arroba. Y, ¿á un hombre que lleva en sí media arroba de masa, va usted á pedirle el do de pecho?

No recuerdo en qué vino á parar el drama, aunque lo supongo. El te

nor dió el do de barriga, que no de pecho, pues cuando llegó la hora echóse mano al vientre y se vino sobre la batería á paso de carga como diciendo al consabido timbal: ¡ó sales ó estallo! Y soltó un berrido que fué el *disloque*.

Allí lo dejé revolcándose, destrozado por el do ó por la puñalada justiciera con que en todo drama lírico se premia á la virtud y se castiga al vicio. La melodía, el motivo clásico ayudábale á bien morir como antes le ayudó á enamorar: la melodía bien administrada sirve para todo.

Salimos, digo, y aunque muchacho, no dejé de pensar... ¿Esto es lo que el Arte da? ¿Este es el gran Arte? Concedíale yo á la música un papel más importante en la esfera humana. El Arte en general tiene medios de realización bien concretos: la idea há de expresarla el artista por la palabra, por el golpe del cincel, por la pincelada tenue ó vigorosa, por la línea ajustada á la proporción... pero y luego?

ideas que no se expresan por estos términos concretos, ¿cómo se expresarán? Por el sonido, por ese medio alado, impalpable, difuso, que tan bien se acomoda á la vaguedad del alma, ávida de finuras estéticas.

Para eso es necesario que exista una música *libre* que suene á naturaleza: bronca, suave, tempestuosa y sincera, que refleje los estados del espíritu y los aspectos del mundo; algo animado y vibrante, como arrancado al ritmo del universo, que sea al arte lo que los rayos ultra violados son á la luz, como el éter á la mecánica, como la electricidad á la vida. ¿Y en vez de eso, nos dan melodías amañadas, soñolientas, combinaciones orquestales ampulosas y falsas, acomodadas á fuerza de cuña á dramas ñoños ó ridículos que hacen bostezar al sentido común? ¿Esto es lo sublime? ¿Esto es lo clásico? ¿Esta es toda la majestad etérea del sonido? Pues me llamo á engaño y me río de las generaciones de tontos que vienen aplau-

diendo y gastándose los cuartos, por rutina también.

Dice Fernández de Córdova que era en su tiempo signo de mal gusto no derramar algunas lágrimas ante los apuros de la tiple y del tenor, y que quien tal prueba de insensibilidad daba podía contarse por muerto en el mundo de las conquistas. Hoy no se llora, pero se aplaude: se aplaude todo lo que viene con el sello de la vulgaridad eterna; inocentadas, berridos, hinchazones... todo el invariable repertorio de ropa vieja con que nos prostituyen los oídos.

. . . . . .

Pasó tiempo y oí algo de Wagner. ¡Ah, esto es el principio de alguna cosa grande que viene por sus pasos contados! Abrese el período mioceno en el arte... ¡esto es una aurora! ¡Y pensar que acaso los aficionados de mañana encontrarán ñoño á Wagner, á Wagner, el revolucionario de hoy! Pasará, sí, arrollado por la cul-

tura del mundo, de un mundo que no dará miles de pesetas ó de duros á un tenor, para que dé el do de pecho con la barriga rellena de macarrones!

Cereal

—Sentaos cerca de mí: escuchad cuanto voy á deciros, con interés ó con paciencia. Ya sabéis que agonizo... me voy allá ¡quién sabe! «Un poco más y ya no me veréis;» como decía el Maestro.

Mientras sus dos amigos se sentaban en el fondo de aquella galería obscura, miró el enfermo con ansia silenciosa el pedazo de cielo que desde allí se descubría. Rodaban las áureas ruedas del Carro sobre la celeste cumbre; la estrella polar remataba con su blancura inalterable la lanza diamantina de la «Osa menor» y el ojo del Dragón parpadeaba, como eterno vigilante de los astros.

—Nuestra conversación va á tener la solemnidad de un testamento. ¡Abrid los oídos, vosotros que viviréis! Desde que sentí eso que llamáis Razón, procuré darme cuenta de un misterio; el gran misterio de la infelicidad humana. Acudí á las teogonías, y no ví más que dioses luchando con dioses y con hombres. Acudí á la Historia y no ví más que hombres matándose unos á otros por cosas pueriles. Refugiéme en la Filosofía y seguí paso á paso el concepto fundamental de las cosas desde Platón á Aristóteles, desde Aristóteles á los Alejandrinos; seguí la huella peripatética que iban dejando los árabes con Averroes, los judíos con Maimonides y recibí el resplandor de la Escolástica que me enviaban Alberto el Grande y Santo Tomás... Hundíme en las teorías contrarias de Lulio y Bacón, saturé mi espíritu de la duda metódica de Descartes, asistí al estéril renacimiento de Aristóteles en Liebniz, de Platón en Malebranche, de los Alejandrinos en Spinoza y Sche-

lling, y caí de bruces en los delirios sensualistas de Loke y Condillac y en las negruras escépticas de Hume. Contemplé el nacimiento del criticismo moderno en Kant, llegué al semipanteismo ideal de Hegel hasta dar con mi cuerpo en la trinidad negra de Schopenhauer, Harmann y Leopardi... ¡Un cielo brumoso lleno de ideas, de astros, de ráfagas blancas que desaparecen!

Vi que con tantas ideas, el concepto viviente de la libertad humana seguía siendo un dorado mito: en lo abstracto se emancipa el hombre; en la realidad concreta se desdobla en las dos conocidas clases, siervos y señores. Mientras esto exista, la humanidad infeliz no saldrá del *valle de lágrimas*. Caí en la cuenta de que las ideas no eran bastante poderosas para romper los nudos que nos amarran hasta rasgar la carne. ¿Qué hace al hombre siervo? El pan. ¿Qué hace al hombre libre? El pan.

El divino Maestro no consagró en el

cenáculo como substancia mística la carne del cordero pascual, sino el pan, la forma elemental de la vida, y, al darlo á los apóstoles diciendo, «este es mi cuerpo,» dejó la fórmula del porvenir alumbrando á las generaciones.

¡Dadnos á todos el pan nuestro de cada día y no habrá siervos, ni señores, ni explotadores, ni explotados... la tierra libre, la «ciudad doliente» redimida por el Amor, la Justicia bajando desde las abstracciones á la realidad, la paz fecundando al mundo, el trabajo digno y decoroso, aceptado por el deber, no impuesto á latigazos sangrientos por la miseria!...

Y aquel pobre enfermo medio agonizante, volvió á mirar el pedazo de cielo con ansia silenciosa, cual si contemplara entre aquel áureo centellear de los astros la súbita transformación de la «ciudad doliente.»

—¡Delirios! dijo uno de los amigos.

—¡Hervores y llamaradas de la fiebre! dijo el otro.

—Delirios, no. Llamaradas de la fiebre, tampoco. ¡Realidad, realidad que yo poseo y no he de contemplar!

—¿Acaso, tienes la fórmula?

—Tengo más. Tengo el hecho.

La luna iba elevándose tiñendo con verdosos tonos el campo de estrellas... dos astros erráticos hendieron el espacio, dejando un largo reguero fosforescente como trazos de una inmensa rúbrica.

—Veo vuestra sonrisa. Es la misma de Hierón cuando Arquímedes inventó la teoría de los pesos específicos. Allí gustaban más de los espejos incendiarios, ¡una niñería!

—Sea. Pero dinos dónde esté ese hecho.

—¡Aquí!—Y adelantó su mano sudorosa en que la piel quemaba.—Esa es mi herencia.

Era un grano de trigo, un solo grano, pero enorme, ocho veces mayor que los que la tierra produce.

¡Hermoso ejemplar! Y, ¿esto encierra una revolución?

—Eso. No es más que un grano, la unidad mezquina del *Triticum sativum*, y en él está el porvenir del mundo. Voy á explicaros este misterio. La historia dice que desde Bizancio enviaron á Augusto una planta de trigo que tenía cuatrocientos tallos con otras tantas espigas. Plinio afirma que desde la misma comarca enviaron á Nerón otra mata de trigo con más de trescientas espigas. Podría citaros á muchos que, como Shaw y Francisco Neufchateau, han visto plantas con 100, 140, 200 y 376 tallos en inmejorable granazón. Ya veis el poder germinativo de una semilla.

Conocido este hecho excepcional, demostrativo de la existencia de una gran fuerza latente, ascendí hacia la causa, hacia la ley que determina el fenómeno. Recordé el sueño de Faraón y vi iluminado con súbito resplandor el sentido de aquel símbolo. Eran muy poco un Faraón y el problema económico de Egipto para

aquellas gentes que hablan á la humanidad asomándose á la Biblia *Septem spicæ pullulabant in culmo uno plenæ atque formosæ*. Y detrás de aquéllas venían otras siete espigas delgadas y roídas del tizón.

Después de la inmensa expansión germinativa de los primeros períodos de la época cuaternaria, vino la disminución, la atrofia parcial de los reinos organizados. ¿Por qué? Lo ignoro. Pero sé que la suma de energía creadora es inalterable, y de ahí esos saltos atávicos que ponen en la mata de trigo cuatrocientas espigas.

En el albor de las razas sintió el hombre como embrión religioso el respeto hacia esas grandes fuerzas de la Naturaleza. Así, creo firmemente que Ceres no es griega ni egipcia ni asiria ni caldea... es *humana*, en el sentido de ser concebida antes de que existieran los pueblos. Grecia vistió con ropaje inmortal aquella adoración de los primitivos hombres, que pasó desde el fondo de las cavernas y los bos-

ques á resplandecer en las teogonias. ¡Fiestas cereales! Los rastrojos se extienden como tapiz dorado sobre el campo en que álzase repetida la figura hermética del dios Término: en el bosque de laureles refúgiase Chloe con sus verdes ninfas: á la sombra del pino que llora lágrimas de ámbar, con la frente coronada de pámpanos frescos reposa Pan, mirando la nube áurea que levantan en las eras: el viento salado que lleva disueltas espumas jónicas, esparce el sagrado cántico por la atmósfera azul rasgada por los laureles del Olimpo...

Y el enfermo calló, regocijado con la interna visión de aquellas fiestas clásicas, oyendo acaso el sonido de las flautas griegas y el himno á Ceres entonado por el coro de mujeres hermosas, vestidas de blanco y coronadas de espigas.

Amigos, perdonadme. Esas estrellas erráticas que pasaron, me recordaban las zorras con el hopo ardiendo en que los romanos simbolizaban la ciza-

ña. Vamos á lo que importa; á la realidad presente.

Seguro de que toda especie vegetal ha tenido su precedente con desarrollo potentísimo, convencíme de que los hombres no han salido de un grande error que los empobrece. Todo lo pedimos á la tierra, nada al organismo. Y cuando la tierra no produce decimos que está cansada, *anémica* y acudimos con remedios empíricos y tónicos tradicionales. Mirad con cuánta dificultad respiro: ¿es que hay menos oxígeno en la atmósfera? Siempre hay el mismo. ¡Dadme pulmón y veréis cómo lo aprovecho! Este es el problema, amigos míos.

No es posible romper por ningún punto el inmenso círculo de la Naturaleza. Lo que la tierra da, vuelve á la tierra: lo que la atmósfera presta, la atmósfera lo cobra. Hay un principio de integridad que es indestructible. Lo mismo os digo de la energía. Cada átomo tiene su energía: cada célula y cada cuerpo, la suya; rela-

cionándose con la energía del planeta, con la energía del sistema, con la energía del infinito. La fuente no se aminora.

Convencido de esto, fuí á buscar, ¿qué diréis? La *gemma madre*, el alpha de la familia, la que en distintos estados de su propio ser dió al mundo la forma elemental de la vida y el gran estímulo del trabajo humano. Como en los lagos subterráneos parecen dormir las aguas, así reposa la energía en ese ejemplar olvidado que arrastra su aparente languidez á través de los siglos.—¡No produce! decimos sin ver más que el hecho actual. —Romped la tierra y aprovechad mi caudal, dicen las aguas subterráneas. —Ponedme en acción, grita la planta madre brindándonos su tesoro acumulado.

Busqué y hallé. Un solo ejemplar, pero bastó á mi intento. Tiré á la tierra un grano de trigo, germinó, lanzó su tallo ávido de atmósfera é ingerté con él con la *gemma mater* el

jugo primitivo. ¡Prodigios de la energía! Vierais crecer aquella plántula, echar cañas del grueso de un dedo, hojas anchas, vigorosas, de un verde azulado; después, florecer, granar, sazonar treinta espigas gigantes con granos de ese tamaño en que va almacenada la energía de los primeros tiempos. ¡El mundo se salva! Ahora sí que podrá lanzar al viento el cántico sagrado de la diosa Ceres.

—Y ¿no tienes más que un grano?

—Uno. Ese. Veréis qué historia. Con la honda sensación de quien descubre algo más que un continente en la tierra, algo más que un mundo en el espacio, recogí religiosamente los 2,480 granos que abrían la Edad novísima en la Historia humana. Espantado de mi propia labor—porque todo lo grande espanta—salí á comunicar mi alteración con la tierra, con el cielo, con las aves y los peces... ¡No me cabía en el alma la magnitud del resultado! Recuerdo que besé la tierra, que quise besar los astros, que

grité en el seno de la augusta soledad para que el Universo se enterase, y me sentí soberbio de mi obra, envidioso de las grandes fuerzas, avariento de mi tesoro... Y tosía, tosía, y á cada golpe de tos lanzaba un esputo carminoso, como una sonrisa irónica de la muerte. No sé qué voz de la altura recitaba implacable estos dos versos del Dante:

Superbia, invidia ed avarizia sono
Le tre faville é hanno i cori accesi.

Volví á mi casa y ¡adiós soberbia, adiós envidia y adiós granos de trigo! Unas hormigas laboriosas y buscavidas se los habían llevado. No me dejaron más que uno: ¡éste! Removí el hormiguero, recuperé mi hacienda, pero ¡oh dolor! las sabias hormigas habían roído el germen, arrancando la energía celular para que no brotase en los húmedos senos de su vivienda.

Ahí lo tenéis. Salvado como Moisés de la catástrofe... No veré la segunda planta desarrollando su tesoro de

energía acumulado en el seno del tiempo y el espacio. No sé si esto es lógico, pero es triste. Permitidme algo más... «Un poco más y ya no me veréis.» Pensad en esto. El grano de trigo da por término medio cuatro espigas: la espiga cuarenta granos.

Yo os daré por cada grano treinta espigas y por cada una ochenta granos. Son 2,480. Y como el grano es ocho veces mayor, os vengo á dar 18,840. Esperad: merced á la buena disposición orgánica que la fuerza activa desarrolla, producirán tres cuartas partes más de terrenos que ahora no se cultivan, y tendréis 56,520 granos por cada uno de los que hoy echáis á la tierra. Esto es el pan para todos, la libertad para todos; ¡no más siervos, no más señores! El hambre no será el lazo envilecido que sujeta á los hombres con cadenas de horrores y de lágrimas. Las bestias útiles aumentarán en proporción de su alimento pródigamente brindado: los desheredados comerán carne, y con

la nueva energía la raza sentirá el vigor de una solidaridad fecunda que la empuje resueltamente por el camino de su perfección ideal.

¡Dadnos ideas! gritarán entonces las muchedumbres que hoy gritan ¡dadnos pan! ¡Ah, Ceres; tú que fuiste para el hombre la inspiración de sus nupcias con la tierra, la primera idea de paz y de trabajo, la primera forma de su derecho, el primer destello de su justicia, la antorcha que alumbró el camino... eres para el hombre civilizado la esperanza de su redención social! ¡Qué inmenso círculo de errores hasta volver al punto de partida.

Amigos míos, elevad vuestro cántico de vida... Yo soy la Sociedad enferma que muere porque la matan sus úlceras. Acompañad mi agonía con el grito de triunfo de las razas dolientes: entonad el himno de paz y de esperanza ante el altar de Ceres Redentora... ¡Alzadme una estatua colosal de mármol blanco, y tapadle la cara con espigas de oro, para que los que ven-

gan no vean este gesto de tuberculoso moribundo!

. . . . . .

—

—¿Qué opinas de cuanto nos dijo ese?

—Que son delirios de agonizante. Es el último síntoma.

—¿Y si fuese verdad que este grano encierra una energía revolucionaria?...

—Habría que destruirlo. Nadie ose contrariar las leyes por las que se rige el mundo.

—Precisamente las leyes... Los hechos está mejor dicho.

—Es igual: ¿Los hechos qué son? Tomando las cosas al revés es como el mundo marcha. Ya ves, damos el tumbo hacia allá y el movimiento de los astros se determina hacia allí. Pura apariencia, pero hecho innegable. Como si dijéramos, ley.

—Pues, bien se está San Pedro en Roma. ¿No te parece? Por sí ó por no,

voy á enviar este grano á Ceres... pero, ¿dónde está Ceres? En el canto de la memoria.

—Enviaselo á Diana y ella lo entregará.

—Dices bien; á Diana lo mando. ¡Eh, allá va eso! Mucho cuidado, que no va usted á poder aguantar á los selenitas.

Pasó una sombra por delante del disco lunar que seguía impasible su carrera, y el grito de un ave nocturna hendió los aires como el gemido angustioso de la «ciudad doliente,» de la Tierra esclava que siente apretarse sus cadenas...

Los estrenos chicos

¡Poquitas ganas que tenía yo de asistir á los estrenos! Aunque no me desvivo por el teatro, sentía el apetito de lo nuevo, y más porque leyendo periódicos allá en mi rincón, «donde Cristo dió las tres voces,» jamás pude formar juicio del éxito de las piezas teatrales, por cuanto lo que para el uno eran chistes de buena ley, para el otro eran ñoñeces y porquerías, y lo que uno reputaba como éxito franco y ruidosísimo, para el otro no pasaba de ser un fracaso que el público castigaba con su desvío...

Comprendo que la crítica difiera en la apreciación de elementos no substanciales de la obra artística; por

algo hay escuelas y banderías y tendencias en el anchuroso campo estético, pero en esto, que no es crítica ni cosa que á doscientas leguas se le arrime, sino simple noticia, debieran convenir en la exacta afirmación de hechos que entran por los sentidos. Una obra fué aplaudida ó fué silbada: esto es lo que el noticiero tiene que decir. Cosa más sencilla no hay... y según las señales, suele ser de las más complejas que existen en el mundo.

Llegué á Madrid y lo primero que me dió en rostro fué un cartel en que anunciaban un estreno. Vaya, por lo visto, llego á tiempo. Tan á tiempo, como que aquella noche estrenaban media docena de obrillas. Esto suele suceder un día sí y otro no, casi todos los meses del año. Adónde iré adónde no iré, decidíme por un teatro y comencé á saber lo que era un estreno en teatros por horas... Supe, primero: que los estrenos todos son en la *cuarta*; es decir, que hay que ir al teatro

después de media noche. Segundo: que entre el autor y el revendedor acaparan los billetes, el uno para llevar amigos, el otro para llevar clientes. Tercero: que en tan solemne ocasión hay que ser corcho ó hay que ser porra: más claro, hay que sacar á flote á los padres de la criatura ó hundirlos á trastazos... todo menos ser espectador de buena fe que paga su dinero para juzgar libremente.

Empezó la sinfonía, que me pareció cualquier cosa... verdad es que yo no siento el género. El maestro se descoyuntaba y parecía sacar con la batuta, de los violines, unos chillidos como de gatitos chicos que tienen hambre. Alzaron la cortina y sobrevino un coro, creo que de chulas y chulos con mucho meneo de mantones... —yo creo que conozco esto, me parecía que mi criada cantaba cosas así... —Y mientras recordaba, se acabó el coro y comenzó la gresca. Ví á un señor en la galería que se puso en pie y como movidos por un resorte, otros

cincuenta señores se entusiasmaron de pronto y echaron mano á aplaudir casi á compás. El resto del público la emprendió con un zapateado y un bastoneo que el edificio temblaba. El director de orquesta, digo yo que tomaría todo aquel trueno por un «aplauso cerrado,» y alzó la batuta para que repitieran el coro. ¡Allí fué Troya! Unos palmoteaban, otros siseaban, otros hundían á taconazos el pavimento. Pero el coro se repitió. Verdad que no lo oyó nadie y eso fuimos ganando. Entre estos incidentes fué la nueva obra dando bordadas con sus chulos y chulas y caballos—que salieron dos y cumplieron buenamente —hasta la escena final. Cayó la cortina con toda la pompa del escándalo. ¡Pobre autor!—decía yo—ó ¡pobres autores! A estas horas no será calentura la que tengan en el cuerpo...

En esto, ¡arriba el telón! y veo que una actriz saca de entre bastidores un dominguillo que se deshacía saludando... en seguida sacan otro y otro

después.—¿Quiénes son?—le pregunto á mi vecino de la derecha.—Los autores del libro: tres sinvergüenzas ¿no los ve usted? y arreció con los silbidos y las patadas.

De la caja de enfrente sacan otros dos prójimos que se hacían los chiquitos y retrocedían como abrumados por el triunfo. ¿Y éstos? pregunto á mi vecino de la izquierda.—Los autores de la música ¡dos genios! ¡Bravo, bravooo!

Todavía quedaba gente dentro, porque desde el foro echaron á otros dos señores que quedaron en segundo término. ¿De qué serán autores esos? Supe que eran los pintores. ¿Pero aquí sale todo el mundo? iba ya á preguntar, cuando ví que sacaban al director de orquesta. Ya no cabía un grano de trigo en el escenario: los que silbaban se fueron, y quedaron los cien amigos de los autores y el medio centenar de señores entusiasmados con método, que de una manera mecánica, regular y calmosa ha-

cían salir á los autores una vez y otra y otra y otra...

Yo fuí de los últimos en dejar la sala y todavía seguía saliendo aquel batallón... En mi vida he visto tanta gente reunida para zurcir una mala pieza. Y el caso es—seguía pensando —que me he quedado en ayunas y que no sé si entre esos caballeros han hecho algo bueno, mediano ó regular. Dormíme, porque era ya «la del alba» y cuando desperté de aquel mal sueño durante el cual sentía que me aserraban los huesos con arcos de violín y me azotaba el maestro con la batuta en la boca del estómago, eché mano á los periódicos.

«Los afortunados autores de *El Ventorrillo*, obra estrenada anoche en el teatro tal, obtuvieron un éxito franco y decisivo. Los señores García, González y Fernández, han compuesto un juguete sin pretensiones, esmaltado de chistes de buena ley y de situaciones cómicas que regocijaron grandemente al selecto público

que llenaba la sala. Los reputados maestros señores Rodríguez y Sánchez han confirmado su fama con esta partitura. Repitieron el coro de verduleras, el terceto de los curdas y el duo entre el ventero y el celador de consumos, que son los mejores números de la obra. Al final fueron llamados á escena diez y siete veces los autores de *El Ventorrillo*, obra que durará mucho en los carteles.

»También hubo aplausos para los pintores señores Zurbarán y Velázquez, que entre otras cosas han pintado un pajar para el segundo cuadro, que está diciendo comedme. Y por último, también á instancia del público, tuvo que salir al palco escénico el ilustrado maestro señor Panseco, á cuya acertada dirección débese en gran parte el éxito completo de la obra. En cuanto á los intérpretes, debemos citar á la señora Piperita que rayó á la altura de siempre y el señor Zanendo que supo sacar grandes efec-

tos á las primorosas situaciones del libro. Los demás, cumplieron.»

Ea. Ya sé á qué atenerme. Y espontáneamente devuelvo á los siete padres de la criatura la honra y fama que les negaba acaso por no haberme podido enterar con aquel ruido... Lo mismo digo respecto á la señora Piperita y el señor Zanendo, que me parecían dos ratas destripadas ó que cantaban con dolor de estómago.

Otro periódico: «Anoche en el teatro de la calle Tal, estrenaron *una cosa* que los autores titulan *El Ventorrillo*. Pocas veces hemos visto obra más desprovista de chistes y de situaciones capaces de interesar al auditorio. Aquello es una serie de escenas deshilvanadas que se desarrollan con una languidez capaz de hacer bostezar á todo el mundo. La música corre parejas con el libro. Así es que los esfuerzos de los actores no lograron romper el hielo y el público no quiso enterarse del nombre de los autores, los que no obstante, se presentaron á

escena á recibir los aplausos de la *claque* entre las protestas de la mayoría del público.»

«No puede decirse que *El Ventorrillo* estrenado anoche obsequiara á la concurrencia con selectos manjares, pero tampoco podría afirmarse que la obra de los señores tal y tal desmerezca de muchas otras que vemos noches y noches en los carteles. Hay chistes de «buena ley» y situaciones cómicas muy bien estudiadas. La música es juguetona, alegre y no carece por completo de originalidad. Al final, el público se dividió, pero dominaron los aplausos y los autores salieron varias veces á recibirlos en unión de los intérpretes de la obra y de los pintores señores tal y tal que han pintado dos preciosas decoraciones.»

Vaya—dije—en solo tres periódicos hay reseña para todos los gustos. Esto se llama informar bien á los lectores: y el caso es que me quedé lo mismo. Aquí del axioma jurídico: «en la duda absuelve.» Yo absuelvo de

todo corazón á los siete autores: bastaríame la consideración de que vendrán á tocar á unos cinco reales por función y por cinco reales no es cosa de escribir obras maestras, ni solo, ni en cuadrilla.

Lo que se me hacía cuesta arriba era esa frescura del pelotón de autores saliendo á recibir tomatazos como si fuesen flores. Verdad que los tomatazos de ahora son metafóricos y adoptan la forma más ó menos culta del berrido, el relincho y la patada. Acaso por esto se juntarán por medias docenas. ¡El demonio que salga solo al redondel!

Allá, cuando yo tenía los sesos rellenos de tonterías que me enseñaron, y creía que el teatro era una especie de parroquia del arte donde algo se pensaba en la gloria por autores, cómicos y danzantes, eso de salir á escena me parecía algo solemne que valía tanto como asomarse á las ventanas de la inmortalidad. ¡Esa apo-

teosis de la persona! ¡Esa tierna caricia de la sociedad al hombre!...

Una noche el público de Madrid se estremeció ante algo nuevo que alboreaba... Un desconocido, un alma humilde y candorosa, supo sorprender el grito de la pasión humana y con cincel y martillo reducirlo en los moldes de una poesía sencilla, alada, que produjo el gran escalofrío estético en la muchedumbre. Esta, por un movimiento del alma colectiva, quiso ir con su aplauso más allá de la obra y trajo al hombre á gozar del triunfo sobre la misma tabla que acababan de pisar los héroes de su fantasía. Aquel inusitado triunfo de García Gutiérrez, quedó como precedente y la llamada al autor es un trámite prostituído ya por el género chico y aun por el grande. Va siendo de buen tono artístico no presentarse á dar cabezadas en el escenario.

Todavía comprendo que al autor le halagase esto en los verdaderos triunfos conquistados ante un público de

verdad, pero, ¿por qué salen los innumerables autores de un *ventorrillo* cualquiera á recibir la rechifla en pleno rostro? ¿No tienen oídos? ¿No tienen ojos? No habían de faltarles todos los sentidos á un tiempo.

Según me explicaron, el único interés de autores y empresas enciérrase en esta llamada á escena. Si salen la obra vive, día más día menos: sino se hunde. Establecido este sabio y delicioso convencionalismo, buen tonto será el autor que espere á que le llamen para echar el cuerpo fuera de los bastidores. Para eso tiene la empresa su real cuerpo de alabarderos y el autor sus deudos y amigos. Todavía van silbando los *morenos* por el vestíbulo cuando les dan paz con el cartel de la función siguiente: «2.ª representación de la extraordinariamente aplaudida...» El convencionalismo no está en las tablas sino fuera de ellas.

A esta segunda representación acude el público apacible, trasnochador,

que toma lo que le dan aunque sean *morcillos*. Si la obra se mantiene una semana, empiezan á picar de provincias: si tira á los veinte días, hay beneficio de autores con banquete de rúbrica, que es otro reclamo para las provincias inexpertas.

La única preocupación es el «trimestre:» de ahí los principios de economía llevados al teatro. A mayor producción mayores rendimientos y para producir más, máquinas y asociación. Por eso para cualquier chapucería se juntan siete ó más ingenios.

No soy de los que se indignan por esta y otras cosas. Paréceme que mientras haya público chico es lógico que existan autores microcéfalos, músicos microscópicos, tiples ratoniles... porque, después de todo, no estamos tan en grande para pedir cosas de más bulto. Tenemos el teatro que nos merecemos, y el día que nos den tedio éste y otros merecimientos semejantes, podremos hacer lo que el bufón

de Carlos V temía que hiciera un hidalgo pobre y fronterizo: tomar toda nuestra tierra en una esportilla y pasarnos á Portugal.

Que al paso que vamos, á la vuelta de un quinquenio toda la tierra que nos quede cabrá en el puño, cuanto más en la esportilla.

Virus mortal

Si se tratase de un caso aislado, haría lo que el gobierno con las epidemias. El primer centenar se muere de enfermedad desconocida: el segundo de enfermedad sospechosa: el tercero por llevar la contraria al gobierno: los demás ya se mueren bajo el amparo de la *Gaceta*. Estos son los que mejor escapan, porque al menos saben oficialmente de qué se mueren.

No se trata de ninguna enfermedad desconocida ni sospechosa, sino de una epidemia hecha y derecha, que hasta tiene á la inevitable *Gaceta* de su parte.

Tenía yo un condiscípulo, casi paisano, de cuyo nombre no es fácil ol-

vidarse: don Amador Ternero Manso. Como los catedráticos suelen ser algo humoristas, acaso por saber que cuentan en clase con un público siempre dispuesto á reirles las gracias, jugaban del vocablo más de la cuenta con el romántico nombre y prosaicos apellidos de mi condiscípulo. Este, se desquitaba á su modo, no estudiando una sola palabra de la jerigonza oficial. Creo que no era falta de voluntad solamente sino también de sesos. En cambio, aprendió en un verbo á tocar la guitarra, que daba gloria de oirlo. Por esa parte su señor padre no tendría de qué quejarse, pues si buenos sacrificios hizo, buen guitarrista llevóse.

Supe que consiguió licenciarse y que tomó su título, como á todos acontece. Perdíle de vista, pasaron años, y hé aquí que cuando juzgaba que estaría siendo el primer guitarrista de su pueblo, me sorprenden con la noticia de que era y es, además, el primer cacique. ¡Cómo! ¿Amador? ¿Ternero

alcalde, Ternero cacique, Ternero dispensador de mercedes y padre nato de toda una villa? ¡Pero si era un porro!

—Ahí verá usted—me contestaron.

—Pasó más tiempo y supe que estaba hecho un prohombre de distrito. Lo conocían en sus pueblos amén del suyo. Llegaron unas elecciones y ¡cataplum! Amador diputado provincial. Víle, admiréle, no me cansaba de acariciarlo.—Pero chico, ¿cómo te las compones? ¿Sabes algo más que tocar la guitarra?

—Ni eso siquiera. En mi posición no estaría bien.

Y me contó así por encima su fácil ascenso por el camino de la vida. Como el titulillo no le servía para nada, se metió á político. ¡Es abogado! decían, y del primer empujón lo hicieron secretario. Casó con la muchacha más riquita del pueblo; ea, pues, alcalde. De allí á diputado sólo le costó algunos almuerzos ¡y qué orondo estaba, y cuán satisfecho! Es-

cribía unas cartas electorales que daban la hora: imaginábase que la finura ortográfica consiste en poner muchas aches, y las prodigaba de un modo bárbaro.

«Estraño mucho que tu no hallas llegado ha ser ni siquiera diputado probincial. ¿Ha que se debe hesto? Supongo que será por falta de hinfluencia, pues méritos no te faltan: ¡Hasi los tuvieran hotros!»—Me escribió una vez que necesitaba no sé qué cosa.

«Hefectivamente—le contesté—has dado en el hito. No sólo carezco de hinfluencia, sino que me falta otra cosa; tomar por lo serio esas tonterías. ¡Bonito papel haría yo entre hustedes!» El amigo Ternero está que no cabe en la piel. Ha echado aplomo y hasta discursea, dé donde diere. Tiene enredado al pueblo de forma tal, que allí no se entiende nadie. El, engulle, resuelve, gestiona, caciquea... en una palabra, viene á ser el amo. Cuando algún condiscípulo cae por allí, lo abruma á obsequios: le enseña la casa

desde la cocina al pajar; habla de la Universidad con agradecimiento — que ¡no vale nada un titulillo! ¿eh?— quiere decir con esos recuerdos.— ¡Mira si vale!

Y el hombre de las hh se contonea y hasta enseña un paquete de cartas de personajes que pesará cinco kilos. El también será personaje: lo es ya en seis pueblos, amén del suyo.

Háblase mucho de lo malo que es el politiqueo, de lo enervante del caciquismo, mientras más menudo peor: acuden los doctores con mil remedios, sin caer en la cuenta de que el virus lo beben los muchachos en la Universidad. Años y años pasa un estudiante en la capital aprendiendo á tocar la guitarra ó á jugar al tresillo. Llega su época, paga y recibe su título. Y como no es cosa de defender pleitos ó curar enfermos con el punteado de de prima ó con un solo-bola, aquel pedazo de pergamino sírvele de papeleta de ingreso en la política. «De cómo Fray Gerundio dejó los estudios

y se metió á predicador...» Eso exige la política: que se dejen los estudios, ó mejor, que no se haya estudiado nunca.

Con estos licenciados vírgenes de todo trabajo intelectual, bibliófobos incurables, enemigos de toda otra labor que quebrante sus hábitos de holganza, los pueblos arden por sus cuatro costados. Pueblos que gozaron años de paz se levantan soliviantados como buey con mosca, en cuanto les entra el virus con el primer título académico. El abogadete, el medicuelo, el maestro sin plaza... ¡ah, qué epidemia!

De la política han de vivir, con la política se han de casar, por la política han de mandar, quieras que no, y de la política han de hacer la única y no muy limpia ocupación de todas sus facultades. ¡Cuánto más útiles resultarían arando, cavando, sembrando, entregados á cualquiera otra faena industrial ó agrícola, con la misma ignorancia tal vez, pero con más pa-

cífica quietud y laboriosa mansedumbre!

Es inútil empeño el de los señores comerciantes y demás elementos que, con llamarse ellos mismos «Neutros,» está dicho todo, al pretender aplastar de un golpe, de dos ó de tres la cabeza de la sierpe política. Hay que principiar por atacar al virus en su germen: la Universidad, el título... antes que eso, la licenciomanía del labriego que desea un hijo con carrera; después la facilidad académica de conseguir los títulos, que por su misma ineficacia, la ineptitud del poseedor ó la impúdica competencia de la lucha social, no sirven para nada y para todo estorban; todo lo cual impulsa á la gran masa de fracasados anticipadamente, hacia el camino real de la política de campanario, ya que los otros más fáciles caminos del favor se los reserva la yernocracia y el dinero.

¿De dónde saldríamos los alcaldes, los concejales, los diputados, los se-

nadores, los altos cargos administrativos... todo lo que es gracioso ornato del mundo oficial?

Yo respeto á mi amigo Amador, como un símbolo viviente. Dormido como Jacob, veo la escala... licenciado inepto, alcalde, cacique, diputado, ministro, hombre de peso é importancia, millonario tal vez, conde acaso, potencia financiera de seguro... ¡Ah, buen Amador, ah, insigne Ternero, el mundo es tuyo! Tienes razón en exclamar entre cuero y carne, mientras enseñas tu casa desde el pajar al dormitorio,—que ¡no vale nada un titulillo! ¿eh? ¡Mira si vale!

Y más razón tuviste cuando me escribías condoliéndote de mi insignificancia oficial. «¿Ha que se debe hesto? Supongo que será por falta de hinfluencia.» Sí, amigo mío: lo que te dije. Mi maldita antipatía á la guitarra... yo no puedo ser lo que tú, ¡nunca! «¡Bonito papel haría yo entre hustedes!»

El Átomo libre

Una tarde de verano conversaba yo con un amigo, sentados ambos cerca del muelle. Hacía un calor de dos mil diablos y nos consolábamos con la vista azul del mar, ya que otra especie de consuelo no podíamos encontrar en aquella atmósfera incendiada.

Pasaba mucha gente para los baños: mujeres muy peripuestas y galanes muy acicalados, que tomaban el baño como se toman los sorbetes en baile de etiqueta; con todo el engorro posible. De pronto, entre un grupo de sayas de seda y de pantalones de franela blanca, ví un revuelo de pingajos: sonaron unos chillidos como de gaviota y luego un llanto ronquillo de rabia impotente..... eran dos chicos

que reñían. El uno de ellos, zagalón, grandazo, zanquilargo, en el período de la muda de voz, cuando asoma el pico de la nuez por la garganta. El otro, bajo, repolludo, que tendría algunos nueve años y rebosaba de salud por aquellas nalgas de color de ladrillo, que un rajonazo en los calzones exponía al sol y al aire con encantadora franqueza.

Su traje el de Rinconete: zapatos, Dios los dé: calzones, lo suficiente para tener algo colgando de un tirante de trapo: camisa, un problema para el sacar y el meter, y colgando sobre el costado izquierdo una bolsa mugrienta y mal oliente.

Los dos chiquillos se zurraron bien, pero el zagalón «hacía más palanca» y cogió al rabiosillo debajo. De ahí el llanto y el alboroto. Acudimos y, al ver el brío y gentileza con que el más chico se revolvía defendiéndose, tentado estuve de volver la tortilla, como dicen que hizo aquel francés en la tienda de don Enrique.

Había allí hasta media docena de señores de seis á doce años, contemplando la lucha con más que mediano regocijo. Eran *burguesitos*, limpitos y ya prudentes, que sabían la honda perturbación del orden que trae consigo el ensuciarse los calzones.

Separados los combatientes y puestos en paz por nuestra oficiosa, paternal y humanitaria intervención armada...—porque hay que hacer constar que todos llevábamos garrotes—el zagalón se arrimó á nosotros, que representábamos á las grandes potencias, y el chico se sentó al revés en un banco, y apoyando cabeza y brazos en el espaldar, entregóse á una larga meditación, acaso referente á planes de venganza; que es lo que hacen las naciones vencidas, en estos casos.

Inútiles fueron los esfuerzos que hice para «celebrar una conferencia» con aquel testarudo ciudadano. Cerró el pico, hincó el morro, y ni porque le hablé con dulzura, ni porque le enseñé dinero, ni porque le enseñé el ga-

rrote, pude separarlo de allí ni reducirlo á que me hablase dos palabras. Allí, con la cabezota al aire, que parecía una bola de hierro, sintiendo en la robusta nuca de color de ladrillo las caricias del sol, que eran buenas caricias, y las piernas colgando desnudas, negras y fuertes como las de un esclavo nubiano, permaneció su señoría con una fiera dignidad que daba espanto.

Como nunca falta un decidor de vidas ajenas, un papanatas ya talludito púsome al tanto de los principales rasgos biográficos de la criatura. Llamarse no se llama nada. A su padre lo conocían por el apodo. Es lo único que heredó el muchacho. Su madre tiene ahora otro marido, y padrastro é hijastro no congenian. El domicilio inviolable lo tiene... en el campo libre, en una colina de arcillas diluvianas próxima á la población... Es buena casa, que ni necesita techumbre ni se llueve nunca. Además no tiene número de orden, ni por ella mete las nari-

ces el Fisco. Una hermosa cueva, en fin: cuando hace falta otro aposento, se coge el azadón y tris, tras, se ahueca lo que se quiere. Es como trabajar dentro de un queso de bola. El chiquillo come fuera... porque tiene su oficio, y dormir duerme en *casa* ó donde le parece.

¿A los nueve años un oficio? Pues sí señor. Recoge «colillas» y para eso es la bolsa mugrienta y mal oliente. Cuando ha recolectado bastante, va y las vende en la cárcel, en el hospital, en... ya sabe la criatura en donde ha de venderlas. En cuanto cobra, á comer. ¡Se pone el cuerpo!... Después, á la vocación. Vase al muelle y el primer bote que ve solo, lo desatraca, coge un remo—con los dos no puede —y hala, hala, mar adentro, según el tiempo que haga.

El botero suele ir luego en el de un compañero á recoger su bote, y el desenlace es fatal y previsto: paliza, remojón y tente tieso. A la media hora, al día siguiente, cuando puede

y se tercia, vuelve á coger otro bote y se repite la función. ¡Salvajes amores á las ondas, que comienzan al nacer!

El otro día—me decía el biógrafo—echaron una red poco más allá del muelle, y el granuja se fué arrastrando por la orilla y robó la mar de pescao. Lo vieron y ¡le dieron una!...

¡Cómo se reían los burguesitos al imaginarse la escena! Y, ¡cómo se arrastrarían ellos también, con qué gusto, por la playa fresca oliendo á mariscos, en derechura de la red repleta de pescado dando saltos como plata viva... sino fuera por el atroz escándalo que se armaría en sus casas!

Como hombrecitos metidos en cintura, conocedores del mundo y del aceite de hígado de bacalao, arrojaron sobre aquel colillero que enseñaba al sol sus robustas posaderas, todos los anatemas del almidón-y de la seda cruda. El orden social no pudo demandarles nada.

Uno de ellos tiene diez años y ya tose y garraspea y se apoya con aire digno en el bastón de su señor padre, que pasa de los sesenta. Como él, desea echar abdomen y calva para pasearse por todas las ceremonias.

Cuando me quedé solo enfrente de aquel libre pingajo, comencé á meditar. ¿Quién no medita alguna vez, siquiera por lo raro que es esto?

Eso que el sol y el aire del mar curten y calafatean, lleva dentro de sí dos tesoros inapreciables. Una sangre sana, que golpea con el ímpetu de la salud la arteria por donde corre también la vida de una naturaleza naciente, y una indómita independencia creada, mitad por el abandono y mitad por el látigo. La base de un carácter.

De *ahí*, de esa carne que parece barro cocido, podrá salir un bandido ó un héroe. Todo depende del azar del viento. Según donde caiga esa robusta semilla henchida de salud y de promesa. Dadle mañana en vez de

un bote cogido por descuido, un barco artillado en que ondee el pabellón de la patria, y acaso muera como Gravina: en el altar de la gloria. Dejadlo que se revuelque en el lodo, y pudiera morir en el patíbulo.

Estas naturalezas bravías han de tener algo en las manos: ó la espada ó la navaja De eso depende su destino.

Y, tú, sociedad, ¿qué haces? Siempre dices: «hay que prevenir, hay que prevenir...» ¡pues prevén desde abajo! Si realmente quieres subir por la escala del humano progreso, no olvides que el primer peldaño es la infancia.

El buen labrador cuida mucho de la simiente. La simiente es el fruto. ¡Ay del que desprecia el germen y se queja de la amargura del fruto!

Deus Venter

Será verdad que en cada época la Humanidad tiene un ideal que no es el permanente y eterno. Ideal religioso, ideal artístico, ideal filosófico, ideal político... todo eso va y viene cabeceando como buque en alta mar, pero con rumbo allá á un sitio no determinado claramente, que se oculta entre brumas.

Nuestra época tiene el suyo también, y de los más substanciosos. El ideal gástrico. Comer, atiborrarse hasta echarlo por los ojos... «de paja ó de heno, el vientre lleno,» ¡á ver si esto no es filosofía! Es un procedimiento social como otro cualquiera. Que un prócer tiene que decir cuatro

vulgaridades, banquete. Que los amigos tienen que decir otras tantas al prócer, banquete. Que hay que premiar y honrar á un grande hombre, banquete. Que hay que recordar algo delicioso, comilona. Que se acuerda, festeja, establece ó inaugura esto, lo otro ó lo de más allá, hartazgo.

No es fácil determinar diferencias esenciales en esos actos, por la sencilla razón de que no existen. Todos esos banquetes son iguales, salvo el pretexto. La forma clásica es el escote: «Entre muchos, á poco tocamos.» En todo banquete hay un público que casi paga, una comisión que casi pierde y un fondista que no puede perder. Las comilonas gratuitas son cada día más raras. El tipo del género es el banquete político, y quien ha visto uno ó lo ha sufrido, ha visto y puede dar por sufridos todos los demás.

Tan luego como la inevitable comisión da por preparado el lance y falla que debe de condenar y condena á

pasajera revolución las tripas correligionarias, no hay más que poner en sitio céntrico la taquilla con el consabido banderín, «se admiten adhesiones.»

Lo demás ya corre de cuenta del fondista y pueden ustedes prepararse á bien morir, seguros de que comerán las carnes más atrasadas, los pescados más provectos, los huevos más manidos, las berzas más mustias, los entremeses más atenuados, y beberán el vino más disfrazado que se puso careta en el mundo. Tampoco puede decirse, «lo que no va en cantidad...» porque cantidad y calidad van tan unidas é inseparables como la sombra y el cuerpo.—Ya ve usted, ¡por cuatro pesetas!—O por ocho ó las que sean, pues lo que el fondista quiere decirles á ustedes, si ustedes son de los que pagan, es que con lo que uno da ¿cómo ha de dar de comer á tantos?

Llegado el instante temible, principia á cargar la gente, madrugando

como á cosa buena. Siempre se principia tarde para la impaciencia colectiva. Y, entre murmurar á secas ó murmurar comiendo, prefieren lo último y dan el primer asalto á los indefensos entremeses. El fondista, que se está mirando en ellos y ha echado quién sabe el tiempo disponiéndolos, estirándolos, calculando con los que puede haber bastante para el efecto artístico y haciendo de cada rábano una escarola, de cada raja de salchichón una transparencia, de cada aceituna dos, se mesa los cabellos viendo cómo destrozan su obra y se engullen el arte.

Cuando viene la sopa, ya no hay vino ni pan y la mesa es un cascaserío que da grima. Los ramos de verdura que ocupan media mesa para hacer bulto, estorban cada vez más. No hay más que un ramo con flores baratas ó en conserva, indefectiblemente destinado á la señora del *Anfitrión*. También las pobres señoras han de padecer. Viene la sopa y, «aquí

principia el sainete...» Como los criados suelen ser advenedizos que ni saben servir ni lo han sabido nunca, y además les advierten que si manchan el frac—pingajo que les cuelgan para que estén más airosos—se lo desquitarán del alquiler, los mozos estiran cuanto pueden los brazos, metiendo el negro pulgar y lavándoselo en los platos que van dejando delante de cada comensal.

Y como en el espacio en que no muy holgadamente podría comer uno, se sientan dos, y estas apreturas originan movimientos y evoluciones que no pueden ser individuales sino colectivos, porque hay tacto de codos, es frecuente algún que otro bautismo con substancia que, para este sacramento, el mismo Concilio de Trento no desdeñaría. La torpeza de la servidumbre cuyo aturdimiento crece á medida que el servicio es más necesario, hace que, cuando unos reciben el plato de engrudo líquido, ha media hora que los otros se lo zamparon y

andan reclamando airadamente contra el entreacto.

Si el banquete «se celebra» en local distinto de la fonda y hay que disponer cocina, ¡apaga y vámonos!—¿Qué viene ahora? dice un político profundo, tan profundo como que engulle las cortezas del queso y los huesos de las aceitunas.—No lo sé, por que *está* en francés. Y con las consiguientes pausas é intermitencias, los trastazos que le dan á usted en la mollera con las fuentes, y algún que otro fracaso que el vestido lo padece, continúa el desfile de las acreditadas croquetas al peregil, las lenguas batidas en piedras de zapatero, los pescados purpúreos por de dentro, las mayonesas con almidón... y la gente se atraca, valientemente, desafiando al cólico. El vino repuntado echa mano á hervir á mitad de comida y allí ya no se entiende nadie. La sala es una olla de grillos. La atmósfera se hace densa, pesada, oliendo á sudores y á grasas frías.

Cuando todo llega al punto doloroso de digestión agria, álzase, velada por el humo de los cigarros y saludada por los olorosos taponazos del *champagne* modesto, la diosa Elocuencia, la musa de los banquetes, encarnada en algún señor acaudalado en frases hechas, como platos de fonda, y allá van entonces todos los consabidos «¡ah señores!» «hoy es día de sentir, mañana de obrar»—lo cual encierra una verdad como un templo —«los principios que sustentamos,» «la felicidad del país...»

Y después de este, otros, y por último el *Anfitrión*, que suelta la andanada que queda. Los que están cerca, aplauden cuando hace punto. Es la consigna tácita: punto y aplauso. Los que están lejos, como no oyen, aplauden al tuntúm, cortando oraciones y destrozando párrafos que es un dolor. ¡Y eche usted para eso semanas enteras perfilando discursos!

Cuando ya no queda nada que ingerir, ni un mal pastelillo ni una sola

metáfora de tres al cuarto, nada más que el fondista, y no es cosa de comérselo ni fumárselo, los comensales abandonan el salón que suele quedar hecho una lástima.

Imposible parece que gentes que pueden comer sana y limpiamente en su casa, acudan á estos comistrajos. Y no se diga que la comida es el pretexto: ¡buen pretexto nos dé Dios, cuando no dejan sino el mantel y los platos!

Yo creo que nuestro *Ideal* es ese y no hay que darle vueltas. Comer, sea lo que sea; rayos encendidos, demonios coronados, bazofias adulteradas con todo lo nocivo y hediendo... desde el palo campeche que colorea el alcohol, el tropo eructado por el orador de tanda. Y para eso nos sirve el rebaño, el apetito de bestia carnicera de las muchedumbres, que no repara en pelillos.

¡Festines griegos! ¡Cenas romanas! Allí el «dios vientre» se coronaba de rosas. Recibía las ofrendas de la sen-

sualidad artística en marmóreas estancias, entre lámparas perfumadas y cánticos deleitosos. Allí la intimidad discreta, la amistad antigua, la alegre y pagana apacibilidad del ánimo bebían la vida en copa cincelada. El culto del «dios» era una forma suntuaria que en su mismo exceso tenía su grandeza.

¡Pobre *deidad!* Uniéndola hoy á todo lo bueno, malo y mediano, la tratamos peor que á hereje. No intimidad, no discreción, no delicadeza, no arte... ¡Barullo, grosería, indigestión, bazofia!

El suicidio á escote y con acompañamiento de retórica banquetil, es el más cruel que se conoce.

El mendigo más triste

—Y además, es condesa.

—¿Eh?

—Sí, señorito: Condesa de título. Vaya la cerilla. Hasta mañana, señorito.

—Adiós, Pepe.

Oí el golpe de la puerta y, con la cerilla ardiendo, subí aquella inacabable escalera madrileña, desierta y silenciosa y fría... De cuando en cuando oía el rodar de un coche, como un trueno lejano: después, no se oía más que el acompasado ruido de las pisadas mías sobre los escalones de madera. Al llegar al segundo, el frío de la calle habíase convertido casi en fiebre; sudaba... ¿quién me

diera á mí aquellas benditas casas de Andalucía, en que no se sube más escalón que el del umbral?

Y luego aquella preocupación que llevaba á cuestas... «Además, es condesa;» me había dicho el sereno. ¡Sopla! Toda una condesa pidiendo limosna. Sí, señores, pidiendo limosna con la mano tendida, en la puerta de San Luis, á la entrada de Recoletos, en la puerta de Apolo... y esa mujer vivía allí, en la misma casa, recogida en la buhardilla por una que había sido su planchadora.

Toda la «sencillez provinciana» se me sublevó en un momento. ¿Por qué me preocupaba tanto? Ya había visto algo de la miseria de Madrid, la horrible miseria de las grandes poblaciones: una mujer hecha una tortilla sobre los adoquines, con los sesos fuera; dos niños que amanecieron tiesos, cubiertos de escarcha, en el umbral de un palacio; un ejército de seres harapientos que arrostran el dolor de la vida de un lado al otro por el día y

la noche; grupos de mozuelas esperando al borracho, al jugador, hasta que rompe el día, pasadas de parte á parte por el viento helado, en esas esquinas de Dios... ¡Pero aquella condesa que pedía limosna!

Vamos á ver, me decía yo, revolviéndome en la cama. ¿La pobreza no es una, como es uno el dolor? Y ¿qué? por algo mi compasión se desbordaba. Aquella mujer era más pobre. A los otros, á esos que yo recordaba, ¿qué les había negado la fortuna? Bienes. ¿Qué les arrebató la desgracia? Bienes. Pero esa mujer había perdido más.

Había sido rica, opulenta: había brillado con las luces de su hermosura y de sus diamantes; había visto al mundo desde lo alto de su carroza, un mundo con el sombrero en la mano, que le sonreía y la adulaba. Después, fué cayendo, resbalando por un plano inclinado, tan suave, que parecía una broma, un nuevo *sport*... primero las deudas, después los embargos, más

tarde la pobreza, por último el lanzamiento... ahora la vejez, el hambre, la limosna.

Todavía no se acaba el mundo, se dijo: tengo amigos, tengo parientes. Y cuando quiso verlos, los amigos huían de ella como si llevara encima todos los gérmenes morbosos; y cuando quiso acercarse al vaso por donde su misma sangre corría, cayóle encima brutalmente, despiadadamente, el más feroz desvío con que fué afligido el corazón humano.

Quedábale su dignidad, una cosa que antes la hacía andar erguida aún entre el montón de usureros y curiales. ¡Ni eso! tuvo que tirarla en la calle como trapo viejo y subir los ciento treinta escalones que enlazan el arroyo con la buhardilla. Creo que le costaría mucho trabajo; creo que antes de pedir á su antigua sirviente la limosna de seis pies de suelo en un rincón, le lloraría el corazón lágrimas de sangre más amargas que la misma hiel... pero subió y pidió.

Después... tender la mano, recorrer la áspera senda de todos los dolores y humillaciones, tal vez no le costara tanto. El alma cría callos también. ¿Cómo se concibe que estos pobres vivan?

¡Dios mío, yo vivía en el Limbo! dirá esa pobre condesa. ¿Cómo había de soñar que aquí, bajo las ruedas de mi coche, á dos pasos de mi palacio existiera este mundo de horrores, empapado en lágrimas? ¡Los pobres! Los pobres para los que destinaba buena suma todos los años, eran algo plácido y apacible que estaban en el mundo como pretexto para que los ricos se salven. Ella había dado mucho para los pobres, bailando unas veces, cantando otras, luciendo sus diamantes y sus hombros deslumbradores en las fiestas de la Caridad...

La piedad elegante, la compasión oliendo á violetas, no llegaba á esas honduras negras en que rechinan los dientes, el espíritu suda rencores, los ojos reflejan angustias y las bocas sin

pan escupen blasfemias. ¡Se hubiera asustado!

¡Qué río de oro se pierde sin llegar á estos abismos! ¡Qué manantial se disipa en las arenas, sin refrescar los labios del verdadero sediento! Ahora comprendería que la caridad es algo más grande, más serio, más humano... ¡Pero no hay solidaridad? ¿No existen vínculos? ¿Esas *clases* no deberían evitar al mundo el cruelísimo espectáculo de la dama aristocrática disputándole á los *golfos* su limosna en las frías madrugadas del invierno?

Esos nobles linajudos, con motes tan bonitos en los blasones; esos aristócratas de mogollón, sin escudo y sin motes, sin más armas que las del rey en la moneda acuñada; ese mundo encantador y brillante que desfila como en perpetuo *cotillón* por las revistas de salones, ¿no tiene alma, ya que le sobran riquezas? ¿Qué lleva en el lado izquierdo, latiendo allá en lo hondo? ¿Corazón? No. Egoísmo. ¡Lo mismo que todos!

¡Lucha despiadada, lucha infame! Con el que cae no se cuenta: perece y en paz. En esta tremenda carga en pos del «duro,» los que flaquean son arrollados, despedazados inhumanamente: se salta por encima de todo; los gritos del vencedor ahogan los gemidos de la víctima; toda la espléndida barbarie de la batalla se extiende por la atmósfera, bajo los impasibles cielos azules y los brilladores astros.

Y ¡esa pobre condesa!... ¡Cuántas cosas aprenden los que bajan desde el palacio al arroyo! *Lisardo, en el mundo hay más.* Hay hambre, hay frío, hay soledad, hay desesperación, hay muerte más dura que la muerte del animal pasivamente aplastado por la Naturaleza.

La caridad oficial, la piedad elegante, la compasión mundana y alegre, no son más que muecas encantadoras del *gran mundo*, que derrama un poco de espuma del *champagne* que le sobra en el artístico harapo y en la

«cabeza de estudio» del mendigo profesional.

También de aquel olimpo caen los dioses ¡Ay del que cae! El *dios* vencido, el aristócrata que entra en la hampa, la condesa que disputa á los *golfos* su limosna en las frías madrugadas del invierno, no es sólo un pobre, un mendigo, es también «un espectáculo.»

De todos esos espectáculos necesita el mundo, para romper la monotonía. Al hampón que sube, flotando sobre riquezas, responde el arruinado que baja, tirando la corona condal, ó lo que sea, y desde el arroyo tiende la mano. De estos altibajos se forma la Variedad, que es la amenidad del mundo. ¡Qué hermoso debe de ser esto visto de lejos, de allá arriba!...

INDICE

	Págs.
Lo que abunda... daña	1
Parlería	10
Carta de «Monipodio»	18
La fiebre gárrula	30
La Gran Bestia	38
¡Dios te la depare buena!	46
Realidad	55
Trapos y lágrimas	73
Fúnebre desahucio	81
¡Dios nos libre!	88
El hombre vivo	97
La eterna Arcadia	109
Añoranzas	119
La virtud en espectáculo	136
Música celestial	145
Cereal	161
Los estrenos chicos	177
Virus mortal	191
El átomo libre	199
Deus Venter	207
El mendigo más triste	216